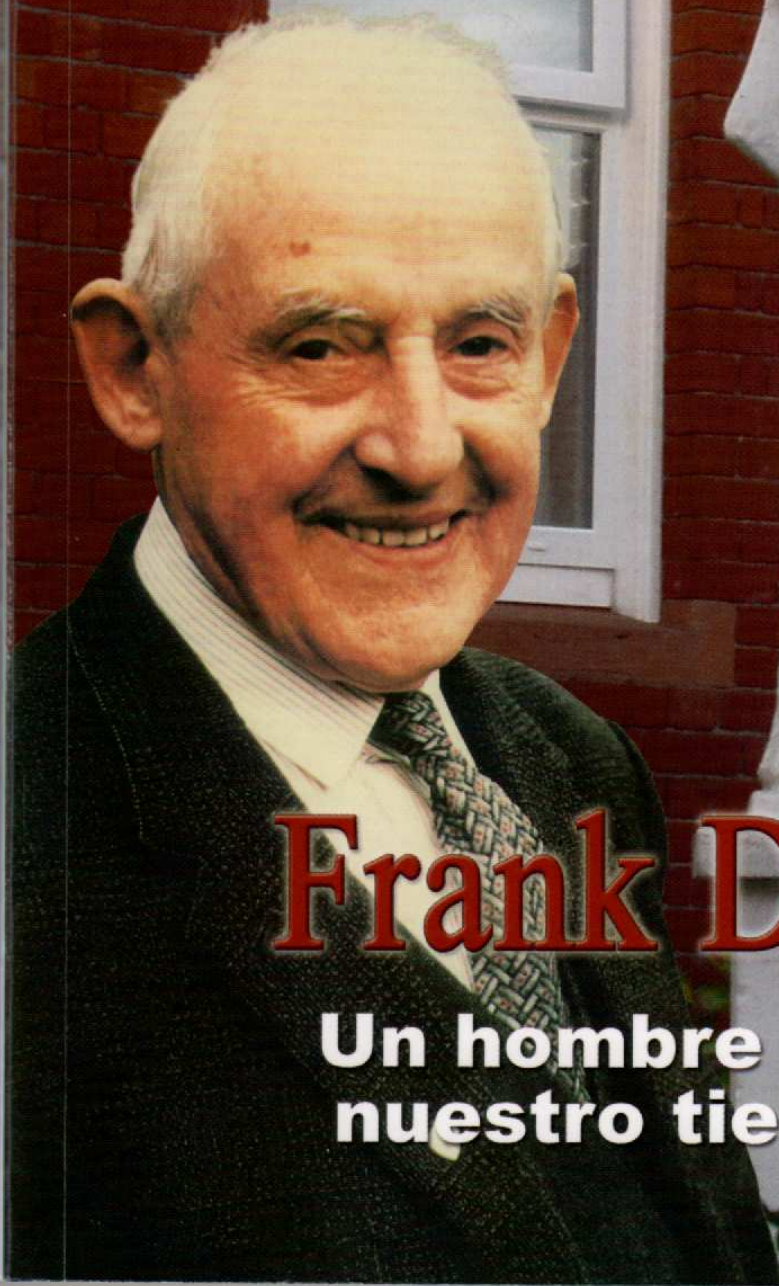


HILDE FIRTEL



Frank Duff

**Un hombre para
nuestro tiempo**

FRANK DUFF

Un hombre para nuestro tiempo

HILDE FIRTEL

FRANK DUFF

Un hombre para nuestro tiempo

Traducción:

E. Alfred y J. Kellett, legionarios de María

Prefacio

Cuando nos encontramos junto a un edificio alto, no tenemos una visión real del mismo. Necesitamos situarnos a una determinada distancia para reconocer su verdadero tamaño y su dimensión exacta.

Algo similar puede decirse sobre hombres que marcan una época y son como señales indicadoras para el futuro.

El intento de describir la vida de Frank Duff está sujeto a claras limitaciones. La investigación que se necesita sobre una existencia de más de noventa años, con incontables repercusiones a través del mundo, llenaría numerosos y gruesos volúmenes, sería un trabajo de toda una vida.

Sólo el futuro demostrará la talla total de este hombre y su influencia en la vida y el desarrollo de la Iglesia Católica. Los contemporáneos y primeros seguidores de Francisco de Asís o de Ignacio de Loyola, a pesar de su entusiasmo y veneración por sus fundadores, probablemente fueron incapaces de abarcar su verdadera grandeza.

Si a pesar de todo esto asumo la tarea de escribir una biografía de Frank Duff, es porque se me ha rogado hacerlo, primero por los miembros de lengua alemana de la Legión de María, en vista de mi larga amistad con su fundador, y también por el Concilium Legionis con sede en Dublín. Comprendo muy bien que este intento sólo puede ser una empresa preliminar, que espero será seguida por otros muchos estudios.

Deseo reconocer con gratitud la ayuda de numerosos legionarios en Dublín, quienes libre y generosamente compartieron sus recuerdos conmigo y me ayudaron a localizar documentos. Ellos me perdonarán si no menciono sus nombres; han sido tantos que tengo el temor de omitir alguno. No podría haber escrito este libro sin ellos.

Hilde Firtel
Frankfurt am Main

Introducción

Conocí a Hilde Firtel justamente después de la guerra, con motivo de su primera visita a Dublín. Fui presentado a ella por Frank Duff, que se encontraba en la misma fiesta musical, organizada por la Legión de María. Éste estaba entusiasmado por la reciente decisión de ella de unirse al grupo de enviados legionarios. Esta excelente joven, de quien Frank comentaba que podía ser tomada perfectamente por una irlandesa, iba a extender la Legión por Alemania. Los lectores interesados tienen los detalles de su historia contados por ella misma. En este libro pretende corresponder a lo que podría considerarse una deuda de honor.

Al igual que todos los que tuvimos contacto con este hombre extraordinario, ella también se enriqueció; su vida cambió totalmente. Pienso que pocas personas de nuestro tiempo tienen, como Frank Duff, el don de inspiración para elevar la vida de su interlocutor a un nivel diferente y de abrirle horizontes todavía no soñados.

Recuerdo un encuentro con Frank para almorzar en Blackrock College, donde él había estudiado de pequeño, cuando la conversación giró sobre Mariología. Yo había leído bastante sobre el tema y he seguido haciéndolo desde entonces. Sin embargo, como le escribí más tarde, esa noche sentí como si una venda que apretaba mi cabeza se rompiera y empezara a pensar de una » forma libre, sin trabas, sobre María, como jamás lo había hecho anteriormente.

No había duda, el impacto de un hombre había conseguido con su experiencia lo que los teólogos estaban intentando decir nos recientemente. La motivación de Frank Duff era totalmente correcta. Él estaba inmerso en los escritos de San Luis María Grignon de Montfort, el apóstol de la Mediación Universal de María, promovido por muchos como Doctor de la Iglesia Universal.

Ésta es una historia emocionante que cuenta Hilde Firtel y que ya desde el principio estuvo bajo el signo de María. Mientras el tiempo transcurría con el fermento inmenso de idealismo y actividad que emanaba en torno a la personalidad de Frank Duff, el papel de María fue más explícito y plenamente proclamado.

Podría decirse que comenzó una nueva era mañana en la Iglesia cuando el 7 de septiembre de 1921 se celebró la primera reunión. Otro gigante del espíritu, mejor conocido hasta entonces como filósofo, educador y líder nacional, el cardenal Desiré Mercier, había lanzado un movimiento en defensa de la Mediación Universal de María. Ayudado por teólogos y por especialistas competentes en Patrística, había solicitado a Roma un oficio y misa de

María Medianera de todas las Gracias. Publicó una documentada carta pastoral sobre el particular, con la cual se unió al ideal de una verdadera devoción a María del Beato (aún lo era entonces) Luis María Grignon de Montfort. El cardenal Mercier ya había escrito a los obispos de la Iglesia Católica urgiéndoles a aprovecharse de la aprobación dada por Roma y pedir el oficio y misa para sus diócesis, teniendo cientos de contestaciones favorables.

Roma tomó en cuenta el resurgimiento de la teología mariana, y Pío XI nombró tres comisiones: romana, española y belga para estudiar e informar sobre la definición de la Mediación Universal de María. El Papa no publicó un decreto sobre la doctrina mariana. Su sucesor, Pío XII, hizo bastante más sobre una enseñanza formal que faltaba. Elegido la víspera de la segunda guerra mundial, dirigió la piedad católica hacia María como Abogada poderosísima. En 1942 consagró el mundo al Corazón Inmaculado de María. Fue consciente del hecho de haber sido consagrado obispo en una fecha mariana muy señalada: el 13 de mayo de 1917, día en que empezaron las apariciones de Nuestra Señora en Fátima. Unos años después de terminar la segunda guerra mundial, en 1950, el Papa definió solemnemente el dogma de la Asunción. Cuatro años más tarde proclamó la Realeza Universal de María. Este acontecimiento clausuró el Año Mariano que él había declarado por el centenario del dogma de la Inmaculada Concepción, como igualmente dedicaría otro por el centenario de Lourdes el año que murió.

A consecuencia de estos acontecimientos hubo muchísimos movimientos y eventos importantes, congresos marianos y mariológicos, congregaciones mañanas, aumento de las peregrinaciones a los nuevos y antiguos santuarios de Nuestra Señora, y creció el interés por el conocimiento literario, teológico y devocional en relación con María.

Algunos santos canonizados en estos años estaban en esta línea, lo cual animaba la piedad mañana. Por ello, la santa de la Medalla Milagrosa, Catalina Labouré, tenía forzosamente que influir en todos los devotos de María, especialmente en los miembros de la Legión de María. Y más aún, la canonización en el mismo año 1947 de San Luis María Grignon de Montfort. Aquí se encuentra la inspiración de la Legión aclamada públicamente, exaltada y aprobada por la Iglesia. No es que yo mantenga que la canonización implique la aprobación de cada punto de enseñanza en los escritos del nuevo santo. San Pío X tuvo ya intuición de la Legión de María, como la tuvo San Antonio María Claret.

Ése era el panorama en la Iglesia con respecto al trabajo de toda la vida de Frank Duff.

Volviendo al ambiente inmediato en el que él trabajaba, la situación irlandesa en el comienzo de los años veinte estaba también afectada por ciertos factores. En julio de 1921 fue acordada una tregua entre el Gobierno británico y los líderes irlandeses de la Guerra de la Independencia, que había durado más de dos años en el país. El día 6 de diciembre se firmó un tratado entre plenipotenciarios del Parlamento irlandés (el "Dail") y representantes del Gobierno británico. No nos concierne detallar aquí la subsiguiente época dolorosa de la historia irlandesa. Lo más importante para la Legión fue que era la primera fundación de importancia en la nueva Irlanda, que ya disfrutaba en buena medida de su independencia. Hay, por tanto, un valioso capítulo que debe ser escrito y estudiado en este mismo contexto. Cuando Frank Duff se encontró de repente frente al problema de las chicas de la calle dispuestas a comenzar una nueva vida, pero sin tener ningún sitio para ir, fue un Ministro del entonces Gobierno del Estado Libre, Mr. William T. Cosgrave, quien proporcionó el alojamiento adecuado, propiedad del Gobierno. En el trato que tuvo Frank con este hombre de fe cristiana muy arraigada, empezó una de las mejores amistades de su vida. Fue Mr. Cosgrave quien sugirió, muchos años después, que le fuese concedido a Frank un honor pontificio. Divulgó un secreto al decir que

mientras Frank estuvo en Roma con motivo del Concilio Vaticano II en 1965, tuvo una clara visión sobrenatural de la muerte de su amigo en el momento en que realmente ocurrió.

Pero estamos adelantando acontecimientos. Este galardón, su nombramiento como auditor laico en el Concilio, llegó tarde, como otras distinciones de concesión eclesiástica. La gente joven de hoy habla de dificultades con la Iglesia institucional. Los jóvenes tendrían poco que decir sobre el asunto del libro de Miss Firtel. Frank no fue siempre comprendido, lo cual es un desmerecimiento; pero siguió adelante con valentía y sin rencor. No es de extrañar que gozase tanto pensando en la compañía de los ángeles.

En un aspecto tuvo desde el primer momento un sincero estímulo en los más altos niveles de la Iglesia. Desde el día en que Pío XI le recibió hasta el momento en que fue invitado a asistir a la misa celebrada por Juan Pablo II en su capilla privada y después a desayunar con él, disfrutó de lo que para un fundador de una asociación seglar bien pudo considerarse como un apoyo papal único, no solamente en Roma, donde Pío XII le recibió, y desde donde Juan XXIII y Pablo VI le enviaron mensajes de aliento y protección, sino también en las Nunciaturas y Delegaciones Apostólicas de todo el mundo.

Esto fue una cadena de apoyo organizado. En los primeros días críticos, su defensor más leal en Dublín fue el arzobispo Paschal Robinson, OFM, primer nuncio del Gobierno irlandés desde el siglo XVII, y el italiano Rinnucini, enviado a la Confederación de Kilkenny. El Dr. Robinson frecuentemente invitaba a Frank a su mesa en la Nunciatura en Phoenix Park, cuando tenía con él a distinguidos eclesiásticos extranjeros. Era una ocasión para introducir el tema de la Legión, explicarla, contestar a las objeciones que algunas veces se hacían y ejercer ese atractivo de su personalidad, al cual ya me he referido.

Uno tras otro, los enviados legionarios han podido contar alguna historia notable sobre los medios eficaces y generosos utilizados por los representantes del Papa para ayudar a la extensión de la Legión. No sería oportuno mencionar nombres, pero nadie objetará si yo menciono el inmenso prestigio que Alfie Lambe (cuya biografía ha escrito también Miss Firtel) consiguió en el mundo de América Latina. El otro caso que viene a mi mente tuvo repercusiones por todo el mundo debido al logro de sus éxitos. El arzobispo Riberi, que fue anteriormente Secretario de la Nunciatura en Dublín, había sido testigo admirador del trabajo de Edel Quinn en el Este de África, donde estaba él como Delegado Apostólico. Nombrado Pronuncio en China poco antes de que la guerra adquiriera efectos devastadores en aquel país, propuso la Legión como un instrumento ideal para la evangelización. Como muchos saben, encontró un aliado providencial en el P. Aedan McGrath, de los Padres Columbanos. La historia heroica terminó para muchos de los chinos en "sangre de mártires", la que esperamos será semilla de cristianos. Para el P. McGrath no llegó ese extremo, ya que no era un ciudadano nativo, pero supuso un largo encarcelamiento, del cual, afortunadamente para otros países del lejano Oriente, salió aún más resuelto, convencido e indomable.

El resultado de esta operación se presentaba imprevisible. Un irlandés, escritor revolucionario y católico muy conocido, Peadar O'Donnell, durante el apogeo de la campaña antilegionaria de los chinos, encontró algunos ciudadanos de la nueva República en el Este de Europa. Les dijo que su ataque contra Frank Duff, a quien habían considerado en su propaganda como un "imperialista", era una vergüenza. "Es amigo mío, dijo Peadar; si yo estuviera en alguna dificultad mañana, es el hombre a quien primero recurriría". El resultado de este diálogo fue una invitación a Frank para ir personalmente a Pekín. En otra ocasión fue invitado para ir a Moscú. Algún día conoceremos el conjunto de las cosas extraordinarias que le sucedieron, y aprenderemos de sus emociones en ciertos momentos, por ejemplo cuando la Legión fue fundada en Nazaret.

He tocado indirectamente el gran desafío al que la Legión de María y su espíritu de orientación se enfrentaron durante los años treinta y cuarenta: la expansión de la Iglesia por los territorios de misión. Se ha dicho que ésta, la Iglesia Católica, ganó la primera guerra mundial sin disparar ni un solo tiro. ¿Por qué? Porque debido a la configuración política cambiante en el que hemos dado en llamar últimamente el "Tercer Mundo", los pueblos nativos acogieron bien la fe y en algunos lugares hubo bautismos en gran número. África es el ejemplo que más sobresalió. Frente a unos pocos miles de católicos en ese enorme continente a principios del siglo XX, actualmente hay muchos millones con un clero y episcopado nativo en aumento y con todo lo que un cristianismo floreciente debe poseer.

Podía haber sido una tentación para una nueva asociación seglar en un país europeo dejar las misiones a los misioneros, pero Frank Duff nunca se asustaba ante las grandes empresas. Con intuición y rapidez fue mandando enviados, mensajeros dispersos de la Buena Nueva, con resultados sorprendentes, como conocen aquellos que han seguido la historia de la Legión en Asia, África y América Latina. Es sabido que hay muchos sitios lejanos en el mapa del mundo donde Irlanda evoca una sola palabra: la Legión de María. Éste ha sido el único movimiento verdadero, lanzado desde nuestro país.

Una vez tuve un claro ejemplo de esto. Estaba hablando con algunos franciscanos americanos que preparaban una revista especial sobre Frank. Como cosa curiosa, les enseñé algunas cartas escritas por él a Alfonso Lambe. Abiertas al azar, comprobaron que estaban relacionadas con la posibilidad de la extensión de la Legión en las Islas Malvinas (*FalklandIslands*). Nos impresionó a todos, ya que la guerra de las Malvinas acababa de ser noticia entonces. No es de extrañar que la gente estuviera impresionada por el conocimiento que tenía Frank de la geografía; los lugares en el mapa tenían para él significado en términos del trabajo al que había dedicado su existencia.

Fue la suya una vida larga, sorprendente. Sobrevivió a dos atentados personales con armas mortales en sus últimos años, uno de los cuales le dejó bañado en sangre, manteniéndose, sin embargo, inalterable debido a que no daba importancia a su vida.

Necesitaba dormir; hay quien no lo necesita tanto, pero él, necesítándolo, en muchas ocasiones trabajaba hasta bien entrada la noche. En una ocasión dijo que a veces había estado trabajando hasta las cuatro de la mañana, sin tener tiempo para rezar el Breviario, su costumbre de toda la vida (el viejo Breviario en latín), que le suponía más de una hora. En tales ocasiones recitaba todo el Oficio del día antes de descansar.

Sí, era un hombre extraordinario, una mente aguda y lúcida, con habilidad para discernir situaciones con precisión, escogiendo el punto neurálgico donde el esfuerzo obtendría un resultado óptimo. Pensemos en el movimiento Patricio, en la *Peregrinatio*, sin mencionar el "hostel system", lo que fue el éxito y base inicial de toda la estructura de la organización. ¿Quién dijo: "Las ideas sin práctica son estériles; la práctica sin ideas es ciega"? Esto encaja con la vida sobre la que estoy reflexionando.

En verdad, este hombre tenía una visión profunda y una sabiduría singular para conocer cómo esa visión profunda debía realizarse con eficacia; entonces nacían en él la actividad, el esfuerzo y la tenacidad. Nunca cedió. Llegó fielmente hasta el final del camino. Podría encontrarse con obstáculos insuperables, como ocurrió con la Sociedad Mercier, que fue un golpe de fuerza espiritual extraordinario, la primera asociación ecuménica en Irlanda desde la Reforma, y la Sociedad del Pilar de Fuego fundada en una época en que los judíos se alegraban en todas partes del apoyo fraternal, también condenadas a encontrarse con impedimentos eclesiásticos. Pero Frank estaba dispuesto a reanudar la marcha allí donde se

había visto obligado a detenerse. Aunque podía ser agrio en las críticas, la confianza en sí mismo era creativa y constructiva.

¿Era un santo? Ciertamente no era una estatua de yeso, ni un San José, aunque oraba muchísimo. Era duro, terriblemente duro, no un tipo violento, pero viril en el sentido más propio de la palabra. Yo le oí decir con satisfacción que una vez un marinero borracho le amenazó con un cuchillo a la puerta de la residencia "Estrella de la Mañana". Pero "yo tenía un manojito de llaves en mi mano; me adelanté y, dándole un golpe en la boca, le tumbé". No creo que esto figure en el análisis de su virtud en los preliminares de una posible beatificación; ni tampoco otro incidente cuya narración comentó con esta observación: "Ahora no se leerá esta clase de hechos en la vida de los santos".

En una ocasión un funcionario amenazó con apropiarse de la casa que Frank había obtenido de Mr. Cosgrave, Ministro del Gobierno Local y Presidente del Consejo Ejecutivo, en cuyo distrito está situada la residencia de Santa María. La réplica de Frank fue que él organizaría la mayor campaña antidesahucio en la historia de Irlanda, ocupando la residencia él mismo, así como otros legionarios y los residentes. Usarían todas las armas disponibles y serían sacados y arrastrados de la residencia gritando; él, como el capitán de un barco, sería el último en salir. No se volvió a oír nada más sobre la amenaza.

¿Tenía faltas? Desde luego tenía genio, pero él probablemente diría que era solamente un incidente de enfado justificado, una de las debilidades humanas.

Era un narrador maravilloso. Es posible que algunas veces embelleciera un simple relato, pero la mayor parte de lo que narraba no necesitaba bordados.

Había tenido una vida fascinante. Era de una voluntad férrea y posiblemente algunas veces tuviera mucho amor propio, pero sin esa fuerza de voluntad su trabajo habría fracasado una y otra vez bajo diversos ataques. En todo ser humano se pueden comprender algunos defectos dentro de sus virtudes. Para mí las virtudes de Frank llegaban al nivel de la heroicidad. Fue un amigo maravilloso, leal, delicado cuando se necesitaba una solución sensata, dispuesto a luchar por aquellos que quería. A un amigo muy querido, a quien dio una copia del "Knight" de Rembrandt, dijo en cierta ocasión: "Tú sabes que soy un luchador". Era la pura verdad. Nunca deponía las armas en el fragor del combate y sabía que le aguardaba, indestructible, la corona de la victoria.

Como todos los luchadores, tenía momentos de reposo en los que su aspecto era atractivo. Sean O'Sullivan captó algo de esto en su dibujo, como también de la vivacidad intensa que tenía.

Frank era una persona de gran sencillez. No era tonto; sabía que pertenecía a estos tiempos. Era consciente de que había conseguido personalmente un cambio enorme en la mentalidad de los católicos seculares, así como en la de la Jerarquía hacia ellos. Su voluminosa correspondencia es única en la historia de Irlanda. Jamás un trabajo tan monumental sobre la teología católica podría aparecer sin un artículo sobre el laicado porque, como alguien dijo con gracia, el laicado no existía cuando su voluminoso trabajo estaba siendo planeado.

Si el Concilio Vaticano II pudo emitir un decreto sobre el Apostolado secular, algo que nunca se había pensado en los Concilios anteriores, si los auditores laicos tenían un sitio en el Concilio, si, en una palabra, se ha reconocido que Pablo hablaba al laicado cuando dijo: "Vosotros sois el Cuerpo de Cristo, es decir, la Iglesia", la intuición de Frank quedó justificada ampliamente; sus iniciativas demostraron ser altamente beneficiosas para toda la Comunidad

cristiana y también para el género humano. Fue el promotor de una vigorosa revolución.

Me dijo una vez: "Sé que he sido un canal de grandes cosas". Lo dijo de una forma casual. A un amigo mío que le reprochó ser demasiado crítico, él admitió que, de haber sido fiel a todas las gracias que había recibido, podría haber sido otro San Bernardo. Ésa es la clase de autocrítica que se encuentra en la vida de los predestinados. Él había sido fiel.

¿Llevaba una máscara? Llevaba su grandeza con naturalidad. ¿Intentaba en el porte de un hombre corriente ocultar esta grandeza? Su sentido del humor y su inolvidable risa, que restauraba sus nervios desgastados, le sirvieron también para alegrar a la gente en los proyectos en que se había embarcado.

Estoy de acuerdo con la descripción de Hilde Firtel de brillante Caballero de Nuestra Señora, serio, sonriente en momentos tempestuosos, valiente hasta la médula de sus huesos.

No volveremos a ver a nadie semejante a él. Pero qué gran suerte haberlo conocido, haber disfrutado de su compañía y verle, por fin, recibiendo el honor que merecía, aunque su ciudad natal no le concediera su "Freedom" (equivalente a dar las llaves de una ciudad) a su ciudadano más ilustre. Sí, nadie es profeta en su tierra. Dios lo hizo y tiró el molde.

Su memoria permanecerá como un coloso en sus esperanzas, en su obra y en su oración.

Michael O'Carroll, C.S.Sp

1

Una familia irlandesa

En ningún país europeo, quizá con la excepción de Polonia, está tan fuertemente unido el patriotismo con el sentimiento religioso como lo está en Irlanda. Esto posiblemente se debe a la opresión de la vecina Inglaterra, que fue dirigida tanto contra la fe católica como contra la independencia política. Fuera de Irlanda poco se sabe sobre la clase de discriminación a que los católicos irlandeses fueron sometidos durante siglos. Las leyes penales promulgadas desde el siglo XVI al XVIII decretaron, entre otras cosas, que los católicos no tuvieran franquicia alguna, ni derecho a participar en el Parlamento. No les era permitido acceder a la Universidad y estaban excluidos de las profesiones y del comercio. Cuando un miembro de una familia católica abrazaba la fe protestante, todas las posesiones familiares eran para él. Sólo al final del siglo XVIII estas leyes fueron mitigadas, pero la opresión no cesó realmente.

Las insurrecciones del pueblo oprimido, intermitentes durante más de trescientos años, fueron sofocadas repetidamente. La insurrección iniciada en 1916 continuó durante cuatro años cuando los británicos confirieron sobre veintiséis condados de Irlanda un "status" dentro de la "Commonwealth" de Naciones y separaron los seis condados del nordeste del resto del país. Un sector muy grande del pueblo irlandés no aceptó este arreglo y el conflicto terminó en una penosa guerra civil. Después de este terrible holocausto, el Gobierno del Estado Libre asumió la autoridad sobre los veintiséis Condados. Mr. William T. Cosgrave fue el primer Presidente del Consejo Ejecutivo. Eammon de Valera fue elegido en 1932; y habiendo introducido en 1937 una nueva Constitución, su partido gradualmente suprimió todos los acuerdos hechos con los británicos. Esto condujo eventualmente a la separación de la República por John A. Costello, entonces primer Ministro, cuando estaba visitando Canadá en 1948. Tanto Eammon de Valera como William T. Cosgrave, luchadores por la libertad, habían sido encarcelados y sentenciados a muerte; ambos fueron indultados.

Desde luego había irlandeses que veían en la Corona británica la autoridad dada por Dios, a la cual los cristianos debían obediencia y lealtad. Pero en cualquier dirección que se inclinaban los habitantes de Irlanda, el amor apasionado por su país era común a todos ellos. Éste era el caso de una pareja joven que se casó en Dublín el año 1888. John Duff, considerado "el hombre más agraciado de Dublín", condujo a Letitia Susan Freehill al altar. Ambos procedían de Trim, a unas 25 millas al norte de Dublín. John Duff era un funcionario del Estado, al igual que Letitia o Letty, como la llamaban. Su padre había sido director de un colegio en Trim, el primer irlandés que había sido autorizado para ocupar ese puesto. Ella

también había sido la primera mujer irlandesa admitida al examen con el que podía ingresar en el Servicio Civil, que hacía poco tiempo había sido abierto al sexo femenino. Al principio fue destinada a Londres, donde trabajó varios años. Cuando esta carrera se abrió a las mujeres en Irlanda, solicitó el traslado. Sin embargo, después de su matrimonio, la joven tuvo que dejar el trabajo. El 7 de junio de 1889 nació su primer hijo, que dos días más tarde recibió en el bautismo el nombre de Francisco Miguel. Fue concretamente el domingo de Pentecostés, la fiesta solemne del Espíritu Santo. ¿Podemos ver en esta fecha un presagio de la destacada influencia que iba a tener el Espíritu Santo en la vida de este niño?

Letty tuvo seis hijos más, de los que dos murieron de pequeños. Cuatro crecieron con Frank: su hermano John y sus hermanas Isabel, Ailis y Sara Geraldine. Componían una familia muy feliz; había entre ellos una gran unión y un estrecho cariño. Los padres dieron a sus hijos, desde el principio, el ejemplo de una fe fuerte y alegre. No conocemos mucho más sobre la niñez de Frank. Él se lamentaba después de que siendo el superviviente mayor de la familia no pudiera preguntar a nadie acerca de cómo habían sucedido ciertos acontecimientos singulares.

Frank fue un niño vivo y alegre, con una fuerte afición a los deportes. Al principio asistió a un colegio de enseñanza básica dirigido por unas religiosas. Cuando la familia se trasladó a otra zona de la ciudad, asistió algunos años a Belvedere, un colegio de jesuitas ubicado cerca de donde vivían. Finalmente le enviaron al colegio Blackrock, un centro de enseñanza secundaria, del cual salieron numerosas personalidades, entre ellas el Presidente de Valera.

Frank pasó todos los grados con distinciones y ganó varios premios, uno de ellos relacionado con el idioma irlandés, que había sido abandonado y casi olvidado a través de los siglos. Sólo se hablaba en algunas regiones del oeste y suroeste de Irlanda. Frank se entusiasmó fácilmente con el movimiento comprometido por resucitar el idioma y pronto adquirió un excelente conocimiento del mismo.

Aunque le encantaba la lectura y adquirió una cultura general muy sobresaliente, no fue lo que comúnmente se denomina un "ratón de biblioteca". En cambio, montar en bicicleta fue su gran pasión desde muy joven; también encontraba tiempo para jugar al fútbol. Durante una competición sufrió un fuerte pelotazo detrás de una oreja, pero "no dije nada en casa", comentó un día. En aquel tiempo estas cosas no se tomaban tan en serio, pero se puede suponer que este accidente fue la causa de su sordera a una edad relativamente temprana, lo que le causó muchos problemas.

A los diecinueve años el joven Frank terminó sus estudios en Blackrock también con distinción. Después solicitó un puesto en el Servicio Público del Estado, decisión natural a la vista de la tradición familiar. Para ello tenía que pasar un examen; resultado: ganó la plaza en una reñida oposición nacional.

Verdaderamente Frank constituía la gran esperanza de su familia. Fundamentos y actitudes no le faltaban. Estaba bien dotado por la naturaleza. Además, la fe cristiana enriqueció y embelleció significativamente su personalidad.

Frank era de una estatura mediana, algo delgado, pero de una gran fuerza muscular. Esto, años más tarde, sorprendió a más de un desafiante que creyó que podía vencer fácilmente a este hombre menudo.

Sus ojos grises tenían algunas veces una expresión picaresca, mostrando un peculiar sentido del humor. Gozaba riéndose y siempre sabía ver el lado gracioso de cada situación.

También le gustaba hacer travesuras y gastar bromas, pero sin ofender a nadie.

Realmente era un joven prometedor, con muchas cualidades y aptitudes, y con un gran futuro por delante.

2

Ascenso interior y exterior

A Frank le dieron importantes puestos en el Servicio Público del Estado durante la época británica y después del establecimiento del Estado Libre. Trabajó en estadísticas. En la entrega de la autoridad británica a las autoridades irlandesas fue secretario de Sir Cornelius Gregg, quien estableció el servicio civil nativo. Fue por un tiempo secretario del Jefe Nacional Michael Collins. Trabajó en el Departamento de Agricultura y después fue trasladado al Departamento de Finanzas.

El celo y la lealtad en su vida de trabajo fueron una manifestación de su esfuerzo por la perfección. Mucho antes había encontrado su verdadero destino en la vida. Publicó un folleto titulado "¿Podemos ser santos?", en el que aconsejaba a las personas seculares cómo alcanzar la santidad. Sería interesante averiguar cuántos pensamientos contenidos en el meollo de este trabajo aparecieron más tarde en el Manual de la Legión. De todas formas, podemos estar seguros de que Frank no dio ningún consejo en este libro que él no hubiera practicado. Recomendaba asistir a misa y comulgar diariamente; esto segundo no era una costumbre corriente todavía en aquellos tiempos. El Decreto del Papa San Pío X sobre la Comunión, en el que recomendaba la comunión frecuente y aún diaria, había aparecido sólo unos años antes y no se había hecho todavía una práctica generalizada.

Para Frank Duff no era normal iniciar el día sin la comunión. Más adelante, en su vida, solía asistir a dos misas diarias. Pero se sintió impulsado a hacer aún más. En 1913, a sus veinticuatro años, decidió rezar el Oficio Divino diariamente. Esta oración era entonces mucho más larga de lo que lo es actualmente. Se rezaba en latín y no había traducciones. Se solía tardar en rezarlo completamente una hora y media.

En una ocasión un sacerdote preguntó a Frank a qué atribuía las grandes gracias y éxitos que había recibido a través de su larga vida; éste le contestó: "Al hecho de que no he dejado un solo día de rezar el Breviario".

Un año después de tomar esta decisión, fue por primera vez a Lough Derg, conocido como el "Purgatorio de San Patricio". Es una peregrinación penitencial de tres días de duración, probablemente única en el mundo. Los ejercicios penitenciales comienzan con un período de ayuno. Más tarde el peregrino come solamente pan negro y duro con té sin leche. Hay una vigilia durante la primera noche; en la segunda, los participantes duermen sobre una tabla rasa. Entretanto hay oración y meditación; el Rosario y el Vía Crucis se rezan varias veces durante el

día y en las vueltas que dan sobre la piedra penitencial ("beds") deben ir descalzos.

A partir de entonces Frank siguió yendo a Lough Derg durante cuarenta y nueve años, aprovechando la fiesta que celebran los bancos en el mes de agosto, hasta que su enfermedad se lo impidió. No le fue fácil: "Cada año le gustaba menos", escribió más tarde a un amigo.

Un día, un amigo suyo intentó entusiasmarle para hacerse miembro de las Conferencias de San Vicente de Paúl, una conocida Asociación fundada por el francés Ozanam, especializado en actividades de caridad. En Irlanda esta Asociación estaba reservada sólo a hombres. El socio hacía su trabajo como un servicio a los pobres, no como un asistente social oficial, sino como un amigo que desea convencerles de que no están olvidados por el Señor y que la Iglesia no siente indiferencia hacia su desgracia. Al principio Frank parecía tener dudas y se unió a la Asociación más por complacer a su amigo que por interés real. Pero pronto se sintió atraído especialmente por la indescriptible pobreza en su propia ciudad, algo que uno no puede imaginarse actualmente.

Hasta entonces, en su vida burguesa no había estado en contacto cercano con ambientes semejantes. Los miembros de las Conferencias de San Vicente de Paúl se reunían todas las semanas en "Myra House" ("Casa de María"), un viejo y derruido edificio que en tiempos había sido fábrica de tocino. Una bienhechora lo había regalado a las Conferencias. Al principio sólo una habitación había sido reparada para las reuniones. Poco a poco, según se extendían las actividades de las Conferencias, se fueron renovando otras habitaciones y el salón grande.

Las reuniones empezaban con unas oraciones y lectura espiritual. Se redactaban actas de las mismas y se comentaba el trabajo. Esta experiencia de Frank con las Conferencias de San Vicente de Paúl sería importante en la subsiguiente fundación de la Legión de María. Fue el marco adoptado desde el principio.

Entre los miembros figuraban personalidades destacadas. Las reuniones eran muy activas y animadas. Frank quedó impresionado por el ambiente de las mismas y pronto fue uno de los miembros más entusiastas.

3

Un apostolado muy especial

El proselitismo fue extendiéndose por toda Irlanda. Esta palabra significa normalmente conversiones, pero en Irlanda indicaba una campaña bien organizada para explotar la situación de pobreza del pueblo con el fin de hacerle abandonar la fe católica.

En una carta pastoral el arzobispo de Dublín enumeró no menos de veintiuna asociaciones, que bajo la designación inocente de "asistencia social" usaban estos medios vergonzosos e indignos. Se dijo que no eran éstos los únicos grupos en acción, sino que había más. Se ofrecía comida gratis, igual que tratamiento y asistencia médica; la gente era alojada en casas y recibía toda clase de favores si estaba dispuesta a asistir a los servicios protestantes (en aquella época esto era pecado grave para los católicos).

Un día, la Conferencia de San Vicente de Paúl, a la que pertenecía Frank, recibió una carta de un tal Tom Macabe, amigo del padre de Frank y miembro entusiasta de la Asociación, en la que reprochaba a los hermanos por tolerar tal nido de proselitismo en la vecindad sin hacer nada al respecto. En la calle Whitefriars, a las seis y media, cada domingo se ofrecía un desayuno gratis, seguido de un servicio protestante. El Presidente, de nombre Lennon, pidió voluntarios para investigar el asunto y Frank se ofreció. Él y Lennon acordaron encontrarse el domingo siguiente e investigar la situación. Frank no se dio cuenta en esta ocasión del compromiso en que se estaba metiendo, que fue considerable.

El domingo siguiente resultó un día muy frío. A las 7,30 de la mañana nuestros dos héroes llegaron al lugar y tomaron posiciones. Pronto aparecieron los primeros invitados: personas muy pobres, pálidas y andrajosas. Mientras el compañero de Frank comenzó una conversación con una de ellas, él contaba las que entraban. Entonces una mujer se le acercó y le dijo: "Mr. Duff" (debía ser ya alguien muy conocido en Dublín). Él no la conocía. Ella prosiguió: "Si desea emprender alguna iniciativa en este asunto, debería hablar con Mr. Gabbett, que está ahí de pie".

Frank vio a un hombre alto y fuerte con un bigote tupido y el cuello del abrigo subido, que le pareció imponente, casi inabordable. Con respecto a la pregunta de Frank, primero le miró fijamente y a continuación le comentó que no podía soportar más estos hechos y que había decidido abrir una contrainstitución el domingo siguiente. "Eso es maravilloso, exclamó Frank. Precisamente estábamos buscando una posibilidad en esa línea. Naturalmente no pensamos en ninguna competencia; nos gustaría ayudarle".

Mientras Gabbett refunfuñaba algo, el compañero de Frank volvió e informó que acababan de recibir permiso del Director de la Escuela, al otro lado de la calle, para usar unos locales con tal objetivo. Cuando él oyó que Mr. Gabbett tenía el mismo plan, le ofreció en nombre de la Asociación de San Vicente de Paúl hacerse cargo de los gastos. El otro contestó: "Gracias, puedo hacerlo solo". Era sorprendente puesto que se trataba de un sencillo zapatero, sin gran capacidad económica, pero realmente tenía su orgullo. "¿Podemos, por lo menos, ayudarlo en el trabajo?", le preguntaron. Después de una cierta vacilación, Gabbett asintió.

El domingo siguiente un hombre corpulento impedía el acceso de los "invitados" a la calle Whitefriars y les dirigía al otro lado de la calzada. Frank y Lennon ayudaron a preparar y servir el desayuno; después lavaron los platos y limpiaron los locales. A partir de este día esto ocurría todos los domingos. Como entonces no había misa vespertina, tenían que ir a misa muy temprano con el fin de empezar su tarea a las siete y media y seguir trabajando toda la mañana sin tomar ningún alimento. La salud de Lennon no era muy buena, por lo que al poco tiempo, no pudiendo soportar aquel trabajo, tuvo que dejarlo. Frank fue más tenaz. Además, él había entablado amistad con Gabbett. "Era una persona sin igual, como jamás había encontrado otra", comentó Frank posteriormente. Para él solamente existía una cosa: su fe. Por esto ningún sacrificio era demasiado grande. Ahora bien, lo que él se exigía a sí mismo también lo quería de los demás.

Frank trabajaba en su oficina del Servicio del Estado hasta las cinco de la tarde. Después visitaba casi todos los días los hogares atendidos por la Conferencia de San Vicente de Paúl. Cuando se hacía demasiado tarde y no podía llamar a la puerta de extraños, iba a ver a Gabbett que, como se ha dicho antes, era zapatero, especializado en hacer botas para los oficiales, que en aquellos tiempos era una artesanía. Aun a horas avanzadas estaba trabajando; y mientras la bota se confeccionaba bajo sus hábiles manos, hablaba sin interrupción y siempre sobre temas religiosos. Gabbett pertenecía a la Asociación "Pioneros de abstinencia total", cuyos miembros por amor a Cristo y en expiación por el vicio del alcoholismo se comprometían a la abstinencia de bebidas alcohólicas durante toda su vida, llevando un pequeño distintivo como signo de su pertenencia a la Asociación. Gabbett conquistó para esta idea a su joven amigo. Cuando evolucionó más tarde su consejero, Frank se mantuvo fiel a su promesa durante toda su vida.

Gabbett apenas escribía su nombre, pero era capaz de leer y estaba muy contento porque Frank le regalaba con frecuencia libros religiosos. Las habitaciones donde se daban los desayunos estaban vacías durante la semana, lo que era una pena. Portante los dos amigos iniciaron toda clase de actividades con el fin de aprovechar los locales a otras horas. Frank daba clases de catecismo para chicos y hombres. Pronto reclutó mujeres y chicas para dar instrucción religiosa a colegiales.

El año 1916 comenzó la insurrección, lo que condujo a la guerra de la Independencia, con la que Gabbett no simpatizaba. Él había servido en el ejército británico en la India durante veintiún años y se consideraba un súbdito leal de Su Majestad el Rey de Inglaterra. Así que decidió unirse al ejército británico otra vez, aunque había pasado ya la edad del servicio activo. Fue típico de este hombre singular el que no comunicase una palabra sobre esto a su joven amigo. Frank no se entusiasmó cuando un día Gabbett le manifestó que había dicho al propietario de su casa que se marchaba otra vez como soldado. "Todo lo que hay en esta habitación es tuyo", le dijo. Y así fue como Frank llevó platos, copas, pucheros, cubiertos y ropas a Myra House.

Entre todos los enseres y cachivaches había una imagen en color y de yeso de la Mediadora de todas las gracias. Frank volvería a encontrarse con esa imagen otra vez.

4

El loco del barrio

Si seguimos la vida de Frank Duff desde sus comienzos, podemos contemplar con admiración cómo la Divina Providencia le conducía y preparaba, paso a paso, para su gran misión. Hemos visto cómo el joven funcionario del Estado pudo esforzarse para procurar su santificación personal como requisito previo para cualquier actividad apostólica fructífera y cómo el rezo cotidiano del Breviario dio estabilidad a su esfuerzo. Hemos visto, además, cómo en la rama entusiasta de la asociación de San Vicente de Paúl en Dublín encontró el marco adecuado que le enseñó el valor de un grupo con una constante actividad organizada. Todavía tenía que aprender a vencer el respeto humano y a no dejarse desviar ni por las burlas, ni por la violencia del camino que le conducía a su meta deseada.

Una vez que Gabbett se incorporó al ejército y dejó a su amigo solo, el lugar donde se servían los desayunos se cerró lamentablemente y los asistentes volvieron otra vez al local de la otra acera. Frank encontró esto intolerable y decidió continuar interrumpiendo la entrada al lugar citado. Cada domingo paseaba de arriba abajo delante del local, rosario en mano. Si alguien quería entrar, él se acercaba y cortésmente le explicaba que hacía mal. La respuesta era casi siempre la misma: "Tengo hambre". La mayoría de las veces la contestación era dada en un tono amistoso, pero en otras era desagradable y ordinaria. El asunto le causó una inquietud profunda.

Entonces se enteró de que no muy lejos del sitio de sus esfuerzos había una cocina pública dirigida por un sacerdote donde daban sopa y ofrecían comidas baratas durante la semana, excepto los domingos. Frank se puso en contacto con el sacerdote y le convenció de la necesidad de abrir la cocina los domingos. El sacerdote se comprometió a dar un desayuno por tres peniques. Actualmente poco se puede comprar por esa cantidad, pero en aquella época la cifra sí contaba, y Frank se comprometió a pagar la cuenta cada semana. Volvió a su puesto en Whitefriars Street y entregaba a cada persona que quería ir a la otra parte una tarjeta con las iniciales de su nombre, la cual le daba derecho a tener un desayuno gratis en la cocina mencionada.

En el curso de esta actividad se encontró con varias aventuras. Un domingo apareció un marinero borracho. Frank se acercó y le dijo: "Si eres católico, está mal que entres en un sitio donde tendrás que asistir a un servicio protestante". En lugar de una contestación, el marinero sacó un cuchillo y le atacó. "Me hubiera matado si hubiera estado cuerdo, comentó Frank más tarde, pero estando borracho se tambaleaba tanto que falló". Frank no tenía miedo,

ni era un hombre fácil de intimidar. "Mi réplica hubiera dado muy buena fama a Muhammed Alí, porque le dejé tumbado en el suelo", comentó riéndose. Mientras se preparaba para un nuevo ataque, una señora decidida, que había visto la escena al otro lado de la calle, se lanzó sobre el hombre golpeándole y dándole patadas hasta que se alejó. Aventuras de esta clase no eran infrecuentes; sin embargo, domingo tras domingo, Frank se paseaba arriba y abajo delante del lugar; y si no había nadie por allí, rezaba el Rosario.

Cierto día un sacerdote vino con un grupo de jovencitas de una iglesia cercana, señaló a Frank y dijo en un tono suficientemente alto para que le oyera: "Solamente quería enseñaros al loco del barrio". Las chicas se rieron con signos de burla. Pero una de ellas, que era inteligente, conociendo a Shakespeare, contestó con las palabras de Polonio a Hamlet: "Hay método en su locura; al final el lugar se cerrará". Esta chica era Emma Colgan. Años más tarde desempeñó un papel importante en la Legión. Al final se vio que Emma estaba en lo cierto.

Por entonces falleció el padre de Frank. Siendo el hijo mayor, tenía un deber especial de ayudar a su familia. La factura semanal de los desayunos resultaba demasiado gravosa para él. Como último recurso acudió a las Conferencias de San Vicente que acordaron pagar la cuenta en el futuro. Y no solamente eso, sino que un hombre estupendo, llamado Tom Fallón, que iba a desempeñar un papel importante en la vida de Frank, se ofreció a ayudarlo, lo que Frank aceptó agradecido.

En adelante hubo nuevos voluntarios cada semana. Al final, el local se cerró, pero habrían pasado seis años y medio desde la primera intervención de Frank. No merecía la pena mantenerlo abierto porque el número de asistentes seguía disminuyendo. Los responsables no abandonaron tan fácilmente su proyecto. Al otro lado de la ciudad había otro sitio similar, el "Metropolitan Hall", y decidieron ir allí. Evidentemente, algún pajarito debió decir algo a los hermanos de la asociación de San Vicente de Paúl sobre este plan, porque cuando el segundo domingo el nuevo local abrió sus puertas, los leales boicoteadores ya estaban allí tratando de convencer a los asistentes de no traicionar su fe por un desayuno.

Poco después Frank encontró nuevas tareas que le impidieron seguir el boicot, pero otros ocuparon su lugar, semana tras semana, año tras año, hasta que el último de estos sitios cerró sus puertas. En conjunto el boicot duró más de dieciséis años. La locura había demostrado ser un sistema válido.

5

Actividad de grupo

Se ha mencionado a menudo que Nuestra Señora se apareció en Fátima en 1917 cuando el comunismo llegó al poder en Rusia. Es significativo el hecho de que en el mismo año fueron puestos los cimientos de un movimiento al que décadas más tarde los comunistas denunciaron como "el enemigo público número uno". Mientras tanto, el grano de trigo estaba todavía oculto en la tierra.

Como se ha dicho, "Myra House" tenía un salón grande en el que se distribuían los domingos comidas gratis a los niños desamparados. Algunas mujeres y chicas ayudaban asiduamente en este trabajo. Un día, en el curso de una conversación con los niños, un miembro de la asociación de San Vicente de Paúl sintió grandes dudas sobre si estos pequeños necesitaban realmente las comidas gratis. Cuando se visitó a los padres, se descubrió que algunos de ellos no estaban tan necesitados en realidad, por lo que las comidas gratis fueron suprimidas.

Por ese tiempo Frank Duff fue nombrado por dicha asociación su representante en el Comité de Señoras. Este Comité se reunía mensualmente para organizar varias actividades, siendo una de ellas la Sociedad del Sagrado Corazón de los Pioneros de la Abstinencia Total, a la que él también pertenecía.

Durante algún tiempo Frank se había fijado en una mujer de mediana edad, que todos los días, a la hora del almuerzo, iba al convento de María Reparadora en la plaza Merrion. Su evidente piedad le impresionó. Un día se acercó a ella y la invitó a unirse al grupo. Ella aceptó y se presentó a Frank como la señora Isabel Kírwán. Bajo su dirección un grupo de chicas se reunía mensual-mente en Myra House para explicar la idea de los Pioneros y otras actividades a personas interesadas. Además de ella, asistían también otros miembros de la asociación de San Vicente de Paúl y algunas chicas que anteriormente habían ayudado a servir comidas a los niños.

Un joven sacerdote entusiasta, el P. Miguel Toher, era director espiritual del grupo. Era también el director de la Conferencia de San Patricio, de la cual Frank Duff era miembro. Pronto una amistad profunda creció entre él y el joven sacerdote. Ahora se decidió establecer una firme estructura para las reuniones del grupo. Después de las oraciones preliminares, tomadas de la Sociedad de San Vicente de Paúl, se rezaba el Rosario. Seguidamente se hacía una lectura espiritual y se leía el acta de la reunión anterior. Principalmente era sobre el tema de los Pioneros y otras actividades que eran rápidamente solucionadas, y a cada asistente se

le pedía dar cuenta del trabajo que había realizado en el servicio del Señor durante el mes anterior.

Desarrollando el trabajo de la asociación, los hombres normalmente visitaban los hogares y las chicas enseñaban el catecismo. El pequeño grupo también estaba disponible para cualquier clase de ayuda que fuese necesaria. La reunión se celebraba mensualmente y comenzaba a las 4,30 de la tarde. A las 6 las campanas de la Iglesia del otro lado de la calle tocaban al Ángelus; eso señalaba el final de la reunión. Después, las señoras preparaban el té, comenzando la parte social de la tarde, durante la cual los temas religiosos eran frecuente e informalmente discutidos. Ese primer grupo se reunió por primera vez en 1917. Un año más tarde la primera guerra mundial finalizaba.

En 1919 el viejo amigo de Frank, Gabbett, volvió de Inglaterra. Había hecho una excelente labor apostólica dentro del Ejército. Organizó actos religiosos para los soldados católicos que habían vuelto a la fe después de haber dejado de practicarla, y había conseguido alguna conversión a la Iglesia Católica.

Pero lo más sorprendente fue que él llegó a perder su entusiasmo; no sólo había dejado toda actividad apostólica, sino que habiendo sido quien conquistó a Frank para los Pioneros, había roto su promesa y había empezado a beber. Frank estaba muy apenado. Para cualquier persona del carácter de Frank Duff que contra viento y marea se mantenía en su camino, una vez que sabía que era la senda correcta, tal comportamiento era incomprensible. "¿Qué puedo hacer con él?", dijo a dos amigos de la asociación de San Vicente, con quienes se había desahogado. "Llevarle al Mount Melleray", le aconsejaron. Era una abadía cisterciense a unas 70 millas de Dublín, situada en un lugar privilegiado de la naturaleza que abría sus puertas a visitantes ofreciéndoles la oportunidad de participar en la vida de los monjes. Además, tenía fama de curar a los alcohólicos. Frank había sido siempre un devoto admirador de San Bernardo, fundador de los Cistercienses; así que gustosamente siguió su consejo. No se vio defraudado. Gabbett se animó al encontrar de nuevo el camino de la sobriedad.

En Mount Melleray Frank descubrió su "Tusculum". A partir de ese día no pasaría ningún año sin hacer una visita a la abadía; iba generalmente al principio del verano. Más tarde llevaría a amigos y colegas con él; algunas veces un grupo de treinta o cuarenta invitados visitaba la abadía. Esto se hizo una costumbre tan arraigada que aun después de la muerte de Frank las visitas anuales a Mount Melleray continúan.

6

La chispa que prendió

Por las tardes Frank iba a Myra House, donde siempre encontraba algo que hacer, ya que, como la mayoría de las habitaciones habían sido arregladas y renovadas, había actividades por todas partes. Casi no pasaba un día sin que hubiera reuniones o conferencias de alguna clase.

Una tarde Frank entró en una habitación en la que un hombre lleno de entusiasmo estaba recomendando a sus oyentes un libro. Frank, siempre interesado en los libros, se detuvo para escuchar. No conocía al autor, Luis María Grignion de Montfort, ni su obra. La discusión no le impresionó y pronto se olvidó de todo ello.

A Frank le encantaba leer. Cabe preguntarse cómo con el agobio de sus actividades profesionales, además de las apostólicas, encontraba tiempo para leer, pero era ciertamente un lector muy erudito. Estaba muy impuesto en literatura inglesa; siempre tenía citas en la punta de la lengua. Una de sus amigas cuenta que en una ocasión se tomó una tarde libre para leerle el poema de Coleridge *El viejo marinero*, que le encantaba y que ella desconocía. Por eso no es de extrañar que fuese un cliente asiduo en las numerosas librerías y puestos de ocasión que en aquellos tiempos había en Dublín.

Un día, cuando estaban ojeando unos libros, encontró un pequeño volumen de la "Verdadera Devoción a Nuestra Señora" de Grignion de Montfort, traducido al inglés por el Padre Faber. Frank se acordó de que ésta era la obra sobre la que aquel hombre había hablado con tanto entusiasmo y, como el precio de cuatro peniques no le pareció exorbitante, la compró y la leyó.

Grignion enseña que Cristo vino al mundo a través de María, y que Él actúa a través de Ella, es decir, que Él nace en el alma de cada uno por María y crece a través de Ella. Y como se dice en el Credo, esto siempre es obra del Espíritu Santo. Él se entrega totalmente a María, en la que ha depositado todos sus poderes espirituales y temporales, hace todo con Ella, en Ella y por Ella; por tanto la ha colocado en el mismo torrente de la divina gracia. Frank encontró el libro exagerado y aun absurdo, y lo colocó en su estantería pensando no abrirlo nunca más.

La mayoría de los católicos irlandeses tienen devoción a Nuestra Señora; es típicamente parte de la fe católica. Ella es santa, la más grande de todos los santos, por lo que

se le puede pedir que interceda por nosotros. A uno le gusta cantar los viejos himnos marianos y puede incluso rezar el Rosario; pero de esto al reconocimiento claro y fijo de su papel único en el plan divino de la Redención, a la completa entrega de uno mismo a Ella, hay un camino muy largo, un camino que Frank Duff tenía que buscar laboriosamente y encontrar. Pero lo que dice el Evangelio sobre Jesús es también verdad con respecto a María: "No sois vosotros quienes me habéis escogido, sino que soy Yo quien os ha escogido" (Jn 15,16). Y María sabe siempre cómo atraer a aquéllos a quienes Ella ha escogido. Frecuentemente utiliza agentes humanos para este propósito.

Tom Fallón era un funcionario público muy destacado y un miembro importante en la asociación de San Vicente de Paúl. Fue ordenado sacerdote a una edad avanzada. A sus cuarenta y cuatro años trabajaba con éxito como misionero en México, pero en aquella época era todavía un seglar. Un día preguntó a Frank de repente: "¿Conoces *La Verdadera Devoción a María*, de Grignon de Montfort?". "Sí, he leído el libro". "¿Y qué piensas?". "No me gusta". "Entonces no lo leíste bien". "Sí, lo leí desde el principio hasta el final". "Quizá, pero no lo suficientemente a fondo; tal vez lo leíste sólo por encima. Léelo otra vez".

Frank estimaba mucho a Tom Fallón y le obedeció con el mismo resultado que la primera vez. En un encuentro posterior Tom le preguntó de nuevo: "¿Has leído otra vez el libro?". "Sí, aún lo veo exagerado". Tom no cedió. Cada vez que se encontraban, volvía sobre el asunto.

Muchos años después, Frank escribió: "No recuerdo con qué frecuencia me repitió la pregunta, pero debió ser una media docena de veces".

Un día Frank tuvo una inspiración súbita, que sólo podía ser considerada como una gracia especial de Dios. Quedó impresionado ante la captación de que este libro enseñaba la verdad y que toda su ciega ignorancia al respecto había sido culpa suya; le faltaba conocimiento sobre Nuestra Señora y comprender el papel que Ella tiene en el proceso de la salvación.

El paso siguiente vino de nuevo a través de un impulso exterior. Como ya se ha mencionado, Frank llevó a su amigo Gabbett a la abadía de Mount Melleray con el objeto de que se curase de su alcoholismo. Cuando se dio a conocer, así como a su acompañante, el encargado de recibir a los visitantes le preguntó si deseaba algo para leer durante su estancia. Aquello fue para él como una descarga eléctrica. "Sí, estoy buscando un libro sobre María, uno que sea realmente profundo, pero lo suficientemente claro para que yo lo entienda". El encargado prometió buscarle una obra así y poco después regresó con un libro de Joseph de Concilio titulado *El conocimiento de María*. Frank empezó inmediatamente a leerlo. Estaba como atraído por el tema y sintió que cada línea le daba el conocimiento que tanto deseaba.

El libro tiene unas 300 páginas y en aquel entonces estaba agotado; probablemente no era posible encontrarlo en otro sitio fuera del monasterio. Por eso, Frank decidió copiarlo, lo cual también era típico suyo. Cada jornada escribía hasta altas horas de la noche. De esta forma el contenido del libro quedaba impreso en su mente con mucha más eficacia que si sólo lo hubiera leído. Frank comprendió entonces lo que María deseaba referirle. Más tarde expresó las gracias al autor por poder citar un pasaje de su trabajo en el Manual de la Legión.

Un aspecto característico de Frank era su apostolado. Si había descubierto un tesoro, debía hacerlo accesible también a otros. Las reuniones del grupo en Myra House parecían ser el lugar particularmente más apropiado. La señora Kirwan y también algunas de las chicas podían interesarse.

Una persona que se enfrenta por primera vez con los pensamientos de Montfort fácilmente los encontrará exagerados o, por lo menos, los sentirá como un reto, pero tendrá también el sentimiento de que hay algo en ellos. Después de introducir Frank el tema de *la verdadera devoción a María*, fue frecuentemente discutido por el grupo. Algunos fueron pronto atraídos por él; otros estaban todavía llenos de preguntas y dudas.

Se fijó una reunión especial para la que fueron citadas e invitadas todas las personas interesadas en el tema. No es posible precisar exactamente cuándo se celebró esta reunión; probablemente fue en el mes de agosto de 1921. Se empleó la tarde entera en discutir y explicar la doctrina del beato Luis María Grignion de Montfort (no había sido aún canonizado). Cuando los participantes se separaron, todos estaban interiormente dispuestos a adoptar la Verdadera Devoción. Más tarde uno de los participantes escribió: "Fue como si se estableciera un contacto eléctrico y sucediera algo".

Muy pronto sucedió de verdad algo muy importante y decisivo: La chispa había prendido en el corazón.

7

Siete de septiembre de 1921

Un domingo soleado, Matt Murray, entonces encargado de Myra House, informó en la reunión mensual del grupo sobre su visita a la sala de mujeres del hospital La Unión, que él había realizado con otro hermano de la asociación de San Vicente de Paúl. Éste era un hospital de pobres. Su informe era realmente deprimente. No sería fácil encontrar tanta miseria material y espiritual en parte alguna.

La sección de los pacientes de cáncer era especialmente deplorable; las mujeres estaban pudriéndose. Los visitantes se alejaban al sentir un olor tan intolerable. Esta visita fue excepcional debido a que los hermanos de San Vicente de Paúl generalmente visitaban sólo la sección de los hombres del hospital.

Después del Ángelus, cuando los miembros de la Asociación estaban tomando el té, alguien preguntó: "¿No podrían las chicas visitar regularmente la sala de las mujeres y los hermanos ir a la de los hombres?". La proposición fue aprobada por todos.

La siguiente pregunta fue: "¿Con quién podemos contar?". Seis chicas se ofrecieron. "¿Cuándo nos podemos reunir?". El miércoles siguiente pareció el día más adecuado y se acordó reunirse a las 8 de la tarde. "Traten de traer algunos amigos", se comentó. La señora Kirwan estuvo de acuerdo en aceptar la presidencia del nuevo grupo. El P. Toher, siempre útil y bondadoso, iba a ser el director espiritual.

Cuando los participantes aparecieron aquel miércoles, habían hecho todo el esfuerzo posible para reclutar amigos, y allí estaban quince personas. Todos se vieron sorprendidos al encontrar un pequeño altar con Nuestra Señora sobre la mesa. La imagen de la Mediadora estaba entre las cosas que Frank había conseguido de Gabbett cuando éste dejó su casa para enrolarse en el ejército. Durante años había estado arrinconada e ignorada en Myra House, pero ahora estaba colocada sobre un paño blanco en la mesa entre dos jarrones con flores y dos velas, una a cada lado. Ninguno de ellos, ni siquiera Frank, sospechó en aquel momento lo que esto iba a significar; solamente la Virgen María lo sabía. Durante mucho tiempo no se supo quien tuvo aquella idea acerca de la imagen; más tarde se llegó a saber que había sido Alice Keogh, una chica que posteriormente se hizo religiosa.

Se invocó al Espíritu Santo y se rezó el Rosario. A continuación se dialogó sobre el trabajo que se debía hacer. Se decidió celebrar una reunión semanal. El primer trabajo que

había que hacer era visitar el hospital de La Unión y había que hacerlo en parejas. De momento ninguno de los hombres iba a unirse al grupo, con excepción de Frank, que desde el principio había sido el promotor de todo. Se acordó no dar ninguna ayuda material durante las visitas. Ambas condiciones fueron tomadas en consideración a la asociación de San Vicente de Paúl. Nadie podrá quitarle sus miembros, así como la ayuda material que era su tarea característica. El acta de la primera reunión se conserva y da razón de todo ello.

La secretaria elegida había puesto el nombre de Frank en el primer lugar de la lista de los asistentes, pero este nombre fue tachado y al final de la página se puede leer con la propia letra de Frank: "Frank Duff también tomó parte en la reunión". Él trató siempre de no destacar o, por lo menos, disminuir su papel en la fundación. Incluso años más tarde no le agradaba que le llamasen el fundador de la Legión.

Los miembros acordaron visitar a las pacientes como si realmente fuera Nuestra Señora la que hacía la visita, y ver a su divino Hijo en cada una de aquellas personas. Cuando se distribuían los trabajos casi rivalizaban, porque todas querían ir a la sala del cáncer. Frank aguzó el oído. Normalmente la gente trata de evitar los trabajos difíciles y desagradables, pero aquí era todo lo contrario, a pesar de ser chicas jóvenes y por lo general sin experiencia. La única que había llegado a una edad madura era la señora Kirwan, persona muy estricta con las jóvenes a su cargo, a la que, sin embargo, respetaban y querían. Muy pobre, ciertamente la más pobre de todas, parecía estar dedicada sólo a Dios. Fue ella quien en seguida introdujo la costumbre de leer en alta voz, una vez al mes, las cuatro Ordenanzas fijas, fundamentales del trabajo en el nuevo movimiento.

El hospital de La Unión estaba regido por las Hermanas de la Misericordia. Cuando éstas se enteraron del nuevo grupo y de sus propósitos, prometieron ofrecer misa y comunión por su prosperidad. Como correspondencia a tan amable gesto espiritual, el grupo escogió para sí el nombre de "Asociación de Nuestra Señora de la Misericordia".

Varios años después se pensó en la necesidad de que hubiera constancia por escrito sobre el movimiento, que crecía considerablemente. La fecha de la fundación había que darla, pero nadie la recordaba. ¿Cuándo fue? Los miembros se preguntaban unos a otros. Fue en 1921, pero ¿qué mes? Debió haber sido a principios de septiembre. Finalmente consultaron el viejo libro de actas que Frank había guardado prudentemente. La fecha de la primera reunión fue el 7 de septiembre. Alguien comentó: "¡Qué penal! El día 8 hubiera sido más a propósito: la Natividad de María y el comienzo de su Legión". Mientras tanto el movimiento había adoptado este nombre. Pero Frank miraba más lejos. Él tenía una experiencia litúrgica puesto que rezaba el Breviario cada día y poseía un don especial para detectar conexiones que sólo pueden ser explicadas en perspectiva y nivel sobrenatural.

El 7 de septiembre, a las 8 p.m., la Iglesia rezaría las primeras vísperas de la fiesta mañana. El 8 de septiembre, a las 8 p.m., la fiesta ha pasado; el oficio del próximo día es ya inminente. La Legión de María había nacido con las primeras oraciones en el aniversario de su cumpleaños.

8

Y de repente ocurrió

En la segunda reunión Frank Duff dijo: "Todo marchó como un reloj". Los informes fueron más entusiastas. Las pobres pacientes del hospital de La Unión se sentían felices con las visitas y frecuentemente expresaban su gratitud con elocuentes y emocionadas palabras. El libro de actas recoge que cada semana nuevos miembros se unían al grupo. Sólo unos meses después de la fundación ya pudo constatarse que alrededor de unas setenta hermanas habían estado presentes y habían participado.

Frank tomaba parte en todas las reuniones. Con una especie de luz interior veía que algo estaba creciendo como nunca había conocido. Era consciente de que Nuestra Señora había tomado la dirección y que era Ella quien dirigía el pequeño grupo. De igual modo veía que tanto a él como a los demás socios se les exigía una entrega completa e incondicional.

Un día, como tres meses después de que el nuevo movimiento comenzara, hablando sobre el futuro del mismo, Frank predijo que este movimiento se extendería por todo el mundo. Esta afirmación provocó una sonora risa a carcajadas entre los que estaban reunidos. Más adelante Frank diría: "Así pensaban de mi, talento profético".

Mucho tiempo antes de que el grupo se formase, Frank había pensado seriamente sobre la situación angustiosa de las chicas de la calle en Dublín y lo que él podría hacer.

Un día, haciendo un trabajo al servicio de la Sociedad de San Vicente de Paúl, había entrado en una casa que le cogía de camino. Súbitamente comprendió que era un hospedaje para prostitutas. Nunca había entrado antes en esa clase de casas y retrocedió con pánico. Desde entonces el problema le venía a la mente con frecuencia. Pensó en abrir una casa de hospedaje barato para las chicas de la calle que podía ser regida por algunas mujeres piadosas, pero por el momento aquello eran castillos en el aire. Había varios conventos de las Hermanas del Buen Pastor en Dublín donde las prostitutas que querían cambiar de vida podían entrar como "Magdalenas". Pero no dejaba de ser una rara ocurrencia suponer que una chica fuera espontáneamente. Las religiosas se quedaban en sus conventos esperando a las candidatas; no salían a buscarlas.

Unos nueve meses después del comienzo de su grupo apostólico, Frank recibió una carta de una monja conocida. Había encontrado dos señoras de mediana edad que parecían bien dispuestas para el trabajo apostólico y deseaba que trabajasen con él. Ambas eran

entusiastas de las misiones en el extranjero. Se habían ofrecido a una institución misionera, pero la respuesta había sido: "Demasiado mayores". Habían estado haciendo planes de cómo ayudar a las misiones de otra forma. Así que cuando Frank les habló de su idea de organizar una casa de alojamiento para chicas descarriadas, se entusiasmaron y dijeron que les gustaría vivir en esa casa y cuidar de las huéspedes. En el primer grupo de la Legión había ya demasiados miembros y como también había diversidad de trabajos, hubo que formar una segunda rama.

La planta joven tenía su primer brote. Entonces Nuestra Señora tomó otra vez las riendas en sus manos. El nuevo grupo se había reunido solamente dos veces cuando se celebraron unas misiones para mujeres en la parroquia de San Francisco. El misionero, un joven pasionista, visitó las familias con otro cura joven de la parroquia y llegó a la casa de la que Frank había huido en una ocasión rápidamente. Vivían allí 31 chicas del arroyo. Los sacerdotes les hablaron y apelaron a su conciencia. Con sorpresa encontraron a las chicas en actitud no hostil y desvergonzada, como a menudo nos imaginamos a las prostitutas; por el contrario, muchas de ellas comenzaron a llorar y dijeron que les gustaría cambiar su modo de vida, pero no veían posibilidad de hacerlo. El cura joven, el R Creedon, habló con la propietaria y ofreció pagarle cuatro libras diarias a partir del día siguiente, si las chicas no eran forzadas por más tiempo a trabajar en esta profesión. Fue una oferta generosa, pero no una solución permanente.

Frank convocó una reunión de todas las partes interesadas. Además de él, los dos nuevos miembros con un compañero y cuatro sacerdotes formaron parte de la reunión. Fervorosamente estuvieron buscando una solución. Uno de los sacerdotes presentes, el P. Devane, había inaugurado recientemente una casa de retiro para hombres; consideraba el retiro interno como una especie de panacea. Aunque la idea pareció algo extraordinario, la propuesta de conquistar a las 31 chicas para hacer un retiro fue aceptada. "Como si un hombre que estuviera ahogándose tratara de agarrarse a una paja", fue como Frank lo describió más tarde. Pero antes de que la idea pudiera ser propuesta a las chicas, había que buscar locales convenientes. El P. Devane, con una de las señoras hizo un recorrido por todas las casas de retiro de Dublín, pero en todas encontraron una negativa tajante. Finalmente, la Madre Superiora de un convento de las afueras de la ciudad accedió a poner su colegio a disposición de las chicas -casualmente era el tiempo de vacaciones- si ellas traían sus propias camas. No obstante, primero tenía que pedir permiso a la Madre General.

Aquí vemos uno de los detalles sorprendentes que acompañaron a la joven asociación desde su comienzo. La Madre General dijo no. Esto ocurrió en 1922 durante la guerra civil. Un saboteador cortó el cable del teléfono exactamente en el momento preciso de la conversación y la negación no pudo oírse.

A continuación las chicas debían ser conquistadas para la idea. Toda la fuerza del segundo grupo de la Legión estuvo dedicada a esta tarea.

A los pocos días el campo de trabajo de este movimiento joven se extendió desde la tarea relativamente fácil y bonita de visitar a los enfermos a la muy difícil labor apostólica con las marginadas de la sociedad.

9

Una aventura increíble

Frank Duff describió los acontecimientos extraordinarios que siguieron en un conjunto de artículos que aparecieron sucesivamente en el boletín "Maria Legionis" y que comenzaron a publicarse quince años más tarde. Después fueron reunidos en un libro titulado *Miracles on Tap*, algo así como "Milagros a chorro" (en la versión española "Bautismo de fuego") que no deseo repetir aquí con detalle.

A Frank Duff le gustaba hablar a sus visitantes sobre esos tiempos singulares y apasionantes. Tenía una memoria excelente; comentaba sobre todo los acontecimientos sorprendentes que le habían quedado grabados más profundamente. Quienquiera que le haya oído hablar sobre estos hechos tan rápidamente concatenados, nunca los olvidará.

La vida de Frank estaba ocupada debido a su trabajo profesional y apostólico; pero lo que le ocurrió más tarde le sumergió en un remolino de actividad que hubiera acabado con una persona más débil. Fue también en esta época cuando se le trasladó al Ministerio de Finanzas donde el joven funcionario se encontró en una senda de promoción ascendente. Siguió, por tanto, lo que en términos de Frank era "una retirada sin precedentes".

Cinco miembros del movimiento tenían la tarea, que no era nada fácil, de ganarse a las chicas de aquella casa para la idea indicada; también había que buscar un director espiritual y todo ello debía hacerse con la mayor rapidez posible. Además, había que comprar camas a crédito, porque no había dinero. "Qué idea tan disparatada", "vais a hacer el ridículo", advirtieron muchos con buena intención. Pero, en contra de todas las predicciones pesimistas, 23 de las 31 chicas aparecieron puntualmente en el lugar fijado y fueron trasladadas en un autobús, que el propio Frank había alquilado, al convento de Baldoyle.

Sólo la Madre Superiora sabía la clase de personas que iban a albergar. Las otras religiosas estaban en la creencia de que las chicas pertenecían a la asociación del Sagrado Corazón. Hubo algunos momentos de ansiedad durante el retiro, cuando se temió que una u otra de las asistentes o todas ellas a la vez se escaparan. Pero nada de esto ocurrió. Las chicas siguieron el retiro hasta el final y todas manifestaron que estaban dispuestas a cambiar de vida. Todas menos dos, que no se confesaron porque no eran católicas, pero manifestaron el deseo de ser admitidas en la Iglesia. Una de ellas había apostatado anteriormente. Para ser readmitida en la Iglesia Católica se necesitaba el permiso del obispo. Como se recordará, los cables del teléfono habían sido cortados. Por ello, Frank fue a toda prisa a la ciudad y se

encontró con que el vicario general salía en ese momento preciso y estaba a punto de coger el tranvía para trasladarse a su domicilio. No obstante se sorprendió al verse abordado en la acera por un joven sin aliento pidiéndole un permiso tan necesario. El vicario se lo concedió, no sin advertirle que la próxima vez escogiese un momento más oportuno.

En el segundo día del retiro Frank comprendió que el Señor estaba disponiendo verdaderamente una pesca milagrosa para él. ¿Se dejaría ahora volver a las chicas a su anterior hospedaje? De ser así, podían darse por perdidos todos los esfuerzos. Entonces, ¿dónde encontrar alojamiento en una gran ciudad para 23 chicas?

Faltaban también los recursos financieros. Después de un largo debate se convino que sólo el Gobierno podía ayudar en este caso. Acto seguido, en compañía de los Padres Creedon y Davone, Frank fue al Ministerio del Gobierno Local y solicitó ver a William T. Cosgrave. Sus deseos fueron atendidos.

Los tres peticionarios presentaron su ruego con claridad. El señor Cosgrave se puso muy nervioso. Como un león enjaulado, iba de un lado a otro de la habitación. Les dijo: "No sé qué hacer, pero sé que debo hacer algo". Después de una larga deliberación puso una hoja de papel delante de Frank y le rogó que se sentara y escribiera lo que deseaba. Él presentaría el asunto en la reunión del Gabinete, que se celebraba cada tarde, por lo que rogó a los peticionarios que llamaran al día siguiente.

Cuando lo hicieron, les entregaron una carta (actualmente colgada con un marco en la Casa General de la Legión en Dublín), según la cual un edificio en la calle Harcourt, en el mismo corazón de la ciudad, quedaba a su total disposición, libre de renta y por un período de tres meses. Frank podía volver a Baldoyle y anunciar satisfecho que había encontrado alojamiento para todas las chicas.

El director del retiro se pasó todo el día oyendo las confesiones de las chicas. Durante la noche siguiente Frank no pudo dormir. Con el P. Felipe, director del retiro, paseó mucho tiempo por el jardín del convento, y comentó una y otra vez la pesca milagrosa que se les había regalado.

A la mañana siguiente todas las chicas, excepto las dos no católicas, recibieron la sagrada comunión. Como de costumbre, Frank estaba arrodillado en el último banco y miraba a una tras otra yendo al altar. Sabía que por cada una de ellas se había rezado y preocupado. Más tarde escribiría: "Puedo decir sin vacilación que aquella fue la misa más maravillosa que jamás había oído".

Era necesario preparar la casa para las nuevas ocupantes. Tenían camas, pero no otros muebles, ni dinero para comprarlos. Sin embargo, Frank no era persona que claudicara. Fue derecho a ver a su amigo Gabbett, al que encontró como siempre en su trabajo habitual en su taller de zapatero. Le dijo: "Me tienes que ayudar". Gabbett accedió inmediatamente. Los dos amigos alquilaron un carro de cuatro ruedas tirado por un caballo y fueron con él a Myra House, donde, con la desilusión del portero, empezaron a llevarse todo lo que había en las habitaciones. Mesas, sillas, bancos, armarios, todo se cargó en el carro hasta que estuvo repleto, para lo cual la enorme fuerza física de Gabbett fue de gran ayuda.

Ello deberá ser recordado para gloria eterna de la asociación de San Vicente de Paúl, que poco después regaló a Frank todo el mobiliario que se había llevado y aún añadieron un cheque de cinco libras para la compra de otras cosas necesarias.

Mientras tanto, las chicas habían vuelto del retiro. Competían fregando y limpiando; así que pronto estuvo todo limpio y brillante. Entonces llegó la camioneta con las camas y poco después el carro con los otros muebles. En pocas horas la casa cambió y se convirtió en un hostel acogedor. Se llamó "Santa María".

En Myra House Frank había encontrado una vieja imagen del Sagrado Corazón. Estaba entre las cosas que Gabbett le había dejado antes de ir a Inglaterra. Se colocó en el salón del nuevo hostel y esa misma noche el P. Creedon procedió a su entronización, estando presentes todas las nuevas ocupantes de la casa.

Lo que ocurrió a los pocos días llegó al borde de lo milagroso. Aconteció un hecho de los que se encuentran una y otra vez en la vida de Frank: Siempre le llegaban ayudantes en el momento oportuno. Frank jamás hubiera podido arriesgarse a abrir un hostel de no ser por las dos señoras que había conocido sólo unas semanas antes, y que se mostraron dispuestas a vivir como hermanas internas con las chicas. Ellas también habían encontrado su auténtica misión después de mucho buscar y dudar.

Aunque Frank se encontró con responsabilidades que crecían de manera alarmante, su fuerza y tesón no mermaban. Con la ayuda de su Madre celestial pudo llevar también sobre sus hombros esta nueva responsabilidad.

10

Asalto a la fortaleza del diablo

Siguió un período de paz y consolidación relativa. La "pesca milagrosa" continuó mostrando sus consecuencias beneficiosas; varias chicas pudieron encontrar colocación, otras se casaron o regresaron a sus casas con sus familias, etc. Los legionarios empezaron a tener contacto con otras chicas de la ciudad invitándolas a cambiar de vida e ingresar en el hostal. Al poco tiempo se organizó otro retiro. Más adelante, como era difícil encontrar casas apropiadas, se decidió celebrar los retiros en el hostal de Santa María. Éste se hizo tan conocido que a veces las chicas se presentaban por sí mismas rogando ser admitidas. Mientras tanto, los miembros del primer grupo de la Legión crecieron tan rápidamente que se formó otro grupo del primero, el tercero del joven movimiento, y pronto un cuarto.

Cierto día un informe registrado en las actas del grupo de Santa María cayó como una bomba; dos chicas habían dejado el hostal y habían desaparecido. Se habían ido a Bentley Place, un barrio de la ciudad con una reputación deplorable en toda Europa. Se había convertido en un antro de vicios y de crimen. Como la prostitución estaba prohibida por ley en Irlanda, las casas que generalmente visitaban los legionarios no eran casas de citas, sino únicamente domicilios privados para las chicas de la calle. En Bentley Place, sin embargo, había casas de citas y a esto se añadía la venta ilegal de bebidas alcohólicas y otras prácticas prohibidas. Quien entraba como cliente y se atrevía a oponerse a algunas costumbres locales, podía contar con toda clase de experiencias desagradables. Las prostitutas del lugar robaban, despojaban y saqueaban a cada cliente. Y pobre del que se atreviera a protestar.

Un jefe de la policía había intentado en una ocasión limpiar el barrio, pero lamentablemente había fracasado. Desde entonces se dejó que las cosas siguieran su curso. La policía cerraba los ojos. Había rumores espantosos sobre personas que habían sido apaleadas hasta quedar irreconocibles y cadáveres que habían sido enterrados a toda prisa en algún sitio al amanecer. Y ahora estas chicas del hostal de Santa María se habían ido allá. Creían que allí las dejarían en paz, pero no habían tenido en cuenta el espíritu apostólico de Frank Duff ni el de sus colaboradores.

Al principio el caso sólo fue debatido, pero pronto la idea del riesgo que suponía visitar aquel lugar fue seriamente considerada. Al final los legionarios llegaron al convencimiento de que tenía poco sentido querer regenerar a las chicas de la calle Dublín si se seguía manteniendo este lugar de vicio.

La descripción que hizo Frank Duff de los acontecimientos posteriores es más emocionante al leerla que cualquier novela de aventuras, especialmente conociendo su veracidad. Actualmente todo es historia. La gente dirá: "¡Maravilloso!" y después lo olvidará, pero en aquel tiempo tal decisión pedía heroísmo. Frank lo formuló de esta manera: "Aquí se halla vuestro deber y vuestro riesgo". ¿Qué ocurriría si se presentara el caso de rescatar personas de una casa en llamas, de salvar montañeros perdidos o de salvar náufragos? Y cuando se trata de almas, ¿debe uno apoyarse en los remos y dejar que todo siga como está?

Se decidió penetrar dentro de Bentley Place (éste no era el nombre real del distrito, sino un nombre ficticio que Frank inventó cuando años más tarde describió la campaña y no quiso que se sintieran incómodos los nuevos habitantes).

Ésta fue una decisión heroica, pero se tomó sin gritos de "hurra". A los participantes se les había dicho que podían ser asesinados o al menos mutilados. No era vergonzoso tener miedo, pero, salvo pocas excepciones, eran precisamente las chicas jóvenes quienes después de que Frank había hecho la incursión inicial con un acompañante, fueron enviadas semana tras semana a este nido de Satanás. Y aunque hubo muchos momentos de peligro en los que el martirio parecía demasiado próximo, en aquel entonces ninguno de los participantes sufrió daño alguno.

Muchas cosas resultaron exageraciones infundadas y algunas veces meros rumores. Sin embargo, había bastantes cosas horribles en aquel lugar. Aunque los narcóticos de nuestros días no eran conocidos, la gente bebía alcohol metílico, un veneno que no sólo crea la misma adicción que la heroína, sino que destruye la personalidad aún más deprisa y a fondo que ésta. Había seres humanos destrozados, sucios y harapientos, cuya mera presencia hacía temblar. Se encontraba uno con chulos y matones que no dudaban en apalear a una persona y dejarla como un guiñapo. Los propietarios y aprovechados de las casas de citas, los que en realidad manejaban el asunto, nunca se les veía. Pero al final este riesgo mereció la pena. Por lo menos hubo muchas conversiones inesperadas y muchas chicas se fueron de Bentley Place para comenzar una nueva vida en el hostal de Santa María.

De las numerosas aventuras y acontecimientos destacables que Frank Duff relató en un informe me gustaría mencionar dos. Primero, el caso que se introdujo en el Manual de la Legión, cuando Frank, hostigado por un compañero de oficina para que reconociera que la mayoría de las chicas de entonces eran casos perdidos, él dijo a regañadientes que sólo sabía de una chica como caso perdido para poder rehabilitarla. Esta joven se convirtió esa misma tarde y jamás volvió a su vida anterior.

El segundo caso se refiere a un "robo" que Frank cometió. Una prostituta había prometido entrar en el hostal y había concertado un encuentro con Frank y sus colaboradores a una hora señalada. Cuando los legionarios acudieron, se encontraron la casa como si estuviera vacía y todas las puertas bloqueadas. Sin embargo, como Frank tuvo indicios para sospechar que la chica estaba en la casa, levantó la persiana que cubría una gran ventana, consiguió abrirla y entró. En el primer piso se encontró a la chica con una amiga, pero ella no quería mantener su promesa y se negó rotundamente a ir con ellos. Las buenas palabras de Frank no dieron ningún resultado, pero de pronto su amiga, que no era católica, dijo: "Si tú no vas, voy yo". A esta mujer se la conocía como "Manchester May" por su lugar de nacimiento. Unas semanas más tarde fue recibida en la Iglesia Católica y volvió con su familia.

Cuántos robos se cometen diariamente, incluso a cada hora, con el fin de obtener joyas o dinero. ¿Por qué no arriesgarse a hacer tal acción con el fin de salvar un alma inmortal?

Después de dos años de paciente esfuerzo se dio, una vez más, uno de esos acontecimientos que llevan el curso de las cosas en una dirección aparentemente providencial. En la parroquia donde Bentley Place estaba situada, se celebró una misión. Esto pareció una buena oportunidad para atacar frontalmente la escena del vicio en la que había ya signos de desmoronamiento. Al principio se organizó una gran campaña de oración para que tomaran parte las cuatro ramas existentes.

Los residentes de la localidad fueron alentados, diciéndoles que era su deber tomar parte en la cruzada de oración. Mientras la misión continuaba su curso beneficioso atrayendo grandes masas, Frank con los misioneros buscó a los propietarios de las casas de citas con el fin de persuadirles para que las cerraran. Allí también experimentaron un milagro. Algunos de ellos declararon su deseo de hacerlo y cumplieron su promesa.

Un día señalado todas las casas de citas quedaron cerradas. Ello hubiera sido ciertamente demasiado bueno para ser verdad, si todo se hubiera realizado suavemente, pero hubo algunos que en el último momento esperaron aprovecharse del cierre y trataron de hacer chantaje a Frank exigiendo pago.

Solamente unos pocos rompieron su palabra. Como se recordará, el comercio de las casas de citas estaba prohibido por ley en Irlanda. La policía fue requerida para ocupar las casas que quedaban y poner a los recalcitrantes entre rejas. Ira y odio se encendieron una vez más en los corazones, y lo dijeron abiertamente amenazando con matar a Frank Duff y a sus acompañantes si se arriesgaban otra vez a entrar en el distrito. Si hubiesen cedido a la intimidación, podían haber perdido el éxito moral de su obra. Ellos estaban acostumbrados a hacer sus recorridos por allí dos veces por semana. Cuando llegó el día señalado, entraron como si no hubiera ocurrido nada. Y otra vez ninguno de ellos sufrió el prometido martirio.

Las casas vacías fueron ocupadas por familias pobres, quienes, en vista de la escasez de alojamiento, se sobrepusieron a su desagrado de vivir en un barrio de tan mala fama.

Más tarde la mayoría de las casas fueron derribadas para dar paso a nuevos edificios. Por tanto, un pequeño grupo de personas había conseguido el éxito de extinguir con valor la vergüenza de su ciudad, que había existido durante ciento cincuenta años y contra la cual la policía había sido impotente. Esto se consiguió a base de nobleza y caridad.

Uno ciertamente tiene que admitir que el hecho completo parecía ser un milagro, pero Frank se había acostumbrado a esperarlos. Si la Iglesia es la vida de Cristo, entonces los milagros pueden acontecer todos los días; como milagros y signos, son una parte esencial de la vida de Cristo, pero las personas tienen que darlo todo hasta llegar al límite de sus facultades y entrega. Cuando se llega a esto, hay que estar seguros de la intervención de Dios. Por tanto, cualquiera puede conseguir milagros si está dispuesto a pagar un precio por ellos.

Desde entonces Frank Duff actuó conscientemente de acuerdo con este principio y jamás se desilusionó.

11

Un movimiento que se organiza

Al considerar la personalidad de Frank Duff, no podemos evitar el preguntarnos si fue un místico. No lo fue ciertamente en el sentido de visiones, éxtasis y otras manifestaciones extraordinarias. Él estuvo hasta orgulloso de que la Legión de María no se hubiese formado a base de apariciones (aún hay personas que se lamentan de ello). No obstante, hay muchas cosas en su vida que sólo pueden ser descritas como inspiraciones místicas.

Como hemos visto, fueron formándose más grupos del nuevo movimiento. Cada uno había escogido un nombre específico. Recordamos que el primero se denominó "Nuestra Señora de la Misericordia", el segundo escogió el nombre de "Inmaculada Concepción", el tercero fue llamado "Nuestra Señora del Sagrado Corazón", el cuarto "Refugio de pecadores". Entonces pareció que había llegado el momento de buscar un nombre para el movimiento, ya que todas las ramas (o grupos) tenían que estar unidas bajo un Consejo Central. Se celebró, pues, una reunión de este Consejo y se dialogó sobre la necesidad de un nombre. Se decidió hacer una novena con el fin de que la decisión fuera acertada y para que todos los miembros tomaran parte.

En la reunión siguiente se presentaron varios nombres, cada cual más inapropiado. Frank se había devanado los sesos como lo habían hecho sus compañeros. Él sabía lo importante que era escoger un nombre acertado. Ante todo buscaba uno que fuera no sólo breve y conciso, sino que pudiera, con un ligero cambio, ser aplicado a los miembros.

En la víspera de la segunda reunión, Frank estaba en su despacho. Era muy tarde, más de la media noche cuando se levantó para ir a la cama. Por un momento se paró delante del cuadro grande de Nuestra Señora, que adornaba una pared de la habitación, y de pronto las palabras aparecieron en su mente formando espontáneamente LEGIÓN DE MARÍA.

Con esto cualquier duda se desvaneció. El nombre no sólo caracterizaba al movimiento, sino que también podía ser aplicado particularmente a cada persona que se hiciera legionario de María. Creemos que esto fue una experiencia auténticamente mística y no el único caso en la vida de Frank.

Pero su propuesta fue rechazada en la reunión siguiente, y esto supuso una gran desilusión para él. El único consuelo que le quedó fue que los otros nombres propuestos fueron juzgados igualmente como inadecuados. Entonces se sugirió hacer otra novena.

Un mes más tarde se celebró la siguiente reunión y de nuevo se propusieron varios nombres. Frank no dijo ni una palabra. Sorprendido, el P Creedon se dirigió a él: "¿No tiene Vd. ninguna propuesta?". "Hice una la última vez y fue rechazada; no conozco otra mejor que Legión de María". Ésta fue unánimemente aceptada. Sucedió en el mes de noviembre de 1925.

Entonces Frank amplió sus ideas con respecto a la expresión "Legión de María". LEGIÓN: ¿No había sido el nombre del ejército romano? Qué modelo de celo, valentía y obediencia para los Legionarios de María, que comenzaban a conquistar el mundo para Cristo como los antiguos legionarios habían conquistado el mundo para Roma.

Frank sabía latín y lo practicaba diariamente con el rezo del Breviario. ¿Cómo llamaban los legionarios romanos a sus guarniciones? Sí, PRAESIDIA. En adelante éste debería ser el nombre de cada grupo de la Legión de María. El uso del latín tenía la ventaja de que en los distintos países lo podían utilizar y la traducción a varios idiomas era innecesaria.

Otra cosa se tomó de las legiones romanas. Cada una de ellas tenía su estandarte, el que debajo del águila romana mostraba la figura del Comandante en Jefe en un medallón. Era, pues, obvio diseñar el emblema para la Legión de María según el modelo. El águila fue reemplazada por la paloma, símbolo del Espíritu Santo, y el Comandante en Jefe por Nuestra Señora. La imagen de la Mediadora, como aparece en la Medalla Milagrosa, sirvió para este propósito. Se diseñaron algunos dibujos que fueron también criticados, mejorados y, finalmente, surgió el VEXILLUM, el símbolo característico que preside la mesa en cada reunión, que es llevado como estandarte en procesiones y que aparece como membrete en el papel oficial de la Legión y en sus publicaciones.

De manera más o menos similar Frank fue iluminado sobre la Promesa de la Legión. Se pensó que antes de la inscripción definitiva de los miembros debía haber un período de prueba; de común acuerdo se fijó su duración en tres meses. La inscripción debía ser sellada por una promesa, en la que, de forma abreviada, debía expresarse la espiritualidad de la Legión, porque sólo las personas que entendieran y aceptaran esta espiritualidad, eran apropiadas para pertenecer a la Legión.

Casualmente Frank volvió a Mount Melleray, una vez más, en Pascua de Pentecostés. Estaba reflexionando acerca de la promesa cuando de pronto comprendió que no debía ser dirigida a María, sino al Espíritu Santo. No es que el legionario se aparte de María; al contrario, está, por así decirlo, mirando a través de Ella, y reconoce en su acción al Espíritu Santo que ha formado en Ella al Cristo histórico y continúa formando a través de Ella al Cristo Místico en el corazón de cada persona.

Así Frank formuló la promesa de la Legión como una obra maestra por la profundidad del pensamiento y belleza del idioma. Esa promesa, como declaró el Papa Pablo VI muchos años después, había animado a miles de legionarios a aceptar la responsabilidad del martirio.

Mientras tanto, las oraciones de la Legión fueron también establecidas y recibieron el "imprimatur". De especial belleza es la oración final, que en muchos aspectos refleja las propias palabras de Montfort.

A continuación se hizo necesaria una imagen adecuada para adornar la estampa de la oración legionaria. Pero ninguna de las numerosas fotografías presentadas se adaptaban realmente a la Legión.

Un artista joven, llamado Hubert McGoldrick, vivía en Dublín entonces. Había

adquirido ya cierta fama como artista de vidrieras. Frank conoció a dos hermanas de este artista que se lo presentaron. Después de varias entrevistas, pintó la imagen y la presentó a la Legión, siendo la que actualmente aparece en la estampa de las oraciones y en la cubierta del Manual. Esta pintura no sólo refleja las oraciones de la Legión, sino que indica también muy claramente la profecía de Montfort, que Frank Duff y la Legión creada por él se atreven a aplicarse a sí mismos: "Esta perspectiva me da esperanza de un gran éxito, es decir, de una Legión de valientes y animosos soldados de ambos sexos que en los tiempos peligrosos, que más que nunca están amenazando, lucharán contra el mundo, el demonio y la depravada naturaleza, rosario en su mano izquierda y crucifijo en su mano derecha".

Los instrumentos estaban ultimados y preparados. La conquista del mundo podía empezar.

12

La carga va aumentando

Alguien ha dicho que Stalin había preguntado displicentemente: ¿Cuántas divisiones tiene el Papa? Lo cierto es que en aquellos tiempos y bajo el cuidado maternal de María un ejército estaba creciendo, cuyas divisiones, años más tarde, iban a ser acusadas por las hordas rojas de ser su "enemigo público número uno". Pero, como dice un proverbio chino, "un viaje de mil millas comienza con un solo paso".

El número de Praesidia había crecido a treinta, todos todavía en Dublín. Fuera de la capital, el primer grupo se inició en Waterford en 1927. Un año más tarde, Frank fue a Escocia para intentar el comienzo de la Legión en aquel país. En seguida se evidenció que no existía ningún documento escrito para informar a las personas interesadas en el nuevo Movimiento. Esta información escrita era absolutamente necesaria si la Legión se iba a difundir. Por consiguiente Frank se sentó y escribió. Después de una corta explicación del origen, finalidad y espiritualidad, describió las reglas y costumbres que a lo largo de los años pasados se habían ido desarrollando por sí mismas. Al final el libro fue titulado "Manual de la Legión de María".

Generalmente cuando se fundan organizaciones y asociaciones se redactan y escriben los estatutos acordados, según los cuales actuarán los afiliados. Aquí se escogió la forma contraria. La Legión había estado trabajando casi siete años sin que sus reglas hubieran sido detalladas por escrito. El Manual, por lo mismo, era solamente una imagen fotografiada del Movimiento y reflejaba lo que se había practicado durante mucho tiempo.

Al principio Frank viajaba a los países vecinos cuando se trataba de hacer nuevas fundaciones. Entonces apareció un rasgo especial de la Legión que ciertamente ha promocionado su extensión por todo el mundo. Aunque en cada país se daba más énfasis a algunos trabajos, allí más necesarios y diferentes, el sistema siempre demostró ser tan apropiado que parecía haber sido planeado para hacer frente a los problemas peculiares de cada país. Por ejemplo, había una enorme diferencia entre el ambiente de las comunidades de la Irlanda católica y de Escocia, donde la Legión consiguió entrar en 1928, y de Inglaterra, donde un año más tarde se inició el primer Praesidium.

En 1930 un legionario inglés se estableció en la India y, meses después de su llegada, consiguió empezar un grupo en Madras. Hasta entonces la Legión se había fundado solamente en los países de habla inglesa. En 1930 Frank fue a París con un compañero y obtuvo la aprobación del Cardenal Verdier para introducir la Legión en Francia. Esto se realizó

justamente cien años después de la aparición de Nuestra Señora a la joven postulante Catalina Labouré en la "Rué du Bac", donde dijo a la joven que se grabase una medalla de la Inmaculada Concepción, conocida después como la Medalla Milagrosa. Fue una coincidencia insólita. Sin embargo, la introducción de la Legión prácticamente no tuvo lugar en Francia hasta diez años más tarde. En el mismo año la Legión cruzó el Atlántico. Y en el poblado minero de Ratón, en el Estado de Nuevo México, se inició el primer Praesidium americano, compuesto sólo por hombres. A partir de ahí, un número creciente de hombres se enrolaron en la Legión.

En el mismo Dublín la Legión tuvo un desarrollo significativo durante esa década. Se sentía la necesidad cada vez más apremiante de organizar, igual que el hostel de Santa María para las chicas de la calle, uno para los hombres marginados, de los cuales había cientos en Dublín: sin trabajo, alcohólicos, presidiarios... que no tenían casi ninguna posibilidad de rehabilitación, a no ser que fuesen ayudados con eficacia.

Una vez que Frank se daba cuenta de una necesidad, no descansaba hasta conseguir resolverla. Se podría llenar un libro sólo describiendo en detalle el trabajo y esfuerzo que le costó conseguir un segundo hostel. Primero escribió una carta muy larga a la "Poor Law Commission" establecida en Dublín, en la cual describió con palabras emocionantes la miseria de estos pobres e insistió en la necesidad de ofrecerles una posibilidad de reintegración en la sociedad. Era muy típico de Frank no contentarse con señalar problemas; siempre proponía lo que le parecía un modo factible de solucionarlos. Por cierto, exigía lo mismo de sus legionarios.

Desde el principio comprendió claramente que los internos del hostel proyectado no podían ser admitidos gratuitamente, sino que deberían pagar una modesta cantidad por su alojamiento y comida, y si estaban completamente desamparados, tendrían que pagar su deuda trabajando en el hostel. "Las cosas que no cuestan nada, no valen nada"; de esta manera elevarían su propia estima, consciente o inconscientemente, sintiendo que estaban contribuyendo al costo de su manutención, etc. Como consecuencia de su escrito fue llamado varias veces ante la Comisión y sometido a una especie de interrogatorio. Al final su empeño ganó la batalla.

En seguida surgió otro problema: dónde se podría encontrar local a propósito. Entonces recordó la antigua "North Dublín Workhouse". El edificio entero se puso en orden por los esfuerzos combinados del Gobierno, de Frank y de unos cuantos amigos: albañiles, carpinteros, fontaneros y electricistas, que al finalizar su trabajo donaban horas de su tiempo libre a Nuestra Señora. La Catedral de Chartres fue construida de esa forma, dijo la escritora Cecily Hallack en su libro sobre la Legión de María.

El 25 de marzo de 1927 la obra había sido terminada. El nuevo hostel abrió sus puertas con el nombre de "Estrella de la Mañana". t

Aquel mismo día se alojaron los dos primeros internos, y por primera vez desde hacía muchos años durmieron en camas limpias. Naturalmente era necesario que algunos miembros de la Legión estuvieran dispuestos a trasladarse al hostel para dirigirlo y administrarlo. Mientras tanto cientos de hombres volvieron otra vez a hacer, por su permanencia en el hostel, una vida ordenada. Solamente en el cielo serán conocidos el esfuerzo, sufrimiento, desilusiones y dificultades que este hostel costó a Frank. "Ello fue pagado con sudor y sangre", según sus propias palabras.

Tres años más tarde un hostel similar fue abierto para madres solteras y mujeres sin hogar. Estaba en el mismo bloque que el de "Estrella de la Mañana" y llevaba el nombre de "Regina Coeli". Otra vez alguno de los primeros legionarios decidieron trasladarse al hostel y

administrarlo. En ambos hostales se habilitó una habitación para capilla. La misa y demás devociones se celebraban allí con regularidad. Aquí también el amueblarlo y decorarlo se hizo por los mismos legionarios. Años más tarde se obtuvo permiso para tener el Santísimo Sacramento en los dos hostales. Varios Praesidia tenían la misión de ayudar en la administración y cuidado de los mismos. Sus miembros llegaban al atardecer, después de su trabajo, para ayudar a preparar y servir las comidas y hablar con los internos.

En una parte del edificio "Regina Coeli" fue instalada la oficina de la Legión: dos o tres pequeñas habitaciones, un par de archivadores y algunas máquinas de escribir. Afortunadamente Frank pudo alquilar una casa que estaba al lado de este hostal. Allí se trasladó con su madre, que entonces se ocupó de dirigir la casa para él, su hermano y sus hermanas. El único lujo que Frank se permitió fue un dictáfono; en él dictaba su correspondencia, generalmente hasta últimas horas de la noche. Con cada país que la Legión de María conquistaba, su tarea crecía; finalmente llegó a dimensiones indescriptibles. Él dijo haber escrito más de 100.000 cartas, la mayoría largas.

Se encontró también con la responsabilidad de los tres hostales y todas las cargas y problemas relacionados con ellos. La administración de uno de ellos hubiera sido suficiente para tener empleada a una persona de mucha capacidad. A esto se añaden las tareas diarias de la Legión de María, que, como Frank declaró en una ocasión, era "la niña de sus ojos".

La Legión estaba a punto de conquistar los cinco continentes y siempre en marcha creciente.

13

El signo de la cruz

El nuevo movimiento que tan ostensiblemente era bendecido por Dios ¿encontró entusiasmo unánime? Desgraciadamente no, en especial por parte de algunos clérigos. A menudo era rechazado abiertamente, siendo probablemente la razón principal el hecho de que Frank iba adelantado a su tiempo, más de un cuarto de siglo antes de que el Concilio Vaticano II insistiera en la obligación general de que todo cristiano debe ser un apóstol. No fue sólo la convicción de Frank, sino también su experiencia de que toda persona bautizada y confirmada está llamada a evangelizar y puede estar capacitada para hacerlo. Años más tarde se denegó el "imprimatur" a una colección de artículos de Frank Duff, basándose en que hacía un precepto de un mero consejo.

En la opinión de algunos sacerdotes, los laicos podían a lo sumo ser empleados voluntariamente como ayudantes. Se les podía confiar la limpieza y el adorno de la iglesia, el cuidado de las vestiduras eclesiásticas, pero el trabajo apostólico debía ser des-cartado, porque para ello era necesario estudiar. Lo contrario precisamente de la convicción de Frank, que creía que cada católico convencido debía ser capaz de trabajar como apóstol, naturalmente si tenía una idea firme, clara y fundamentada de la fe. El trabajo de la Legión se aprendía, sobre todo, por el sistema de "maestro y aprendiz", es decir, junto a un legionario con experiencia. Si a los legionarios se les exigiera asistir a clases de instrucción, habría muy pocos dispuestos a perseverar y el trabajo en los países de misión se haría absolutamente imposible. También hay que decir con pena que a veces la envidia y la lucha por el poder fueron la raíz de la resistencia al nuevo movimiento. Particularmente hubo una Orden en la Iglesia que luchó durante años contra la Legión con todas sus fuerzas. Tanto es así que en determinada ocasión, en un gran país de Asia, el Nuncio llamó al Provincial local para rogarle que no obstaculizasen la evangelización en tierras de misión. Podríamos citar muchos ejemplos tristes de la hostilidad de esta Orden hacia la Legión, pero no lo haremos, primero por-que muchos misioneros de la misma ayudaron a la Legión en contra de las instrucciones explícitas de sus superiores; segundo, porque fue justamente esta resistencia obstinada la que contribuyó con frecuencia a que la Legión fuese más conocida y, sobre todo, porque estas pequeneces desagradables pertenecen al pasado y no tiene sentido en la actualidad causar resentimientos desenterrando hechos tan poco ejemplares.

Con frecuencia esta oposición hacía la vida de Frank terriblemente dura, más aún si añadimos la carga responsable que aumentaba gradualmente como funcionario del Estado. Como había pocos hombres de su capacidad en el Departamento de Finanzas, su carrera

seguía en ascenso.

A pesar de todo, la Legión de María empezó a recibir un favorable reconocimiento mundial. Frank tuvo muchos colaboradores entusiastas, pero ninguno capaz como él de tener una visión clara y total de las cosas. A menudo regresaba a su casa a medianoche totalmente agotado. Se sentaba en un butacón y caía completamente dormido, sucediendo que sólo después de un par de horas era capaz de empezar a rezar el Breviario. Esta vida pronto llegó a ser insostenible. Se daba cuenta de que podía tener un fallo en su salud si continuaba con esta doble carga, lamentándose del tiempo que le ocupaba su trabajo oficial. Su confesor, sin embargo, le aconsejó que no dejara su empleo de momento, porque el futuro era demasiado incierto.

El Concilio Vaticano II aportó mucha luz a través del diálogo ecuménico para la concienciación general. Frank Duff se anticipó en muchos años a este diálogo, pero también sus iniciativas fueron obstaculizadas. En 1941 constituyó en Dublín una asociación llamada "The Mercier Society", según el espíritu ecuménico del Cardenal Mercier, que fomentaba el diálogo entre diferentes comunidades cristianas en un ambiente de caridad fraternal, donde se reunían católicos, protestantes de varias tendencias, clérigos y laicos. En cada reunión se trataba un tema; después de la charla inicial seguía un diálogo. Frank, con su peculiar inteligencia aguda, presentaba a menudo formas nuevas y sorprendentes de ver las cosas. Aunque nunca faltaba a la caridad cristiana, nada le desagradaba tanto como el sincretismo contra el cual el Papa Pablo VI advertiría más tarde a los católicos. La verdad puede ser víctima de un pretendido amor a nuestros semejantes. Frank nunca flaqueó defendiendo la verdad una vez que la reconocía. Nunca puso una opinión personal por encima de las enseñanzas de la Iglesia. Pero era tan firme en sus convicciones que todos le respetaban y querían, lo que se demostró con la popularidad de la "Sociedad Mercier" y el aumento gradual de sus miembros. Sin embargo, un día todo terminó. La "Sociedad Mercier" fue prohibida bruscamente.

No siempre es fácil estar adelantado a la época en que nos ha correspondido vivir. Algo parecido le ocurrió a la sociedad que se fundó para dialogar con los judíos, la "Sociedad del Pilar de Fuego", que había sido defendida por judíos importantes de Dublín.

14

Con el Papa Pío XI

Como Frank tenía que enfrentarse con dificultades por todas partes y que iban en aumento, poco a poco fue madurando en su mente la idea de solicitar ayuda de Roma. Conocía al Rvdm. Pascual Robinson, O.R.M., Nuncio Apostólico de Irlanda, y le pidió consejo; pero ni aún allí encontró aliento. ¿Cómo iba a recibir el Papa a un seglar desconocido que aparecía por las buenas en Roma sin recomendación de su obispo? Por entonces, el cardenal Marchetti oyó hablar de la Legión al P. Hayes (más tarde canónigo Hayes, fundador de "Muintir na Tire") y le preguntó si Frank Duff pensaba ir a ver al Papa.

Frank consideró esto como una inspiración de Dios y fue a visitar a W. T. Cosgrave, Jefe del Gobierno, para rogarle que le consiguiera una audiencia con Su Santidad, ya que no había esperanza alguna de arreglarlo por medio del arzobispo. Cosgrave le acompañó a ver al Nuncio e hizo las gestiones oportunas para la acogida de Frank en Roma. Mr. Cosgrave, por cierto, le entregó una carta de presentación. Frank salió hacia Roma lleno de esperanza, pero hasta última hora con dudas de si le recibiría el Papa. Por fin lo consiguió; le fue permitido presentarse ante Pío XI.

San Pío X había declarado ya en su tiempo que era más importante tener una docena de laicos apostólicos en cada parroquia que vocaciones sacerdotales, escuelas católicas u otras instituciones. Pío XI entró en la historia como el Papa de la Acción Católica. Deseaba de corazón que los seglares reconociesen su responsabilidad en la evangelización y que fueran consecuentes con ella. A impulso suyo se organizaron ramas de Acción Católica en muchos países, agrupando a los fieles generalmente de acuerdo con el sexo y en algunos casos por su profesión. Italia y Francia sobresalieron en este aspecto, pero desgraciadamente este movimiento se inclinó más y más en años sucesivos al apostolado puramente social y, finalmente, en algunos sitios también a la política. Creció en sus socios la convicción de que a la gente había que ofrecerle primero condiciones de vida mejores, incentivos educacionales y culturales, antes que hablarles de la fe. Frank combatió esta idea con todo el peso de su personalidad y tuvo que sufrir por ello.

Frank visitó a Pío XI con Monseñor O'Brien, de Liverpool. Tuvieron que entregar un memorándum traducido al italiano. El Papa les hizo pregunta tras pregunta. Pero ellos estaban bien preparados. Monseñor O'Brien le dijo en francés: "Padre Santo, ¿podría decir para los planes de nuestra propaganda que sería su deseo ver a la Legión extendida por todo el mundo?". Hubo una pausa larga y luego el Papa contestó: "Con todo mi corazón confirmo ese

deseo". Finalmente se levantó, fue hacia Frank y le abrazó. "Esto es de Dios", dijo en un tono que traslucía su emoción. El Papa había comprendido que este nuevo movimiento correspondía a la idea que él mismo tenía sobre el trabajo de los laicos en la Iglesia y que había descrito en su Encíclica sobre la Acción Católica. En contra de muchas críticas le gustó el nombre de "Legión de María", lo encontró muy adecuado.

Poco tiempo después Frank recibió una carta de Su Santidad en la que concedía una bendición especial a la Legión de María, llamándola "una obra hermosa y santa". Roma había hablado.

15

Los primeros enviados

En 1932 se celebró en Dublín un Congreso Eucarístico Internacional. Llegaron numerosos visitantes de varios países. Entre ellos se encontraban un sacerdote y una joven de Australia. Los dos eran entusiastas de la Legión. Pues bien, antes de que finalizara el año se inauguró en Melbourne el primer Praesidium.

La idea de la Legión se dio a conocer en Sudáfrica por medio de una joven que durante sus vacaciones se había unido a una peregrinación que iba a Irlanda a visitar Lough Derg, donde ella conoció la Legión. Poco después hubo un comienzo en las Islas Caribeñas: Puerto Rico, Trinidad y Granada.

En 1933 un escritor irlandés publicó un artículo en un periódico americano sobre el hostel "Estrella de la Mañana" y sus internos. Poco después Frank recibió una carta de un tal señor Oliver, hombre de negocios en San Francisco. Durante años tuvo la idea de organizar un hostel para hombres marginados pensando que era una necesidad urgente en su ciudad natal. Pidió a Frank que fuese a los Estados Unidos una persona con experiencia para fundar un hostel; los gastos correrían de su cuenta. Frank contestó que la organización y dirección de hostales no era la única meta de la Legión, ni el primer objetivo; y a continuación le presentó el movimiento de la Legión de María y sus actividades. El señor Oliver, al recibir las noticias, se interesó aún más e insistió en la petición de que fuera una persona con experiencia; de esta forma se podría ver si la Legión de María era adaptable en América.

Una entusiasta joven legionaria, que ya había probado su valentía en "Bentley Place", se comprometió a dejar su empleo y quedarse sin sueldo por un período de tres meses. El viaje, en un principio, era solamente para explorar las posibilidades, pero el éxito fue mayor de lo pensado. Se comenzaron a organizar varios Praesidia y se preparó el terreno para fundar más. Mr. Oliver estaba entusiasmado y se ofreció a sufragar el viaje y la estancia de otro legionario por tres años. Esto fue posible al encontrarse un voluntario que trabajó con verdadero éxito. Pero el campo de trabajo en América era tan grande que sus esfuerzos no fueron suficientes; por este motivo el señor Oliver solicitó que fueran dos representantes más de la Legión.

Mientras que el primer enviado, después de tres años, regresaba a su casa, los otros dos, una joven y un caballero, permanecieron en América durante doce años. Esto en parte fue debido al comienzo de la segunda guerra mundial, que hacía muy peligrosa la travesía por el

Atlántico, pero también al hecho de que el trabajo era muy amplio.

Constantemente aparecían nuevas posibilidades de fundar la Legión y con frecuencia llegaban llamadas a Dublín para comenzar más Praesidia. Una característica de la Legión fue que podía reunir a ciudadanos negros y blancos alrededor de la misma mesa, algo nuevo y casi revolucionario en aquel momento. Los legionarios encontraron posibilidades para introducirse también en Canadá, donde la idea del apostolado seglar fue llevada a las misiones indias más lejanas, cuyos miembros enviaban saludos al "Gran Jefe Blanco" de la lejana Irlanda, un nuevo título para Frank.

Estos representantes de la Legión en países extranjeros fueron llamados "enviados" de la Legión. Frank los quería con verdadero cariño paternal. La correspondencia mantenida con ellos, que al principio llevaba él solo, fue una carga más. Sin embargo, la cuidaba mucho, pues sabía cómo aconsejarles en sus dudas y cómo consolarles en sus dificultades y desengaños.

Frank había especificado en un capítulo especial del Manual de la Legión de María las objeciones más frecuentes contra la Legión, a las que había contestado; pero ahora desde diferentes países y continentes se le exponían otras nuevas. Una frecuente consistía en que lo que era posible en Irlanda no siempre se podía hacer en otros países. No es fácil valorar los miles de cartas que Frank escribió a sus enviados. El contenido de las mismas y sus consejos son verdaderas joyas de sabiduría y experiencia, que podrían confortar y fortalecer a muchos, incluso sin ser de la Legión de María.

Por fin, en 1933 Frank consiguió dejar su colocación en el Departamento de Finanzas para dedicarse de lleno a la Legión de María. Cabe suponer que esto disminuyó su carga de trabajo, pero con el aumento incesante de la Legión en países y continentes, y con el crecimiento continuo del número de enviados, cada minuto de su tiempo estaba ocupado. Sin embargo, fue un desahogo para él estar libre de sus obligaciones profesionales y poder dedicar toda su energía a su trabajo más querido. "Fue un paso que no he lamentado jamás", confesó muchos años más tarde.

Aunque Frank lo contemplaba todo con una luz sobrenatural, siempre mantuvo los pies sobre la tierra. Hombre de un optimismo contagioso, no se hacía ilusiones sobre la debilidad humana. Uno de sus dichos favoritos era: "Nada es tan bueno ni tan malo como a veces creemos". Si sus enviados empezaban a entusiasmarse a la vista del éxito conseguido, él les advertía sobre los desengaños; y si estaban deprimidos, sabía confortarlos echando mano del tesoro de su experiencia.

No puedo resistir la tentación de relatar aquí, como pequeño ejemplo, el consejo que dio a un enviado, puesto que refleja muy bien su punto de vista: "Déjame, una vez más, aconsejarte que duermas. No consideres el tiempo de descanso como quitado a tu misión. Es justamente lo contrario. Realmente estás luchando en una batalla; el resultado total no depende sólo de tu piedad, ni de tu actividad, ni de tu poder organizativo, ni de tu sentido de convicción sobre la Legión. Lo que va a dictar el resultado del combate es tener los nervios fuertes. Si pierdes los nervios, has perdido la batalla... Por tanto, por el amor de Dios, controla tu sistema nervioso mucho más celosamente y con más preocupación que el violinista cuidaría de su Stradivarius".

16

Por sus frutos...

Santa Teresa de Ávila describe en el "Castillo Interior" cómo una persona que ha conseguido fruto abundante en la vida sobrenatural, pronto encuentra compañeros para ayudarlo a disfrutarlo; Frank Duff es un ejemplo. Desde el principio fue seguido por personas que encontraron en la Legión un clima espiritual en el que podían ampliar y desarrollar su perfección.

En una entrevista grabada en vídeo, el entrevistador Al Norrell preguntó a Frank qué pensaba de la Legión como modeladora de santos. Frank comentó: "La Legión de María pone en la mente del legionario la capacidad de comprender grandes doctrinas católicas como el Cuerpo Místico de Cristo, la Maternidad de Nuestra Señora, la influencia extraordinaria de Nuestra Señora con el Espíritu Santo... Esto es santificador y engendra santos a granel".

Pero hay algo que no debe olvidarse. Como Frank comenta en el Manual, sería un gran error considerar la mera afiliación a la Legión como una especie de santidad. La vida en la Legión representa la vida católica normal. Visto desde la perspectiva de Dios, el santo es la persona normal. Sobre los demás se puede decir aquello que escribió acertadamente de sí mismo el poeta alemán Hebbel: "El hombre que soy saluda tristemente al hombre que podía haber sido".

Merecería la pena describir en una colección de pequeñas biografías algunas de estas personas maravillosas, que primero en Irlanda y muy pronto en todos los continentes encontraron una misión real y auténtica en la Legión, y supieron corresponder a ella. Aquí hemos de ser breves, pero una biografía de Frank Duff sería incompleta sin mencionar algunas personas que le fueron particularmente queridas y a quienes ayudó a descubrir y desarrollar la espiritualidad.

Con el fin de tener a sus hijos e hijas espirituales siempre presentes en sus pensamientos, y de tener sus imágenes ante él, tenía una fotografía de cada uno de ellos. Estas fotografías se pusieron en marcos y actualmente están expuestas en la oficina de la Legión. Al principio eran cuatro o cinco, actualmente la "Galería de los enviados", como la llamaba Frank con cariño, cubre dos paredes enteras de una habitación grande. Cuando llegaban visitantes de las diferentes partes del mundo, Frank les mostraba las fotografías con el orgullo paternal de que eran sus hijos espirituales.

En una ocasión Frank oyó hablar de una joven llamada Edel Mary Quinn, que después perteneció a la Legión de María. Pronto se la consideró como un valor muy prometedor. Un día Frank la invitó a su casa y pasó toda la tarde charlando con ella. Como consecuencia de esta visita, se dio cuenta de que estaba tratando con una persona excepcional. Un detalle digno de destacar es que la amiga, a través de la cual Edel había ingresado en la Legión, le aconsejó en un primer momento que no perteneciese a ella. Debió considerar que una criatura tan guapa y alegre encontraría poco atractivo el trabajo monótono y a veces desilusionante de la Legión. Pero Frank era un buen conocedor de la naturaleza y de la psicología humana. Cuando más tarde uno de los Praesidia, que se ocupaba de los marginados, necesitó una nueva presidenta, decidió que fuese Edel quien desempeñara ese cargo. Tenía entonces sólo veinte años. Hubo grandes protestas entre los socios; decían que lo que hacía falta era una persona madura y experimentada, y que les habían enviado a una criatura. Pero Frank dijo: "Esperen y verán". Pronto los miembros del grupo se dieron cuenta de que habían sido afortunados con el nombramiento de su nueva presidenta.

Edel tenía la intención de ingresar con el tiempo en las "Clarisas Pobres", pero tuvo que desistir cuando enfermó de tuberculosis. Después de año y medio en un sanatorio regresó a su trabajo de secretaria y a su ambiente legionario mejorada, pero no curada.

En aquellos tiempos muchos legionarios irlandeses iban a Inglaterra durante sus vacaciones. Muchos se trasladaban en bicicleta, ya que todavía escaseaban los coches. Iban de parroquia en parroquia haciendo todo lo posible por animar a sacerdotes y seglares en relación con la Legión, que ellos querían tanto. Edel participó con entusiasmo en uno de estos viajes y en contra de todas las predicciones pudo soportar muy bien los esfuerzos. Entonces planeó dedicarse a la extensión de la Legión entre las comunidades irlandesas.

El Consejo Central de la Legión recibió una carta de un obispo de África, que durante unas vacaciones en su Irlanda natal había conocido la Legión. Rogaba que le enviaran a un representante de la Legión para trabajar en el Este de África. Frank pensó inmediatamente en Edel y ella quedó encantada con la oferta.

La idea de enviar a una joven delicada a la misión de África pro-vocó un gran descontento. Sin embargo, Edel sabía que su vida sería probablemente corta y deseaba dedicar los años que le quedaban al servicio de Dios. Frank la comprendió y apoyó. Algunas personas piensan todavía que su decisión no fue acertada.

Si Frank hubiese escuchado estas advertencias y hubiese dejado a Edel en Irlanda, hubiera sido una más entre los cientos de hermanas de la Legión que siguieron semanalmente con fidelidad y cumplieron con sus trabajos hasta que el Señor puso fin a sus vidas y actividades. Sin embargo, al apoyarla en su deseo de ir a África le abrió nuevas posibilidades de evangelizar todo un continente y el camino hacia la santidad.

Durante los ocho años de su trabajo hizo maravillas. Cuando llegó el fin de su vida, ya se había convertido en leyenda. Doce años después de su muerte se inició el proceso de beatificación, que sigue por muy buen camino.

Desde el barco que la llevó a África, escribió una carta a Frank en la que se ve cómo se sentía comprendida por él: "Es bueno que confíen en uno; eso me ayudará en los días venideros... Me alegro de que me haya dejado venir. Los demás, más adelante, se alegrarán".

Palabras proféticas. Edel no hubiera confiado a ninguna otra persona un conocimiento tan profundo de su alma. En una ocasión, hablando de ella, Frank manifestó: "Fue un fruto

completo de la Legión de María, algo así como su quintaesencia". Pero el que creó y le ofreció el marco de santidad fue, con el beneplácito de Dios, Frank Duff.

17

Lejos y cerca

Un observador manifestó una vez que en la Central de la Legión la gente estaba mejor informada sobre asuntos religiosos que los oficiales del Vaticano, porque en Dublín se recibían informes completos sin adornos.

Este conocimiento quedó acumulado en la memoria extraordinaria de Frank Duff. Él era consciente de este regalo maravilloso de Dios. Si bien esa memoria, con el paso del tiempo, aumentó aún a dimensiones más amplias, no por ello dejaba de evocar con afecto el recuerdo de amigos y colaboradores de su juventud y de los primeros tiempos de la Legión, en especial de aquellos que tenían sentido del humor, o de costumbres y dichos graciosos de sus viejos conocidos. Le encantaba charlar sobre estas historias y disfrutaba sacándole chispa. Algunos de sus amigos y compañeros legionarios de aquellos tiempos tenían también este sentido del humor; Jack Nagle y Jimmy Cummins estaban entre ellos. Jimmy era un mímico excelente, que hacía reír y proporcionaba con sus representaciones tardes enteras de esparcimiento. A Frank le encantaba contar chistes; su memoria, en este aspecto, le ayudaba; así que tenía almacenada en su mente una valiosa reserva de anécdotas e historias graciosas para alegrar la convivencia y hacer reír. Algunas de las hermanas de la Legión, que estaban a su alrededor, encontraban que esta característica suya no concordaba con la opinión de santo que tenían de él. Les gustaba preguntar a los visitantes extranjeros su opinión sobre el señor Duff y si la respuesta era como se esperaba: "Un hombre maravilloso", añadirían excusándose un poco: "Bueno, sólo tiene una pequeña debilidad: le gusta contar chistes...".

Es extraño que mientras los miembros de la Legión de María se llamaban entre sí "hermano" y "hermana", siempre que hablaban de Frank decían "señor Duff".

Frank tenía la virtud de no dejar nunca a su gente con la impresión de que estaba con mucha prisa. Sus obligaciones podían ser de lo más urgente, pero cualquiera que estuviera hablando con él tenía la creencia de que disponía de un tiempo e interés ilimitados para dedicárselos. Estaba siempre a disposición de cada persona. Cada uno se sabía comprendido y tomado en serio. Su amor y comprensión pertenecían en especial a los pobres y marginados. Escribió en el Manual: "Hasta que la Legión de cualquier centro pueda decir con verdad que sus miembros conocen personalmente y están en contacto, de alguna forma, con cada miembro individual de las clases marginadas, su trabajo debe ser considerado como en estado de desarrollo incompleto, que debe ser intensificado en esta dirección".

A lo largo de su vida intentó cumplir este requisito, aunque su buen corazón y bondad no obedecían a la debilidad. Si uno de los ingresados en "Regina Coeli" volvía a casa borracho y promovía un escándalo, hecho no frecuente, Mr. Duff era requerido. Siempre sabía cómo hacer reaccionar al culpable, y si era necesario a la fuerza, puesto que era físicamente muy fuerte.

Quería mucho a los niños y ellos le correspondían. Durante el trayecto andando desde su casa a la oficina de la Legión, muchas veces se veía rodeado de un montón de niños, en su mayoría los hijos de las madres solteras del hostel. Cada uno de ellos quería que le cogiese o le acariciase. Si los legionarios le traían a sus hijos, en seguida hacía amistad con ellos. Ningún niño se sentía vergonzoso ante él.

Cuando Frank hablaba sobre el apostolado, que era lo más querido de su corazón, se apoderaba de él una especie de fuego que casi se convertía en algo especial, físicamente perceptible. Sabía cómo entusiasmar a sus oyentes de tal manera que en seguida ellos mismos comenzaban a inflamarse en el mismo ardor. Les dejaba con la sensación de que estaban preparados para ir al fin del mundo y aceptarlo todo, incluso el martirio. En una ocasión, cuando un legionario que se preparaba para ir a una misión, se expresó en este sentido, él sólo contestó con una sonrisa: "Tendrás que estar debidamente entusiasmado pues te espera un trabajo difícil".

Lo que más llamaba la atención de la gente en relación con Frank era su profunda humildad y modestia personal, aunque al mismo tiempo estaba totalmente convencido de la importancia de la Legión para la Iglesia. Ni remotamente hubiera soñado con darse importancia por la extensión maravillosa de la Legión o querer para sí los méritos logrados por la misma. En su correspondencia usaba el "plural de la modestia", es decir, casi siempre hablaba refiriéndose a "nosotros", si tenía que informar alguna cosa personal. La palabra "yo" aparecía muy pocas veces en sus* cartas. Por otro lado tuvo el valor, especialmente en los últimos años, de llamar a la Legión "el brazo derecho de la Iglesia".

El hecho de que el trabajo apostólico estaba tan olvidado, tan abandonado en la vida cotidiana de la mayoría de los católicos le dolía como una herida abierta que nunca cicatriza. Creía que una cristiandad sin apostolado conduce necesariamente a una pérdida de fe en el transcurso de dos generaciones. Testimonio de esto son muchas de sus cartas en las que repetía una y otra vez este pensamiento: "¿Qué clase de enseñanza ha reflejado la doctrina común de la Iglesia en los últimos tiempos? Se enseñaba un catolicismo práctico considerándolo como una condición de perfección, pero no se enseñaba la idea y el compromiso del apostolado. En muchos sitios les estaba expresamente negado a los seglares. ¿Y esperan que tal catolicismo haga frente a Rusia?" (16 de octubre de 1946).

"Usted menciona una dificultad común comentada por sacerdotes a quienes les ha interesado en el tema general de la Legión: 'No tenemos a nadie con suficiente preparación aquí'. Eso es un error, que al mismo tiempo demuestra las consecuencias de una omisión grave por parte de ellos. Admiten, por tanto, que no han intentado poner tal meta ante los seglares, que nunca les propusieron la idea del apostolado... Deje que los padres prueben a tener siempre a su bebé en la cama, sin permitirle usar sus piernecitas, como si no fuera a hacer otra cosa que estar tumbado... Pues eso es lo que los sacerdotes en general han estado haciendo con los seglares. Luego empiezan a lamentarse cuando no levantan un dedo por la religión, no son leales a ella, la traicionan o matan a los sacerdotes cuando se irritan con ellos" (17 de mayo de 1947).

Y el último ejemplo: "Es verdad que la serpiente tiene que aparecer antes de que su cabeza sea aplastada por Nuestra Señora. Yo recomendaría un cambio en la frase: Nuestra

Señora tiene que ir detrás de la serpiente si pretende aplastarla... Pero no puede hacerlo si no es a través de agentes humanos, y aquí es donde la idea del apostolado moderno parece que falla. Nuestro Señor y Nuestra Señora tienen que hacer el apostolado ellos mismos. Les rezamos para que lo hagan y suponemos que esto da resultado. Pero ésta no es la línea cristiana. Nuestro Señor y su Madre solamente actuarán a través de esos agentes humanos que tienen que hacerse presentes, y no de forma pasiva, esperando que les muevan y les pongan en acción. Los mencionados agentes deben ser positivos y activos por su propia cuenta, y solamente en la medida que lo sean, Nuestra Señora ayudará y los usará como instrumentos de su Maternidad".

18

En todo el mundo

Una legionaria con facultades literarias rehusó escribir la biografía de Frank Duff porque pensó que tal trabajo se convertiría en la historia de la Legión de María. Tenía razón. La vida de Frank Duff no se puede separar de la Legión. Ésta es su vida; todo lo demás está fuera de lugar.

Esta biografía no está destinada sólo a los legionarios de María, aunque ellos serán los primeros interesados en ella. Pero un hombre como Frank Duff pertenece al mundo entero, no únicamente a un movimiento. Esperamos que este libro será leído por mucha gente que no conoce la Legión de María. Por esto es importante mostrarles y explicarles el trabajo de Frank.

Antes del comienzo de la segunda guerra mundial, la Legión se había extendido por los cinco continentes, pero su presencia había sido más destacada en los países de habla inglesa. Los pocos viajes que emprendió Frank Duff a otros países no siempre tuvieron éxito inmediato.

La primera enviada no irlandesa fue María Diepen, de los Países Bajos. Ésta empezó el trabajo legionario en su país natal, y sólo años más tarde hizo este trabajo en las Guayanas y en las islas holandesas orientales.

Un sacerdote holandés había traducido el Manual a su lengua nativa y esto fue muy provechoso. La neutralidad de Irlanda durante la guerra hizo posible a Frank Duff estar en contacto con las ramas de la Legión de todo el mundo. Informes muy esperanzadores llegaban de Inglaterra. A pesar de las circunstancias de la guerra y los bombardeos, los Praesidia se reunían regularmente y sus miembros cumplían sus tareas apostólicas como si las circunstancias fueran normales. Alguno de los grupos trasladó sus reuniones del fin de semana a las mañanas del domingo, porque moverse durante los apagones era difícil y algunas veces peligroso, en especial para las hermanas de la Legión, ya que los ataques aéreos se hacían generalmente por la noche.

En la revista "María Legionis", que había comenzado poco antes de estallar la guerra y que salía trimestralmente, hay un informe divertido, correspondiente al año 1942. Dos miembros de un Praesidium estaban haciendo su promesa legionaria, pero casi a cada párrafo el grupo entero tenía que esconderse debajo de la mesa para protegerse de los bombardeos. Las reuniones se celebraban algunas veces en los refugios antiaéreos y los reunidos rezaban el Rosario en voz alta e invitaban a los presentes a unirse a ellos para rezar. Aun los miembros más jóvenes, de menos de dieciocho años, mostraron una valentía sorprendente.

Informes parecidos llegaban desde Malta, donde a pesar de los ataques aéreos incesantes de los italianos y alemanes no consiguieron conquistar la isla ni tampoco desanimar a la población. Finalizada la guerra, la Familia Real Británica concedió la Cruz de San Jorge a toda la isla por su destacada valentía. La Legión de María de Malta permaneció intacta, a pesar de los bombardeos, y los legionarios continuaron trabajando en medio del peligro.

Durante la guerra tuvo lugar el comienzo de la Legión en Francia, algo verdaderamente inesperado para Dublín. Esto fue debido al trabajo de una joven irlandesa, Verónica O'Brien, quien rehusó volver a su casa, a pesar de las advertencias de que regresara. "Volveré, pero no antes de que haya podido establecer la Legión aquí", escribió desde París. Ésas fueron, por algún tiempo, sus últimas noticias.

Cuando el ejército alemán, que al principio había ocupado el Norte del país, avanzó hacia el Sur, Verónica se unió a las filas de refugiados que huían al aproximarse las tropas. Estaban constantemente expuestos al peligro de los vuelos rasantes de la aviación alemana. Frecuentemente tenían que refugiarse. Pálida y hambrienta, sin más pertenencias que la ropa puesta, Verónica llegó a Navers. Allí encontró hospitalidad en el convento de St. Gildard, el convento de Santa Bemardette Soubirous, y allí ayudó distribuyendo sopa caliente a los exhaustos refugiados. Las noticias primeras que llegaron a Dublín de ella informaban del comienzo de siete Praesidia.

Aun en medio de las hostilidades no había frontera que estuviera cerrada a la Legión. En suelo alemán, en el campamento Stalag 383, comenzó el primer Praesidium con 18 socios que eran prisioneros de guerra. Un soldado australiano, que llevaba el Manual en su bolsillo, encontró fácil interesar a sus compañeros prisioneros en la idea de la Legión. Mientras este grupo, naturalmente, se desperdigó al final de la guerra, otro que se organizó por los franceses que estaban haciendo trabajos forzados, ha sobrevivido hasta hoy.

En Italia, después del desembarco de las Fuerzas Aliadas cerca de Anzio y Nettuno, se organizó otro Praesidium compuesto por soldados británicos, que llevaron la organización también al Norte, al avanzar a través de la península. En Roma fueron recibidos por el Papa Pío XII, que había oído hablar sobre estos leales soldados y deseó tener un encuentro con ellos. Cuando les dijo si querían hacerle algún ruego, le pidieron permiso para fundar la Legión en Roma. Estaban convencidos de que la población necesitaba urgentemente este movimiento.

Después de la guerra hubo oportunidad de fundar la Legión en otros países. En Dublín los legionarios rezaban para que hubiera enviados con bastante preparación para desempeñar el trabajo. Frank los encontró en el momento oportuno. Una legionaria de Viena se ofreció para ir a Alemania; había estado refugiada en Inglaterra y había conocido allí la Legión. Una joven irlandesa que hablaba muy bien el italiano fue a Italia. Dos jóvenes filipinas, excelentes legionarias, se ofrecieron también como enviadas: Joaquina Lucas, profesora en la Universidad de Manila, dejó su puesto de trabajo y se fue a Sudamérica; trabajó durante veinte años por la Legión en diferentes países. Por su parte, Pacita Santos, una joven abogada de Manila, dejó familia y clientes, y fue enviada a España, donde todavía no había sido introducida la Legión. Hace siglos los misioneros españoles habían llevado la fe a Filipinas y Pacita se alegraba mucho de ser una misionera en el país de ellos.

Una joven china, Teresa Su, fue a Indonesia. Otros muchos países daban la bienvenida a los enviados de la Legión. Un joven del Este de Europa había estado en Irlanda refugiado y se había unido allí a la Legión de María. Después entró en la Orden de Santo Domingo, pero la dejó con el consentimiento de sus superiores, que pensaron que la introducción de la Legión en su país natal era más importante que quedarse en el monasterio.

Volvió a su país, pasando por muchas vicisitudes (en una ocasión hasta terminó en la cárcel), pero consiguió que la Legión fuera conocida en su patria.

Otro caso similar fue el de un joven a quien Frank nunca llegó a conocer personalmente. Un joven del distrito del Volga en la Unión Soviética había ido a Alemania como prisionero de guerra. Al finalizar ésta, decidió quedarse allí. Cuando se estableció la Legión en su parroquia, Moenchengladbach, fue presidente y pronto probó su valor apostólico. Después de algún tiempo dijo al párroco que consideraba un deber propio organizar la Legión de María en la Rusia Soviética y que quería solicitar su repatriación. El párroco quedó impresionado, pero le advirtió: "¿Sabes lo que puede significar repatriarse?". "Sí, lo sé. Se les envía a Siberia durante cinco años para reeducarles, pero soy joven y fuerte, y puedo esperar cinco años. Puede que sufra el martirio o que funde la Legión de María. Cuando usted tenga alguna noticia mía, aunque sólo sea por una tarjeta postal, sabrá que he cumplido mi objetivo".

Durante casi seis años el sacerdote no supo nada y a menudo pensaba si el joven estaría vivo aún. Un día llegó una tarjeta desde un campamento de Siberia y más tarde el sacerdote recibió varias cartas en forma de clave, en las que describía su trabajo. Frank se interesó muchísimo por este caso, del que estaba informado por un corresponsal; tenía particularmente en su corazón a la Unión Soviética y seguía con verdadero interés todos los acontecimientos que sucedían allí. Una de sus cartas finalizaba de esta manera: "Nosotros tenemos que conseguir entrar en Rusia".

Frank sentía una ternura paternal por sus legionarios, en especial por los enviados, pero esperaba también una dedicación total por su parte. Tuvo el coraje de llevarles hasta el heroísmo.

Una de sus enviadas tuvo que someterse a una operación grave. Esto la afectó tan fuertemente que estaba pensando regresar a su casa. Frank escribió a otra de sus hijas espirituales, que precisamente poco antes había sufrido y superado una situación similar: "Refiriéndome a R, tú comentas que el consejo más apropiado que puede dársele es que debe resistir. Esto es, en definitiva, lo que yo desearía haberle dicho, pero desgraciadamente es una de esas cosas que no puedo decir. Tu situación parece que fue peor que la de ella y, sin embargo, luchaste con los pies sobre la tierra... Me parece que estas ocasiones son la prueba providencial para una gran misión, como es la del enviado. Si el futuro de un país va a cambiarse, no es por los métodos de salón... sino por el de sudor y sangre. De vez en cuando la misión se ve puesta en un platillo de la balanza y el provecho propio en el otro. Si uno escoge el último, la partida está perdida. Pienso que hay que ser tan firme en el cumplimiento de la misión encomendada que si se presenta la alternativa: la misión o la vida, hay que escoger la misión" (12 de mayo de 1949).

19

Grandes cruces, pequeñas cruces...pero siempre la cruz

Los trabajos que mantenían a Frank ocupado día tras día nunca eran obstáculo para el afecto que tenía a su familia. Sentía gran cariño por su madre, y también tenía una relación íntima con su hermano y hermanas. Con la excepción de su madre, que se mantuvo físicamente muy fuerte hasta el final de sus días, ninguno de sus parientes poseía la fuerza vital que tenía Frank. En pocos años fue perdiendo a los más allegados de su círculo familiar. La primera que murió, en junio de 1949, fue su hermana Isabel. Contestando a una carta de pésame decía: "Estoy muy agradecido a su amable pésame. Debo decir que la gente ha sido extraordinariamente buena, y no hay duda de que un cúmulo de oraciones ha subido al Cielo pidiendo el descanso en paz de su alma. La gente, a veces, no sabe el consuelo tan grande que supone en estos casos para la familia del que ha fallecido".

Al mismo tiempo la salud de su hermano se resentía. En varias ocasiones tuvo que ir al hospital, pero siempre parecía recuperarse. Sin embargo, al final quedaba poca esperanza. Frank escribió en el mes de agosto de 1949: "Mi hermano sigue muy enfermo. No parece mejorar... Mi propio veredicto sobre él es que han conseguido envenenarle con tantos remedios e inyecciones como le han puesto". John falleció el 20 de agosto de 1949, a los dos meses de la muerte de Isabel.

Pero el peor golpe estaba aún por llegar: la muerte repentina de su madre a principios de 1950. Frank estaba terriblemente afectado: "El golpe ha sido enorme, el peor de toda mi vida, añadiendo a esto todas las desgracias que le han precedido. Yo, realmente, no sé dónde estoy. Necesitaré algún tiempo para normalizarme y recuperar mi estabilidad". Tales expresiones eran extrañas en las cartas de Frank; hablaba de esta forma sólo a sus íntimos amigos. Cuando mencionaba a su madre lo hacía siempre con ternura y con cariñoso agradecimiento.

Bastante tiempo después contestó a un amigo que se quejaba de los sufrimientos de la vejez: "Tú comentas que hacerse viejo es algo penoso. No, yo no diría eso, sino que todo depende. Es posible hacerse mayor con garbo; mi propia madre lo hizo así. Ella conservó sus facultades plenas hasta el final y con bastante fuerza física, la suficiente como para ir a la ciudad todos los días a hacer la compra. Leía mucho y tenía interés por todo. Siempre estuvo fuerte, amable y dulce. Algo muy propio de ella fue que cuando tuvo el fuerte ataque de

corazón a las cinco de la mañana el 24 de febrero, y estando agonizando, se bastó por sí misma para, con su esfuerzo, apoyarse en una silla. No se le hubiera ocurrido ni en sueños despertarme. Murió de la forma que realmente hubiera deseado hacerlo y que probablemente yo también la hubiera deseado, a pesar de ser tan horrible perderla. Nunca hubo crepúsculo en su vida, ni temporada de decadencia mental, ni enfermedad dolorosa".

A esto le siguió otra desgracia, no de un familiar, sino de un amigo cuya pérdida le afectó profundamente. Desde 1948 el P. Creedon estaba enfermo. Era el amigo leal de siempre, habiendo sido director espiritual del Concilium Legionis (el Consejo Central de la Legión) durante más de un cuarto de siglo. Una y otra vez parecía que mejoraba, pero en el verano de 1950 se vio claramente que el final era irreversible. Durante las últimas dos noches de su vida, Frank estuvo en vela al lado de la cama del moribundo. El P. Creedon murió el 29 de julio de 1950. Un año más tarde Frank perdió a su joven hermana Ailis. Padecía tuberculosis desde hacía bastante tiempo. Finalmente se sometió a una operación, pero el tratamiento esperanzador no dio resultado. La única hermana que le quedaba a Frank era Sara Geraldine, doctora en medicina y casada con un médico. Vivía en Navan. Su casa con jardín siempre estaba abierta para Frank. Cuando tenía que hacer algún trabajo literario de forma urgente iba allí porque estaba seguro de tener tranquilidad.

Poco a poco Frank se fue acostumbrando a vivir sin su querida madre. Iba a comer al hostal "Regina Coeli", donde las dos hermanas legionarias, internas allí, Peggy McDonnell y Nellie Jessop, le cuidaban con un cariño extraordinario. Nellie había pertenecido a la Legión de María desde 1948, y después del fallecimiento de su marido decidió dedicar su vida al servicio del hostal. Con su cuidado afectuoso y su comprensión maternal consiguió dar a aquel lugar un aire familiar. Especialmente en los años siguientes fue para Frank una ayuda muy importante, aunque a veces no hacía otra cosa que sentarse tranquilamente a su lado y consolarle con su presencia.

Además de sobrellevar como podía la pérdida de su familia, sobre todo la de su madre, casi no pasaba un día sin que le llegaran a Frank noticias tristes desde algún lugar relacionadas con la Legión de María. Sus enviados estaban acostumbrados a considerarle como su "muro de lamentaciones". Siempre descargaban sobre él las muchas dificultades y desengaños que encontraban en el curso de su trabajo. Si a veces sentían remordimiento de conciencia por ello, les consolaba diciéndoles que él estaba allí para ayudarles y darles valor, y que le agradaba hacerlo. Esto era verdaderamente cierto, pero ¡qué carga! Si las cosas iban bien en un país, de otro venían malas noticias. Todo era posible en un momento u otro.

Un legionario descubrió que en Italia un sacerdote italiano había empezado un nuevo movimiento, denominándolo también "Legión de María". El sacerdote había pedido autorización a varios obispos. A la objeción de que existía ya una Legión de María, simplemente declaró que era una Legión irlandesa, que a él no le concernía en absoluto. Su organización desapareció hace mucho tiempo sin dejar rastro. Otra organización del mismo estilo existe actualmente; una pequeña pero decidida secta africana afirma llamarse también "Legión de María"; como tal ha causado mucha confusión.

Otro sacerdote italiano que había fomentado la Legión en su distrito, desgraciadamente fue por mal camino y, junto con varias jóvenes que originalmente habían formado un Praesidium, se rebelaron contra la autoridad eclesiástica. Como la reprensión no sirvió para nada, fue finalmente suspendido de su ministerio y sus seguidores excomulgados. Aunque sólo una docena de personas estaban involucradas en esto, al día siguiente los periódicos italianos ponían titulares diciendo que la Legión de María había sido excomulgada y que en adelante estaba prohibida en Italia.

En Francia un obispo influyente, contrario a la Legión, hizo que un miembro de una Orden religiosa, que se oponía también a la Legión, escribiera un folleto de la peor clase, en el que se despre-ciaba y ridiculizaba cada aspecto del movimiento. "El infierno al completo se ha volcado en Francia contra la Legión", escribió Frank. Probablemente la causa de ello fue el hecho de que la Legión se había extendido a 38 de las diócesis, por lo que con la posesión de una o dos más daría la mayoría. La contemplación de este riesgo disgustó mucho a la Acción Católica. Eligieron a un sacerdote destacado para que les ayudara y éste escribió un largo y supuesto análisis de la Legión. Aplicar la palabra análisis a un documento tan poco digno es una injusticia a la palabra "análisis". Este documento circuló por toda Francia con una persistencia y fervor digno de una causa mejor. Casi al instante estuvo en las manos de la mayoría de los sacerdotes. Como resultado, comenzó a levantarse una ola persistente de odio contra la Legión de María. Algunos obispos, que habían dado permiso para comenzar t el trabajo legionario, lo retiraron; otros estaban vacilantes e indi- • nados a retirar los permisos ya dados. Los legionarios estaban reducidos a una situación de terror y desánimo. Aún se dijo que se iba a hacer una apelación a Roma para que declarara inoportuna la Legión en Francia.

Si una décima parte de ese falso celo se hubiera mostrado hacia los intereses de la religión, en lugar de ir en contra de la verdadera religión, las cosas estarían ahora mejor en Francia. En realidad no hay nada que temer. Esto fue sólo una tormenta diabólica; tales tormentas son crueles, pero de poca duración, por lo que cuando pasan todo el mundo reconoce lo que han sido en realidad. Hay una cosa buena, sin embargo, en todo ello, y es que la Legión consiguió cierto grado de publicidad que con dinero no se hubiera podido lograr.

No pasaba ningún día sin alguna mala noticia procedente de algún lugar. De estas experiencias Frank formó su concepto sobre "la tormenta del diablo" porque, aunque parezca extraño, estos acontecimientos seguían el mismo patrón casi en todas partes. Un ataque parecía a punto de barrer la Legión en un determinado país con el natural desaliento de los legionarios, y súbitamente las cosas continuaban como si nada hubiera ocurrido. Con frecuencia venía a continuación un nuevo crecimiento. Sin embargo, estas "tormentas del diablo" no dejaban a Frank inactivo; se apenaba demasiado con las dificultades de sus hijos espirituales como para quedarse indiferente.

Una enviada tuvo que luchar con el fallo de su salud. Frank le escribió: "Es lamentable que a la labor inmensa de tu trabajo haya que añadir esta contrariedad, pero pienso que todo ello tiene un carácter místico, es decir, tú tienes que soportar la carga hasta el último peldaño. Esto dependerá de tu firmeza, que sólo se probará por la carga que soportas, que te será compensada en forma de conquistas. El día en que tú seas capaz de soportar sobre tus hombros todo el dolor, ese mismo día habrás ganado todo". Si Frank podía escribir esto era porque había probado estas cosas hasta el final.

En otra carta fue aún más explícito: "Según comentas, te parece que no tomo en serio tus depresiones. Estás equivocada. Las tomo muy seriamente, ya que las considero como una amenaza para tu labor de enviada. La depresión predispone, desgraciadamente, tu manera de juzgar. Ningún juicio que tú formarás o dijeras en ese momento tendría el mínimo valor. La depresión causa el efecto de aniquilar los recursos físicos. Ese efecto opera de una forma muy similar a como si los recursos hubieran desaparecido. Uno no es capaz de hacer nada. La carga que, en realidad, está dentro de nuestra capacidad, nos aplasta hasta el suelo. Yo conozco todo esto porque lo he vivido".

Cruces desde fuera, cruces desde dentro, grandes cruces, pequeñas cruces. Frank siempre estuvo firme como una roca. Poca gente sospechaba cuánto le costó.

20

Bautismo de fuego en China

Mientras tanto, en un país en el que parecía haber grandes y justificadas esperanzas, una "tormenta del diablo" se estaba fraguando, que duraría más de treinta años.

Un secretario joven en la Nunciatura de Dublín, Antonio Riberi, había conocido a Frank y la Legión. Años después fue nombrado arzobispo y designado Nuncio en el Este de África, donde conoció a Edel Quinn. Él la apoyó en todo lo posible; escribió a todos los obispos de su territorio recomendándoles la Legión de María. Su entusiasmo por este movimiento creció aún más cuando observó el éxito maravilloso del trabajo de Edel, lo que le llevó a decir: "La Legión de María es un milagro de los tiempos modernos".

Después de la segunda guerra mundial, el arzobispo Riberi fue trasladado a China como Internuncio. Allí escribió también inmediatamente a los obispos y les aconsejó comenzar a organizar la Legión; esto a la vista de una victoria posible de los comunistas que ya habían comenzado su "larga marcha" desde el Norte. Confió la extensión de la Legión de María al columbano irlandés R Aedan McGrath.

Hasta entonces la Legión no había progresado mucho en China, aunque existían Praesidia en Pekín. Pero las cosas cambiaron. Lo que ocurrió fue único en la historia de la Legión. La generación joven, particularmente los estudiantes, entró en este movimiento en gran cantidad. Un sacerdote alemán, profesor en la Universidad Fu-Jen de Pekín, nos contó que una mañana un grupo de jóvenes se le acercó rogándole comenzar un Praesidium y hacerse él cargo de su dirección espiritual. Por la tarde de ese mismo día otro grupo fue a verle con el mismo fin. Antes de que finalizara la semana, el sacerdote tenía tantos voluntarios como podía atender. Esta expansión no estuvo sólo limitada a Pekín, sino que abarcó todo el país. Simultáneamente hubo un gran aumento de conversiones, la mayoría de la generación joven.

El arzobispo Riberi estaba abrumado; constató la confirmación de sus grandes esperanzas e informó a Roma que se podían esperar en el país conversiones en gran escala.

Frank valoró siempre la calidad de los legionarios por encima de la fuerza numérica. Temía un crecimiento exagerado que pudiera desvirtuar el espíritu y la actuación de los miembros. Pero no fue así. Los legionarios chinos pronto dieron prueba de su valor y lealtad a la Legión, aunque el optimismo del arzobispo Riberi recibió una desilusión. Mao-Tse-tung invadió el país con sus hordas comunistas. A los pocos años toda China fue conquistada y el líder de los nacionalistas, Chiang-Kai-shek, se exilió en Taiwan.

Al principio los comunistas intentaron atraer hacia su lado a los legionarios y utilizarlos con el fin de crear una "Iglesia nacional", pero este plan les falló ocurriendo lo contrario. Donde existía la Legión no tenía éxito la organización de la "Iglesia nacional", puesto que los legionarios hicieron un trabajo educativo excelente entre la población católica, advirtiendo del peligro de llegar a la separación de Roma.

Pronto surgió una lucha abierta entre el Estado y la Legión. Ésta tuvo que cesar en sus actividades públicas y sólo podía celebrar sus reuniones en secreto. Al comienzo de 1952 la Legión de María fue declarada oficialmente organización reaccionaria y prohibida en toda China. Sus miembros tenían que presentarse a la policía con el fin de tenerlos inscritos. Los que ostentaban cargos de oficiales legionarios fueron encarcelados, entre los que destacó el P. Van Coillie, sacerdote belga, que era director espiritual del Senatus de Pekín. Muchos sacerdotes que habían trabajado en la Legión fueron sometidos a un "tratamiento especial". Tenían que mantenerse de pie durante días y días, no permitiéndoseles dormir y siendo sometidos día y noche a interrogatorios interminables; fueron esposados con cadenas de hierro en pies y manos. Lo que los comunistas estaban buscando con fanática insistencia eran estaciones secretas de radio, armas y círculos de espionaje, que al final les revelaran el secreto del impacto inexplicable de la Legión, pero sólo encontraron manuales, velas e imágenes de Nuestra Señora. A pesar de sus registros no supieron descubrir el espíritu con que el primer Pentecostés reunió a los apóstoles alrededor de Nuestra Señora y la inspiración del Espíritu Santo para comprometerse en acciones valientes.

Los comunistas no sólo odiaban a la Legión, sino que realmente la temían. Calumnia, hostigamiento organizado, fuerza bruta... todo fue empleado para suprimir este movimiento. La Legión era el enemigo público número uno. De una parte a otra de las grandes poblaciones o en las carreteras había pancartas y anuncios con inscripciones que señalaban a la Legión como una organización reaccionaria de espionaje del Vaticano.

Se han escrito muchos libros sobre la resistencia heroica de los legionarios en China. El número exacto de las víctimas probablemente nunca se conocerá, pero se calcula que fueron asesinados alrededor de 2.000, mientras que más de 20.000 fueron encarcelados.

Los que aún gozaban de libertad fueron sometidos a lavados de cerebro. Se redactó un documento en el que se describía a la Legión como organización secreta fascista, cuyo único propósito era mantener la sociedad capitalista. Algunos miembros fueron citados por la policía dos o tres veces al día; tenían que aprender de memoria el contenido de ese documento y se les exigía repetirlo continuamente. Algunos de ellos al final confesaron algo con el objeto de cortar la tortura de los constantes interrogatorios. Les aseguraban que no les castigarían si se presentaban por su propia voluntad y dejaban la Legión, pero muchos fueron encarcelados o fusilados sin tener en cuenta lo que les habían prometido.

Todo el mundo católico estaba en aquel momento observando el enorme drama que se desarrollaba en China y admiraba con especial asombro el ejemplo de fe invencible, demostrada por los legionarios. El Papa Pío XII alentó a los católicos chinos en una carta particular.

El P. McGrath pasó tres años en la cárcel antes de ser expulsado del país. Necesitó varios años de reposo en Irlanda para recuperar su salud quebrantada por las torturas y sufrimientos. El arzobispo Riberi estuvo sometido a arresto domiciliario durante varios meses, siendo también expulsado. Tan pronto llegó a Hong Kong envió un telegrama a Frank en el que le expresaba su convicción de que la Legión salvaría la fe en China, aunque podría ser encarcelado o fusilado hasta el último sacerdote o misionero.

¿Tuvo razón? No lo sabemos realmente, pero hay rumores de que el número de católicos en China se duplicó y más durante los treinta años de persecución.

21

Y Roma habló una vez más

En el otoño de 1952 Frank recibió una carta del Secretario de Estado del Vaticano formulando una invitación del Papa para visitar la Ciudad Santa. Fue una sorpresa de gran alegría. Los impedimentos que ciertos sacerdotes ponían en el camino de la Legión persistían todavía.

Qué diferente era este viaje del primero, en el que Frank, hacía más de veinte años, se aventuró a ir como un seglar desconocido.

John Murray, que había trabajado durante doce años como enviado de la Legión en los Estados Unidos y que entonces era Vicepresidente del Concilium, acompañó a Frank. Se hospedaron en la Embajada de Irlanda ante la Santa Sede. El Embajador, que en aquella época era Joe Walshe, había sido Secretario del Departamento de Asuntos Exteriores en Irlanda durante muchos años, siendo un viejo amigo de Frank.

Fueron recibidos en el aeropuerto por el arzobispo Van Lierde, O.S.A., sacristán del Santo Padre. Estuvieron diecisiete días en Roma muy ocupados con reuniones y conferencias.

El punto álgido fue la audiencia que les concedió el Papa Pío XII. "Estoy muy agradecido a la Legión de María por los grandes servicios que ha prestado a la Iglesia", comentó Su Santidad. Frank reveló que estas palabras las pronunció con indescriptible afecto y cariño. Y el Papa envió su bendición especial a todos los legionarios del mundo.

Frank dio más de trece conferencias durante este corto plazo, la mayoría de ellas en seminarios y colegios. En el Colegio de Propaganda Fide habló a 400 estudiantes que pertenecían a cuarenta naciones de los cinco continentes. En el colegio norteamericano asistieron a su conferencia 155 estudiantes. También fue invitado por Radio Vaticana para que en una emisión describiera la espiritualidad e historia de la Legión de María. Su charla fue transmitida en veinticinco idiomas diferentes. El Observatore Romano publicó un reportaje sobre la visita de los dos legionarios a Roma. Visitaron Generalatos de instituciones misioneras, y quedó claro que la Legión se consideraba un medio que destacaba por su eficacia evangelizadora en los países del tercer mundo. Además de esto, tuvieron audiencias con varios cardenales, principalmente con los que estaban al frente de Congregaciones de la Curia.

Debo hacer una mención especial al Cardenal Tisserant, Decano del Sacro Colegio y Secretario de la Congregación para la Iglesia Oriental, que había demostrado profunda comprensión hacia las intenciones y posibilidades de la Legión. Desde el primer momento él y Frank se comprendieron perfectamente, y se consiguió un permiso para la Legión, único en la Iglesia de Dios: el de admitir dentro del movimiento en diferentes Praesidia a cristianos ortodoxos, es decir, cristianos no unidos a Roma, y también de fundar Praesidia entre las comunidades ortodoxas. Esto ocurrió diez años antes del Decreto sobre Ecumenismo del Concilio Vaticano II. Desgraciadamente, las esperanzas que Frank había abrigado con este permiso no han llegado a buen fin hasta el momento. Ha habido algunos intentos al respecto; en Buenos Aires se dio de alta un Praesidium de ortodoxos emigrantes de Rusia, pero no duró mucho tiempo. Sin embargo, como Frank declaró más tarde, la Legión de María está sólo en el comienzo de sus actividades. Probablemente esta gran posibilidad sólo tendrá completo efecto cuando la Legión consiga el éxito de entrar en Rusia a gran escala.

Los detalles para organizar un Praesidium dentro del rito ortodoxo fueron fijados entonces. En lugar de la imagen de Nuestra Señora, que preside todas las reuniones de la Legión, estos Praesidia ortodoxos deberían usar un icono de María, ya que no es costumbre usar estatuas en la Iglesia Oriental; y en lugar del Rosario, que es desconocido por los ortodoxos, los miembros debían recitar el himno Akathistos, un recitado que dura aproximadamente lo que el Rosario. El Akathistos demostró al final ser poco adecuado, por lo que se adoptó finalmente una forma de rezo parecida al Rosario, pero de origen ortodoxo. Frank secretamente tenía la esperanza de que con la Legión el Rosario ganaría su entrada en la Iglesia Oriental. A menudo Frank hablaba de esto con sus amigos. El cardenal Tisserant también tenía la esperanza de una extensión rápida de la Legión en las Iglesias de rito oriental; él no vivió para ver realizadas estas esperanzas.

El Procurador General de los Padres del Espíritu Santo, Dr. Murphy, escribió a un amigo irlandés poco después de esta visita a Roma: "Ningún potentado, ni jefe de estado ha sido jamás recibido aquí con tan genuino afecto por parte de los oficiales de la Iglesia en Roma... y estas audiencias no han sido meras entrevistas formales. Eran expresiones auténticas de afecto y gratitud a la Legión por el trabajo que ha hecho y está haciendo por todo el mundo. Los señores Duff y Murray están profundamente impresionados por los sentimientos de intensa convicción y cariño que les han expresado".

Antes de dejar Roma, Frank recibió un telegrama de Monseñor Montini (entonces Subsecretario de Estado del Papa), más tarde Pablo VI, diciendo: "Con ocasión de su salida de Roma, el Santo Padre le renueva su expresión de afecto paternal, un interés cordial en su trabajo y el de la Legión de María, invocando continuamente la asistencia divina para las loables actividades de la organización, impartiendo a usted con cariño, a los oficiales y legionarios de todo el mundo una bendición apostólica especial".

Fue un gran consuelo. Frank lo necesitaba y lo iba a necesitar en el futuro.

22

Penas y alegrías

Por algún tiempo se veía claro que en la edición siguiente del Manual de la Legión eran necesarios algunos cambios y adiciones. Este libro, que al principio apareció como un pequeño folleto, en el transcurso de los años aumentó a un volumen sustancioso en el que se incluyeron nuevos trabajos de la Legión y nuevos aspectos de su espiritualidad en casi 400 páginas. Con la excepción de ciertas citas de la Sagrada Escritura o de trabajos teológicos, agregados generalmente al final de cada capítulo, todo lo demás procedió de Frank.

Por larga experiencia Frank Duff se daba cuenta de que en Dublín no podía dedicarse de lleno a un intenso y continuo trabajo. Visitantes de muchos países llegaban sucesivamente sin dejarle un minuto para respirar, por lo que la carga de la correspondencia creció tanto que se hacía insostenible. Escribió a un amigo que se quejaba de su silencio: "Sólo puedo repetir lo que ya te dije sobre las razones de mi demora: que pocas veces he tenido un problema de tiempo tan grande. Las cosas conspiran contra mí de una forma sorprendente. Si pudiese contar cada tarde con algunas horas para la correspondencia, sería capaz de abarcarlo. No parece que sea pedir mucho, pero no puedo disponer de esas horas. Si tuviera para ello tres tardes a la semana, me consideraría afortunado. Estoy disponible todas las tardes de la semana para entrevistas desde las siete hasta las once, pero esto no satisface a la gente. Uno podría imaginar por su insistencia para conseguir una cita de día, que las horas normales del trabajo estuvieran al revés y que el tiempo libre de la gente fuera durante el día".

Esta clase de desahogos empezaban a ser más frecuentes en las cartas de Frank. Con el fin de enfrentarse con el trabajo de rehacer el Manual, la solución era escaparse a Navan con su hermana. Allí podía trabajar sin que le molestasen. Desde luego no podía ausentarse por mucho tiempo, porque después no sería capaz de hacer frente al trabajo acumulado. Consecuentemente, cuando iba a Navan, nunca se quedaba más de una semana. Por fin, después de tres o cuatro visitas, finalizó el trabajo, al menos en lo que dependía de él. Lo que siguió a uno le gustaría cubrirlo con una capa de caridad cristiana, pero aquí estamos escribiendo la vida de Frank y cometeríamos una grave injusticia omitiendo las pruebas por las que pasó.

El "imprimatur" para la nueva edición del Manual fue demorado durante años con pretextos infantiles. Al final llegó con la orden de cambiar algunas frases, que no eran realmente importantes y que Frank aceptó con disponibilidad. Pero se repitió de nuevo el juego. Después de otro período de inútil espera, vino una nueva petición para que se hicieran otros

cambios. Como la Legión había conseguido ya entrar en numerosos países, la demanda del Manual tuvo consecuencias mundiales. Por ejemplo, la edición alemana estaba agotada; una nueva impresión era urgente y se imponía también una nueva traducción. Los legionarios esperaron la aparición del nuevo libro, pero éste no llegó. Sin el Manual era extremadamente difícil la extensión de la Legión. Algo similar ocurrió con el Manual en francés. Frank estaba literalmente agobiado entre las peticiones urgentes del nuevo Manual y la dilatoria táctica de las autoridades eclesiásticas. No es de extrañar que llegase un día en que, no pudiendo soportarlo más, sintió la necesidad abrumadora de despejarse. Invitó a algunos amigos, que trabajaban en "La Estrella de la Mañana", para que le acompañasen. Éstos se sintieron felices de hacerlo. Se montaron en sus bicicletas y se marcharon.

"Hicimos una excursión conocida como el Anillo de Kerry, contó Frank a un amigo. Empleamos más de cuatro días, haciendo una media de 230 millas. Te parecerá poco, pero fue bastante duro subir a la montaña. Tuvimos un día desastroso, que nos supuso una mojadura hasta los huesos, pero las jornadas siguientes fueron estupendas. Vimos un paisaje ideal. Volví renovado. La azarosa excursión fue un éxito completo".

A partir de entonces Frank se permitió unas vacaciones una o dos veces al año y el resultado siempre era el mismo: regresaba como nuevo, relajado, para volver al trabajo diario. Estaba más y más entusiasmado de la belleza de su país natal, que era más fácil apreciar en bicicleta que desde un coche. Con el fin de no tener que almacenar esa belleza en su mente, empezó a hacer fotografías. De esta forma comenzó un "hobby" que en los años siguientes le daría momentos muy felices. Tenía buena vista para captar el ángulo apropiado, haciendo fotos de valor artístico. Le gustaba enseñar a sus visitantes las diapositivas de sus viajes y viéndolas otra vez, se renovaba su alegría.

Las proezas diarias de los ciclistas con frecuencia eran sorprendentes. A la edad de sesenta años, Frank aún era capaz de hacer sesenta millas diarias. El número de compañeros de viaje aumentaba cada año y finalmente hubo un círculo permanente para el que Frank ideó el sobrenombre de "los Sprokets". Muy pronto un joven sacerdote pasionista, llamado Hermán Nolan, se unió al grupo, y así tuvieron una especie de capellán particular, que obtuvo permiso del obispo para decir misa en cualquier habitación adecuada, si no había iglesia cercana; de esta manera se solucionó el problema de poder asistir a misa.

Frank regresó de su primer viaje fortalecido de tal forma que fue capaz de volverse a ocupar del asunto del "imprimatur" para el nuevo Manual y soportar la espera. Todo, bueno o malo, tiene un fin; el "imprimatur" llegó y el libro pudo publicarse.

El Manual ha sido traducido a más de sesenta idiomas y el número de ejemplares distribuidos llega a muchos millones. Sin embargo, la publicación de una edición nunca se logró con facilidad; siempre fue obstaculizada por grandes e increíbles impedimentos. Esto puede ser una lección, literalmente hablando, para aquellos que no creen en el diablo. Frank creyó en él.

23

Alfonso Lambe

La mayoría de los capítulos de este libro se refieren necesariamente a amplias fases de actividades, por lo que ha sido imposible guardar una secuencia estrictamente cronológica.

Un año tras otro traía a Frank su medida particular de penas y alegrías; cada uno venía con acontecimientos tan apretados que hubieran bastado para llenar toda la existencia de un ser humano menos extraordinario.

En agosto de 1954 el P. Toher fue llamado a recibir la recompensa eterna. Muerto el P. Creedon, pasó a ser el director espiritual del Consejo de la Legión; durante treinta y tres años había servido fielmente a la Legión de María. Había congeniado y comprendido a Frank como un amigo.

A comienzos de 1950, un legionario muy joven llamó la atención. Había venido a Dublín del campo. Su nombre era Alfonso Lambe, conocido por todos como Alfie. Por su escasa salud tuvo que dejar los Hermanos Cristianos irlandeses y encontró en la Legión de María un sustituto de la vida religiosa.

En sus esfuerzos por la extensión de la Legión en los distritos rurales de Irlanda, Alfie mostró gran poder persuasivo y especial habilidad organizativa. Frank se aventuró a mandarle, con un compañero mayor, como enviado a Sudamérica. Lo que este muchacho joven consiguió allí en cinco años y medio fue realmente fabuloso. Viajó por todo el enorme continente en tren, autocar, avión, a caballo, a pie... Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Brasil, Paraguay, Uruguay y Argentina fueron los escenarios de su fructífero trabajo. Las dificultades que encontró en muchos sitios fueron copia de los obstáculos con que Frank tuvo que enfrentarse en Irlanda. Es reconfortante leer cómo gradualmente los superó. Pero todavía este gigantesco campo de acción no era suficiente para su apostolado entusiasta. Estudió ruso y soñaba con ir como enviado a la Unión Soviética. Así fue como comenzó un Praesidium con cristianos ortodoxos, de los que habían ido a Buenos Aires como refugiados de Rusia.

Frank siguió las actividades de este joven con admiración y entusiasmo. Fue para él un golpe tremendo cuando Alfie murió de cáncer en enero de 1959, teniendo sólo veintiséis años. La tumba de Alfie ha llegado a ser centro de peregrinaciones. Tiene abierto el proceso de beatificación.

El arzobispo Tavella, de Salta, escribió en una carta de pésame: "Si la Legión de María no hubiese hecho otra cosa que conseguir un hombre del calibre de Alfonso Lambe, ya sería un signo de que está bendecida por Dios".

Más sorprendente es el hecho de que después del fallecimiento de Alfie, el movimiento al que dedicó totalmente su energía, creció rápidamente en sitios donde había encontrado fuerte resistencia, como Buenos Aires, donde la Legión está floreciente y en constante desarrollo. Muchas regiones de Sudamérica se han convertido en arraigados centros de la Legión de María. Frank Duff pudo ser testigo de esta extensión maravillosa.

Una vez más, uno de sus hijos espirituales había dado pruebas de la fuerza santificadora de los ideales de la Legión siempre que uno se abra incondicionalmente a su influencia formativa.

24

Lo milagroso estaba allí

Hemos visto que Frank era de la opinión de que los signos y milagros pertenecían tan naturalmente a Cristo y a su Cuerpo Místico, que han formado parte esencial de la vida de Jesús y de la Iglesia. Su fe era tan firme que pensaba que el Señor podía ejecutar un milagro si el hombre había llegado al límite extremo de sus fuerzas sin alcanzar su objetivo. "No esperaba que ocurrieran milagros, pero fue justamente él quien los produjo", declaró el cardenal O'Fiaich de Armagh en su oración fúnebre después de la muerte de Frank.

Frank era una persona muy equilibrada; su inteligencia controlaba su voluntad y sus sentimientos. El fanatismo le era ajeno; tenía verdadero temor a las visiones y éxtasis, y estaba plenamente orgulloso y convencido de que la Legión de María se había formado no sólo por gracia de la Divina Providencia, sino debido a las necesidades humanas. Sin embargo, su vida estaba acompañada frecuentemente por hechos que se podían calificar de milagrosos. Estas cosas no eran de las más esenciales en la vida de Frank, pero si se omitieran, faltaría algo para completar el cuadro de su vida.

Cierto día el hostel "Regina Coeli" estaba escaso de dinero. Cuando se preguntó a Frank qué se debía hacer al respecto, con-testó: "Una novena al Niño Jesús de Praga". A su espalda alguien meneó la cabeza; hubiera parecido más razonable pedir dinero a alguna entidad bancaria, pero a ninguno le gustaba contradecir a Frank. Sin embargo, antes de que la novena terminara apareció una señora desconocida y entregó un sobre que contenía una suma considerable de dinero, lo suficiente para remediar las necesidades inmediatas. Esto quizá fue casualidad, pero ¿quién lo puede decir?

Otro acontecimiento fue más extraordinario. Mientras Frank estaba trabajando en contestar la correspondencia, una noche, ya muy tarde, sonó el timbre de la puerta. Ante la casa se presentó un muchacho de unos doce años, sucio y harapiento. Frank no pudo obtener una información satisfactoria de él, excepto que estaba perdido y que no tenía donde quedarse. Frank entendió que no podía despedirle sin más; así que le dejó su propia cama y él durmió en un sofá en la parte baja de la casa. Por la mañana Frank se fue a misa. Cuando regresó, la asistenta doméstica ya había llegado. Frank estaba preocupado de que la presencia del desconocido jovencito no fuera advertida por la familia, por si no les gustaba el hecho de tener a un vagabundo durmiendo en casa. Por este motivo dijo a la asistenta que había arriba, en su cama, un muchacho que estaba un poco sucio y descuidado, que le atendiera antes de que se levantara la familia. Ella le dijo: "No sé nada de un pequeño vagabundo. Cuando vine, un niño

guapo bajaba las escaleras, me sonrió y se fue". "No había duda, era el mismo chico. Creo que le di la bienvenida al Señor mismo", dijo Frank más tarde.

Algo especial ocurrió cuando Frank recibió de una religiosa una reliquia de la Vera Cruz. No nos ha sido posible obtener más detalles sobre la época del regalo ni de la donante. Sólo se dijo que la religiosa estaba convencida de que la preciada reliquia sería mejor utilizada estando en las manos de Frank que en las suyas. La reliquia no estaba autenticada, y aunque en el curso de los años Frank había tratado de obtener una, no había tenido la, suerte de conseguirla. Desde que se la regalaron, siempre la llevaba consigo; con frecuencia declaraba que él no había necesitado realmente la autenticidad de la misma. Los milagros que esta reliquia ha logrado eran suficiente prueba para él. Quizá un día será posible conseguir que un investigador describa todos los sucesos milagrosos atribuidos a esta reliquia. De acuerdo con las palabras y testimonios de Frank fueron numerosos. Por ejemplo: la hermana de un sacerdote amigo de Frank iba a ser operada de un cáncer de mama. Ella rogó a Frank que la bendijese con el trozo de la Cruz. Cuando se presentó en el hospital, el cáncer había desaparecido con asombro de los doctores. Otro caso: un legionario americano se puso enfermo durante su estancia en Dublín; pudo librarse de la operación después de que Frank lo bendijese con la reliquia.

A veces esta fuerza operaba sin que Frank fuera consciente de ella. Cuando estuvo en Roma, en la última sesión del Concilio, una madre con su hijo epiléptico visitaba también la Ciudad Eterna. El joven tenía ataques epilépticos después de recibir la Sagrada Comunión. Un día Frank estaba a su lado cuando ocurrió esto; entonces le puso la mano sobre la frente, teniendo agarrada en ella la reliquia de la Vera Cruz. Inmediatamente el ataque cedió y nunca volvió a repetírsele. Después de cierto tiempo Frank observó que la madre y el hijo solían mirarle con curiosidad, pero en realidad nunca le hablaron. Como Frank estaba preocupado de que los favores conseguidos con la reliquia fuesen asociados a su persona, trataba siempre de que fuera un sacerdote quien bendijese con la reliquia. En este caso todo se presentó de una manera demasiado repentina.

Frank era bastante cauto en bendecir con la reliquia. Si el conocimiento de ello hubiese llegado a amplios círculos, no hubiera tenido un momento de paz. Su antiguo amigo, el canónigo Ripley, de Liverpool, que predicó en la primera misa de Réquiem por Frank, refirió este hecho. "Aún ahora, declaró, mucha gente le atribuye casos milagrosos, pero el mayor milagro es seguramente la Legión de María".

Me gustaría finalizar este capítulo con un episodio humorístico. En cierta ocasión vivía en Dublín una mujer que cogió una extraña costumbre. Escribía numerosas cartas a sacerdotes y seglares que eran activos en la Legión o mostraban interés por ella. Les informaba de que Nuestra Señora se le aparecía periódicamente haciéndole saber todas las cosas que estaban equivocadas en la Legión de María. En las cartas seguía una lista completa de errores. Al principio Frank no se preocupó de esta persona, pero cuando las cosas fueron empeorando, tuvo "una buena inspiración" sobre el asunto, como escribió: "Le envié por diferentes conductos la noticia de que acababa de tener una revelación de la Santísima Virgen sobre ella y que parte de las cosas que me había revelado era que ella era la esposa abandonada de Stalin. En seguida sus cartas cesaron totalmente.

25

Nuevas flores, nuevos frutos

El desarrollo de la Legión en los países de misión fue firme y por muchos años continuó sin especiales altibajos. Hacia finales de la década de los cincuenta pareció que en Europa, donde el movimiento hasta entonces había encontrado grandes dificultades, también prometía un rápido crecimiento.

Frank acostumbraba a juzgar las cosas con seria y realista claridad. Con frecuencia tuvo que advertir a sus enviados contra esperanzas exageradas, si se entusiasmaban demasiado sobre ciertas personas o posibilidades. Entonces sucedía lo más sorprendente: él mismo en ese período mostraba un optimismo que parecía no conocer límites. Por ejemplo: el número de Praesidia hacia finales de los años cincuenta en la República Federal de Alemania había aumentado a cien en un solo año. Frank creyó muy seriamente, y con frecuencia manifestó su convicción en cartas y conversaciones, que este número sería duplicado en poco tiempo. Si al final sucedió lo contrario fue debido a circunstancias sobre las que volveremos más adelante. Pero de momento el árbol que Frank había plantado dio frutos numerosos y nuevos brotes fuertes.

Tuvo lugar el comienzo del movimiento Patricio. Éste consistía en círculos de discusión dirigidos por la Legión. En ellos se enseñaba a los católicos a dejar su habitual timidez cuando son requeridos a debatir sobre religión. Aunque estos círculos están bien planeados psicológicamente y han resistido muy bien la prueba práctica, su difusión tropezó con grandes dificultades. Esto se debía probablemente al hecho de que especialmente después del Concilio Vaticano II había tantos grupos de debate, que la gente se cansó muy pronto de ellos. Consideraban la iniciativa de los Patricios como otra reunión más, en la que todo se cuestiona y se lleva a dudar de todo, y, además, al final hay pocos resultados positivos.

La "Peregrinatio pro Christo" se desarrolló muy deprisa y eficazmente, estando basada en los viajes medievales de misiones de los monjes irlandeses. Con respecto a ésta los legionarios dedicaban una o dos semanas de sus vacaciones al apostolado. Iban en grupos a países extranjeros, donde igual hacían visitas de puerta en puerta que conversaban en las calles, plazas, parques y jardines públicos sobre la fe católica.

Esta idea se extendió y actualmente no cientos sino miles de legionarios van a través del mundo en viajes misioneros cada año. Muchos de ellos vuelven como si fueran otras personas, están conquistados por una especie de fuego que les hace leves todos los sacrificios

y esfuerzos. Hay legionarios que pasan de esta manera sus vacaciones cada año. En un tiempo, cuando las misiones parroquiales no se celebraban, muchos sacerdotes, especialmente en Gran Bretaña y también en otros sitios, reconocieron la bendición que suponía el que su parroquia fuera visitada de puerta en puerta. Por ello, cada vez es mayor el número de sacerdotes que piden un equipo preparado para que lleve a cabo este trabajo.

En el transcurso del tiempo este movimiento se ha extendido en una doble dirección. Aquellos que por varias circunstancias no pueden tomar parte en tales vacaciones apostólicas, pero que no quieren privarse de esta experiencia importante, pueden ir, generalmente en compañía de los de su propio Praesidium, a un sitio cercano donde dedican un día completo a la evangelización. Por otro lado, legionarios jóvenes, sobre todo, dedican a la Legión seis meses o un año yendo a países extranjeros, donde aceptan un empleo y se dedican en su tiempo libre al apostolado activo y directo. Este movimiento ha dado a los legionarios la posibilidad de efectuar trabajos más allá de su propio entorno, lo que, engendrando nuevo entusiasmo, ha salvado a incontables Praesidia de dormirse en una mera rutina.

El interés de Frank en esta expansión no fue sólo el de un espectador benévolo; en muchas conferencias y artículos instruyó a los participantes sobre los métodos de acercamiento a la gente. Señaló el hecho de que para muchas personas a las que hablaban en las calles o parques, ésta era la única oportunidad en toda su vida de aproximarlos a la fe. Desde luego, había que evitar pequeñas conversaciones inútiles e ir en seguida a lo esencial: los tesoros que la Iglesia Católica posee para sus hijos, especialmente la Sagrada Eucaristía y María, Madre de Dios y Madre de los hombres. Él decía que todos los católicos debían hacer, con el mayor celo, un gran esfuerzo y cada no católico debía ser invitado a ingresar en la Iglesia Católica.

Cada año, en las últimas semanas de octubre, numerosos "peregrinos" se reúnen en Dublín para informar sobre las experiencias vividas en el año y emprender nuevos planes. Frank insistía siempre, en sus charlas orientadoras, en dar a los participantes directrices espirituales para su trabajo futuro.

En los primeros días del año 1960, un sacerdote, director espiritual de la Legión de María en Italia, se dedicó al movimiento con especial entusiasmo. Era Monseñor Corrado Bafile. Había visitado Dublín y había hecho amistad con Frank Duff. Después, cuando Angelo Roncalli, el Papa Juan XXIII, nombró a Monseñor Bafile su Camarlengo secreto, le dejó en completa libertad para seguir trabajando en la Legión de María.

Causó una gran alegría a los legionarios el hecho de que Monseñor Bafile fuera nombrado Nuncio Apostólico en la República Federal Alemana. Naturalmente invitó a Frank y a otros oficiales del Concilium de la Legión para asistir a su consagración episcopal. Frank vaciló durante bastante tiempo sobre los esfuerzos de otro viaje a Roma porque encontraba estos viajes al extranjero demasiado pesados. Monseñor Bafile, sin embargo, insistió sobre su presencia y Frank no queriendo ser descortés, decidió hacer el viaje. Como había hecho durante su primera estancia en la Ciudad Eterna, visitó a muchos dignatarios, en especial a los cardenales Agagianian y Tisserant, a los Superiores de varias instituciones religiosas y a la Legión de María en Roma que aún no había ido más allá del estado legal de una Curia.

Más de 800 legionarios asistieron a la consagración episcopal de Monseñor Bafile. Habían llegado de todas partes de Italia y Monseñor, ahora arzobispo Bafile, les dio una recepción especial después de la consagración.

Al día siguiente, el Papa Juan XXIII recibió a los invitados de Dublín en audiencia

privada. El arzobispo Bafile les acompañó y presentó al Santo Padre, que tuvo palabras halagadoras para la Legión. Les dijo: "Las noticias que llegan a Roma de todas partes del mundo prueban su sistema excelente". Entonces le dio a Frank una fotografía suya en color, firmada, cuyo texto decía que él, de todo corazón, confería su bendición apostólica a todos los legionarios del mundo. El Papa subrayó con su dedo las palabras de todo corazón y declaró: "Estas palabras son la verdad. Las he escrito con mi corazón".

De todas las generosas alabanzas que la Legión de María ha recibido de los Papas en el transcurso de los años, ninguna fue tan significativa como las palabras del Papa Juan XXIII el 15 de julio de 1960 a un grupo de legionarios franceses: "Que la Legión de María sea capaz de mostrar el verdadero semblante de la Iglesia Católica a aquellos que no la conocen".

26

La muerte llama a la puerta

A pesar de su extraordinaria fuerza física, Frank no gozaba siempre de buena salud; con frecuencia padecía catarros persistentes. Sólo comentaba a sus amigos más íntimos lo que odiaba los catarros. De los pocos pasos que había desde su casa a la oficina de la Legión, nunca se molestaba en ponerse un abrigo, ni siquiera en pleno invierno. No tenía sombrero, es decir, nadie le vio nunca con él, aunque en los últimos años se ponía una boina.

Algunas veces le era imposible durante meses librarse de catarros nasales. Generalmente no le daba importancia y seguía con su trabajo. Sólo si no había otro remedio decidía quedarse en casa uno o dos días. Año tras año, su sordera aumentaba. Se interesaba mucho por los progresos técnicos en el campo de aparatos para sordos. Muchos legionarios le recordarían usando una clase de aparato incómodo que parecía un transistor de radio. Ponía una cajita negra sobre la mesa y conectaba un cable que llegaba hasta su oído. Más adelante usó otro aparato más moderno que se acoplaba detrás de la oreja.

Cuando se enteró del éxito objetivo en intervenciones realizadas a personas sordas en Londres, decidió aventurarse en tal operación. Al principio, después de cinco días de reposo absoluto, pareció que la operación había sido un éxito; el primer sonido llegaba a su oído y fue para él una nueva experiencia: oír sin ayuda de aparatos, pero muy pronto su estado empeoró una vez más. Otro doctor en Londres manifestó, después de una exploración del oído a fondo, que podía recuperarse de la sordera mediante una nueva intervención. Frank se sometió a otra operación, pero esta vez con la mala suerte de coger una infección en el oído interno. Le dieron antibióticos y otros remedios médicos para reducir la infección, pero se sintió realmente decaído. Además, nunca se permitió un período razonable de convalecencia. Cuando se sentía un poco mejor, se lanzaba a su frenética actividad.

No hubo cura duradera para su sordera, aunque al principio pareciese que mejoraba algo. El único alivio que ayudaba a Frank eran sus excursiones en bicicleta. Siempre volvía de ellas reanimado, pero no eran lo suficientemente largas como para producir efecto duradero. Escribió a un amigo que se quejaba de su largo silencio: "No estás aquí y no puedes comprender el esfuerzo con que he tenido que luchar. Este año ha sido, hasta ahora, el peor de mi vida, sintiéndome incapaz de enfrentarme con todas las cosas que me incumbían. Sólo en las últimas semanas he podido arreglármelas para ponerme al día con mis cartas y aún examinar las atrasadas. La contemplación de la acumulación de cartas existente era enervante, y resultaba totalmente imposible cuando una carta había sido dejada de lado por algún tiempo, volver a buscarla de nuevo y luego ordenar las ideas para contestarlas. Así, día a día, el tiempo

ha pasado...".

Frank en esta época tenía setenta y cinco años, una edad en la que mucha gente está ya gozando, desde hace tiempo, de una ganada jubilación; pero para él no existió tal cosa.

Un tiempo atrás, Frank no se encontraba bien, pero le rogaron que diera una charla a los estudiantes de Sociología en el Colegio Universitario de Dublín y él aceptó. Al entrar en el edificio, se encontró con la hija de un viejo amigo. Ella, que estaba preparándose para enfermera, le conocía muy bien. Al verle, se quedó consternada por su aspecto, y le aconsejó que suspendiera su conferencia; pero él se negó. Advirtió a sus oyentes: "Piensen en esto: que en su trabajo nunca tendrán que verse con casos. No hay casos, sólo hay seres humanos". Esta frase puede considerarse entre sus "últimas palabras famosas", porque Frank se desvaneció al pronunciarlas. Fue llevado inmediatamente al hostel "Regina Coeli". La joven estudiante de enfermera hizo lo que parecía más indicado: telefoneó a la hermana y cuñado de Frank en Navan, quienes se presentaron en seguida llevándose al paciente a su casa, donde recibió los cuidados que necesitaba.

Frank no supo exactamente lo que le había ocurrido, pero estaba preparado para morir; esto no le importaba nada. Al contrario, "estaba tan feliz pensando que me encontraba otra vez con mi familia, que me desilusioné un poco cuando no se realizó", comentó después a un amigo. Escribió a los pocos días todavía convaleciente: "Pensé que me moría, pero aparentemente fue sólo un caso de completo agotamiento; por tanto, algo tenía que pasar. No fue un infarto ni un ataque de corazón".

Más tarde apareció en una exploración de Rayos X que se había roto un vaso sanguíneo en el cerebro, pero el trombo se había coagulado por sí solo cerrándose el vaso, "igual que cuando se repara una cañería de agua", diría Frank. Tuvo suerte de no haber sufrido efectos posteriores como una seria parálisis o pérdida de habla. "Realmente tuvo usted mucha suerte", dijo el especialista del hospital de Dublín al que Frank había sido llevado a causa de una gripe gástrica. El día de Jueves Santo administraron a Frank los santos óleos, pero su fuerte constitución salió victoriosa.

Después de algunos meses de convalecencia con sus parientes en Navan, se sintió lo suficientemente fuerte como para regresar a Dublín. Parecía estar mucho mejor y aun había engordado un poco. Naturalmente, le habían aconsejado tomar las cosas con tranquilidad y él había prometido hacerlo, pero el único descanso que se permitió fue una pequeña siesta después de las comidas. No mucho después reanudó su actividad al completo. El precio que tuvo que pagar en extenuación y debilidad llegó a ser aún más alto, pero Frank lo pagó sin vacilación.

27

Auditor en el Concilio

Aun cuando Frank Duff tuvo que luchar a lo largo de su vida contra resistencias y hostilidades, no estuvo falto de reconocimiento personal. Las numerosas recompensas y honores que se le otorgaron no le impresionaron; las aceptó como algo inevitable y no volvió a recordarlas en adelante. Los Padres del Espíritu Santo y los de Montfort le nombraron miembro honorario de sus asociaciones, lo que significa que había participado en su meritorio y buen trabajo. La Congregación de los Padres Montfortianos también le confirió su distinción Mariana.

Desde la Universidad de Dayton, Ohio, recibió la distinción Marianista en 1956 por su distinguido trabajo en Mariología. Frank fue a los Estados Unidos para recibirla. Al mismo tiempo aprovechó la oportunidad para visitar algunos Consejos de la Legión de María y darles el estímulo e inspiración que los visitantes, que habían estado anteriormente en Dublín, esperaban de él.

El Papa Juan XXIII le nombró Gran Caballero Oficial de la Orden de San Gregorio y la Universidad Nacional le otorgó el nombramiento honorífico de Doctor en Leyes, pero él nunca puso después de su nombre las siglas LL.D. a las que tenía derecho. El gran honor estaba aún por venir.

Cuando empezaron las sesiones del Concilio Vaticano II, no había seglares invitados. Sólo gradualmente fueron llamados, para tomar parte en las sesiones, prominentes filósofos católicos y escritores como Jean Guitton y, más tarde, los presidentes de varias organizaciones seglares.

Al comienzo, y con asombro de bastante gente, Frank no fue invitado, pero desde luego él entonces no hubiera podido aceptar la invitación porque estaba aún convaleciente de su enfermedad. Escribió a un amigo: "Te preguntarás por qué no he sido invitado como auditor laico al Concilio. El hecho ha proporcionado bastantes comentarios. Realmente no tengo idea sobre el asunto. Ha sido completamente imposible valorar las razones que dieron lugar para invitar a los que han ido a Roma; algunos de ellos eran de escasa relevancia, por cierto, y otros, aunque personas prominentes, no estaban comprometidos en el apostolado, como Jean Guitton, el escritor francés. En cambio, el Presidente del Consejo Central de la Sociedad de San Vicente de Paúl no fue invitado según creo... La cuestión, sin embargo, es de orden sentimental solamente, porque si hubiera sido invitado no hubiera podido asistir. La salud arregló la cuestión".

El cardenal Suenens, arzobispo de Malinas, en Bélgica, era un gran amigo de la Legión de María. En años anteriores había escrito un comentario teológico sobre la promesa de la Legión y también una biografía de Edel Quinn. Había dicho que indicó al Papa Pablo VI que Frank merecía una invitación para asistir al Concilio como auditor seglar y fue invitado a la última sesión.

Frank no hubiera sido un ser humano normal si no hubiera estado satisfecho por este honor. Su estado de salud, mientras tanto, había mejorado lo suficiente como para hacer frente al viaje.

Los dominicos irlandeses de San Clemente en Roma le ofrecieron hospitalidad, por lo que estuvo en un ambiente familiar. El P Hermán relata que encontró a Frank el día anterior a su marcha a Roma. Estaba paseando alegremente de arriba a abajo delante del hostel "Regina Coeli" y contestó al saludo del sacerdote: "Acabo de decidir tomar una pequeña parte en el Concilio".

El 11 de septiembre Frank subió a un avión especial que llevaba a los obispos irlandeses a Roma, así como a algunos dignatarios ingleses y escoceses. El vuelo tardó solamente tres horas y Frank recordó su primer viaje a Roma en 1931; entonces había durado dos días y medio por tren y barco.

Para los legionarios del Senatus de Roma era maravilloso tener a su fundador entre ellos. En el aeropuerto le esperaba una delegación que lo llevó a su alojamiento. Al día siguiente de su llegada, domingo, le enseñaron algunos sitios de interés de Roma. Fue su única visita turística; después no tuvo ni un minuto de tiempo libre.

A la mañana siguiente Frank salió para la Sala del Concilio en San Pedro. Tenía asignado un sitio en la tribuna de San Andrés, en el cruce de la nave y el crucero de la basílica, que estaba reservada a los auditores seglares y a los teólogos del Concilio. Como en todas las sesiones, ésta comenzó con misa, en la que los auditores seglares recibían la Sagrada Eucaristía.

Durante la sesión conciliar ocurrió algo único. El Cardenal Heenan, de Londres, había sido amigo de la Legión de María desde hacía tiempo. Antes de su consagración episcopal había sido, durante unos años, director espiritual del Senatus de la Legión en Londres; más tarde siguió manteniendo el afecto a la Legión de María. Durante un discurso acerca del Decreto Conciliar sobre los Sacerdotes, señaló a los Padres Conciliares que estaba presente en la Basílica el fundador de la Legión de María. Entonces se produjo una espontánea ola de aplausos. Los 2.500 Padres Conciliares expresaron con esta ovación lo que pensaban del movimiento que se había convertido en baluarte de evangelización en los territorios de misión.

Frank permaneció cada día en la tribuna hasta cerca de las once y trató de seguir los discursos en latín, pero raramente logró entenderlos. La peculiar pronunciación de los obispos de los diferentes países a veces dejaban a uno preguntándose si estaban hablando el mismo idioma. Después Frank iba hacia el famoso bar, apodado por los Padres Conciliares "Bar Joña", recordando el tiempo en que Nuestro Señor llamó a Pedro "Simón Bar Jons" y le entregó las llaves de la Iglesia. Algunas veces lograba llegar al "Bar Joña" y podía entonarse con una taza de té o café, pero con frecuencia no llegaba allí, porque a cada paso obispos de todas las partes del mundo le paraban expresándole su alegría de encontrarle y conocerle personalmente. A menudo le pedían que posase para hacerse una fotografía con él y a continuación que les pusiera un autógrafo detrás. Los legionarios de Ghana le regalaron una Vexíllina de oro, un distintivo mostrando el estandarte en miniatura de la Legión. Los Padres

Conciliares que no le habían visto anteriormente, le reconocían por su insignia.

A través de su extensa correspondencia y de los informes de los enviados de la Legión, Frank conocía numerosos obispos por su nombre. Era una gran alegría para él encontrarles personalmente. Pero lo agradables que estos encuentros podían haber sido pronto se convirtieron en una carga, debido a que con mucha frecuencia la mayoría de estos reverendos señores no se contentaban con un corto saludo, sino que deseaban también una comunicación a fondo sobre problemas y acontecimientos del momento. A menudo uno o más estaban de pie esperando mientras Frank estaba todavía hablando con el anterior. Con mucha frecuencia, estaba aún conversando con ellos, cuando ya se habían dicho las últimas oraciones.

Después de las sesiones de la mañana, Frank terminaba completamente extenuado. Iba a la plaza de San Pedro y se unía a los tres obispos que estaban con él en San Clemente. Después seguía el almuerzo y al fin la tan necesitada siesta. Las tardes y noches pertenecían a la Legión. Frank asistió a tres reuniones del Senatus, que coincidieron con las sesiones conciliares.

Es fácil comprender que cada Praesidium de Roma deseaba dar la bienvenida a tan ilustre invitado, por lo menos verle una vez. Frank estaba muy orgulloso por haber logrado el reclutamiento de cinco legionarios y poder preparar el comienzo de un nuevo Praesidium. Durante aquellos días dio 32 charlas, por término medio una cada tres días, principalmente ante obispos.

Inmediatamente después de la llegada de Frank a Roma, los obispos irlandeses dieron una comida en la que él fue el único invitado y le rogaron que les diera una charla. Más tarde organizaron una reunión de unos cien obispos de habla inglesa, a los que Frank habló también. En el último acto con todos los obispos de origen irlandés, Frank y los dos embajadores irlandeses, uno del Vaticano y otro ante el Gobierno italiano, fueron los únicos seglares presentes.

La mayor tortura que Frank tuvo que soportar fue la reunión con los obispos de habla francesa. Tenía un conocimiento suficiente del idioma para leerlo con facilidad y seguir una sencilla conversación, pero de ahí a poder hablar con soltura mediaba un abismo. Con la ayuda del Espíritu Santo desarrolló su tarea con la completa satisfacción de las partes interesadas.

Hubo también una reunión concerniente a la beatificación de Edel Quinn. La mayor alegría de Frank fue que todos los presentes estuvieron de acuerdo en que Edel debía ser canonizada.

El punto álgido de la estancia de Frank en Roma fue su audiencia privada con el Santo Padre. El 11 de diciembre, después de atravesar muchos vestíbulos y salas, fue recibido por el Papa que en pie le tomó ambas manos apretándolas contra su pecho y le dijo que realmente estaba deseoso de recibirle para expresarle el agradecimiento por los servicios que había prestado a la Iglesia. Entonces le indicó una silla y se sentó a su lado. "Estuvimos muy cerca el uno del otro todo el tiempo", escribió Frank. Le pidió el favor de hacerse una fotografía con él, y el Papa accedió con gusto. La fotografía fue excelente; en la actualidad está colgada en la oficina de la Legión de María en Dublín.

A pesar del esfuerzo realizado, Frank aguantó muy bien los tres meses de la estancia en Roma, probablemente debido a que los Padres de San Clemente y los legionarios de Roma hicieron todo lo que estuvo de su parte para facilitarle el trabajo.

El Papa Pablo VI dijo más tarde que la fundación de la Legión de María había sido el acontecimiento más importante en la historia de la Iglesia desde el comienzo de las grandes Ordenes Religiosas en la Edad Media. Frank podía estar satisfecho de su estancia en el Concilio.

El espíritu del Concilio

El Papa Juan XXIII esperaba que a través del Concilio hubiera un nuevo Pentecostés en la Iglesia, y muchos cristianos compartían su esperanza. Pero las cosas se desarrollaron desgraciadamente de otra manera, por lo menos al principio. Católicos izquierdistas y teólogos rebeldes creyeron que había llegado el momento de modernizar las cosas de acuerdo con su propio gusto. Aunque los documentos del Concilio no les ofrecieron el menor pretexto, inventaron lo que se podría llamar el "espíritu del Concilio", según el cual todo debía ser cuestionado, cambiado y reformado. Cada párroco o sacerdote se sintió impulsado a celebrar la liturgia de acuerdo con sus propios caprichos. Cuadros e imágenes de santos fueron retirados de las iglesias bajo pretexto de que ya no iban con nuestro tiempo. Aunque el capítulo octavo de la Constitución sobre la Iglesia constituye una maravillosa exposición del papel de Nuestra Señora en el proceso de la salvación, había sacerdotes y seglares que sólo conocían y citaban de todo el documento la parte que advertía a los fieles contra la credulidad. No sabemos si habrían leído el resto de la Constitución. Hubo un gran caos. El Papa Pablo VI dijo que el humo de Satanás había penetrado en la Iglesia. Numerosos creyentes perdieron el rumbo y ya no les interesaba ninguna doctrina o publicación eclesiástica. Muchos se unieron a lo que se llamaba "movimientos tradicionalistas", algunos de los cuales parecían ofrecer apoyo y asistencia a los cristianos desorientados. Otros se pasaron de la raya y negaron lealtad al Magisterio pastoral de la Iglesia. Miles de sacerdotes y de religiosos perdieron sus vocaciones y disminuyó la práctica de la religión de forma alarmante. Fue inevitable que un movimiento tan integrado en la Iglesia como la Legión de María fuese involucrado en esa corriente, teniendo que sufrir intensamente por ello. Aparecieron dos nuevas expresiones: "preconciliar" y "postconciliar". La primera expresaba el más profundo desprecio y la segunda consentimiento y admiración sin tener en cuenta la realidad. Aunque la Legión de María en el curso de los años se había desarrollado sistemáticamente y nunca se había estancado, se la consideraba como "preconciliar". Sobre todo su espiritualidad mariana, su fidelidad al Rosario y a las enseñanzas de Montfort fueron condenadas severamente por los modernistas.

Frank estaba acostumbrado a encontrar hostilidad a la Legión desde fuera, pero ahora la rebelión venía desde dentro y, para nuestra pena, sobre todo del clero. A veces esta rebelión tenía la apariencia de preocupación por la ortodoxia dogmática de la Legión. Aunque el Manual había recibido el "imprimatur" episcopal por lo menos cien veces, y dos de ellas había sido examinado por equipos de teólogos en Roma, nombrados especialmente para el caso, declarando que la Legión de María tenía una doctrina puramente católica, después expertos nombrados por ellos mismos encontraban párrafos criticables. Éstos decían que no querían

destruir la Legión, sino adaptarla a las circunstancias cambiantes.

En un país europeo se organizó un círculo de "reformadores" que se encargaron de redactar un nuevo Manual. Trabajando en "equipo", cada miembro fue designado para redactar el borrador de un capítulo. Ni una sola línea de esta obra maestra vio jamás la luz del día. En otro país los "reformadores" siguieron a un grupo de obispos y declararon que en lo sucesivo no estaban dispuestos a recibir órdenes de Irlanda. Después de largas y cansadas discusiones, el Concilium finalmente deshizo el Senatus de aquel país y declaró que todos los grupos allí existentes en adelante no pertenecían a la Legión de María, lo que significaba que dejaban de existir automáticamente.

En uno de los países suramericanos, el clero, especialmente los sacerdotes más jóvenes, "reformó" la Legión de tal forma que el Rosario era reemplazado por una lectura de las Escrituras y la "allocutio" del sacerdote por un diálogo. Lo que ocurrió fue particularmente sorprendente: durante una semana, setenta Praesidia desaparecieron del mapa legionario sin dejar rastro.

La gente se quejaba con frecuencia de que Frank había pedido en el Manual no fundar jamás la Legión cuando los miembros no tenían la intención de dejarla funcionar de acuerdo con las reglas. Él hablaba por experiencia y se ha comprobado que ni uno de los grupos sobrevivió cuando se desviaba de las reglas de la Legión sobre puntos esenciales.

Lo que Frank debió haber sufrido durante estos años sólo puede ser calibrado por aquellos que estaban en medio del conflicto. Por ejemplo: una destacada legionaria japonesa fue una vez a Dublín y suplicó a Frank hacer algún cambio en el Manual, incluso sobre un punto sin importancia, con el fin de poder contestar a aquellos que la mareaban en su país y poder decirles que el Manual había sido "reformado"; pero Frank se mantuvo firme; fue, literalmente hablando, la roca en medio de la crisis, aunque en muchos sitios esto fue interpretado como una "obsesión senil". Hubo incluso murmuraciones de que había miembros en Dublín que sólo estaban esperando el fallecimiento de Frank para hacer una reforma urgente de la Legión y especialmente del Manual. En muchos países, particularmente en Europa, esta confusión condujo a una paralización y, finalmente, a la decadencia de la Legión. Muchos Praesidia, aun los más leales, se deshicieron, porque los miembros eran demasiado mayores para seguir haciendo una actividad apostólica. Los miembros jóvenes fueron sometidos, con frecuencia, a presiones por el clero; los sacerdotes trataban de influirles para que lo dejaran mediante comentarios inoportunos sobre la asociación de las "esposas viejas" que no era propia para ellos. Aun en el confesonario trataban de convencerles, si seguían yendo a la Legión, porque querían que los jóvenes se unieran a otras organizaciones que consideraban más adaptadas a los tiempos modernos.

Despacio, pero muy despacio, las cosas una vez más se fueron enderezando por sí mismas, sobre todo en los países del Tercer Mundo, que habían sido menos afectados por la ola de modernización. Allí la Legión continuó creciendo. En países como Filipinas, Corea o Brasil, los Praesidia se contaron durante mucho tiempo no por cientos, sino por miles. Los obispos dijeron oficialmente que la Legión era el mejor medio de evangelización, que no abandonarían bajo ninguna circunstancia.

Fue creciendo una nueva generación, que, cansada de protestas y dudas, deseaba un ideal exigente. No duró mucho tiempo la dificultad de ganar a los jóvenes para la Legión de María. Resultó que la confusión después del Concilio había barrido muchos movimientos e iniciativas, pero la Legión seguía ahí, un poco deteriorada y más desgastada, pero interiormente intacta. Y así, a pesar de todas las dificultades, una nueva ola de entusiasmo y

valentía estaba surgiendo incluso en los países europeos. Como comentó un legionario experimentado de Dublín, fue providencial que a Frank le fuera permitido seguir viviendo hasta una edad tan avanzada, puesto que ninguna otra persona hubiera tenido la fuerza de conducir a la Legión a través de esta terrible crisis. En todo caso, se hizo claro, para todos aquellos que querían ver, que María no había abandonado su Legión y continuaba con su maternal cuidado hacia ella.

29

La vida continúa

El desarrollo que indiqué en el capítulo anterior se realizó muy despacio, más de lo que puede parecer por lo dicho. Hasta mediados los años setenta, Frank tuvo que luchar contra las continuas tentativas de reformar el sistema de la Legión, especialmente el Manual. Más de una vez estas propuestas hubieran dejado de la Legión únicamente el nombre, y en algunos casos ni eso.

Hay que destacar que pocos de estos numerosos esfuerzos tuvieron realización, y en los pocos casos en que fueron llevados hasta el final, el resultado fue que pronto las ramas "reformadas" dejaban de existir. En muchos casos, los Praesidia que se unieron a los llamados "reformados", separados del principal cuerpo de la Legión, muy pronto reconocieron que habían pagado con su existencia y rogaban arrepentidos ser readmitidos en la verdadera Legión, prometiendo observar las reglas en el futuro. Algunos de los "reformadores" habían dado a entender que la opinión que prevalecía en Roma era que la Legión de María debía ser finalmente "adaptada". Frank tomó el toro por los cuernos y preguntó al Papa si éste era realmente su deseo. La respuesta fue que el Vaticano no deseaba en absoluto cambiar las reglas de la Legión. Si por un lado había quien quería llevar a Roma a testimoniar contra la Legión de María, por otro había muchos intentos para negar la fidelidad a las enseñanzas y ministerio pastoral de la misma Iglesia.

Frank envió cartas a los presidentes de todos los Consejos de la Legión rogándoles guardar lealtad al Papa bajo todas las circunstancias. Los consejos o grupos que no accediesen a estas normas podían contar con su exclusión de la Legión. En medio de todas las dificultades que rodearon a Frank y a sus colaboradores, súbitamente un acontecimiento demostró lo sana y fuerte que había permanecido la esencia de la Legión de María y en qué aprecio era tenida por la mayoría de los obispos. Ese acontecimiento fue el jubileo con motivo de las Bodas de Oro de su fundación en 1971. El aniversario se celebró en Dublín al aire libre, porque no había ningún local suficientemente grande para acoger a tantos miles de participantes. El arzobispo McQuaid, de Dublín, hizo la mayor alabanza de la Legión en su discurso. Frank había rehusado sentarse en la tribuna y se encontraba de pie entre los oyentes.

La celebración del Jubileo se festejó en todo el mundo, lo que demostró que todavía existían numerosos obispos y sacerdotes leales a la Legión, sin dejar de mencionar los miles de seglares con los que aún contaba en sus filas. No hubo ni una sola palabra sobre la necesidad de reforma, hubo gratitud y alabanzas por el movimiento que con tanta devoción

servía a la Iglesia. Desde la Santa Sede llegó una carta de felicitación. Un sinnúmero de legionarios fueron a Dublín desde todos los países con motivo del Jubileo, unos individualmente y otros en grupos.

Gradualmente se adoptó la idea de organizar las llamadas "escuelas de verano" para grupos mayores. Durante varios días eran dialogadas y contestadas diferentes preguntas sobre temas de interés en la Legión. Lo que más destacaba era siempre una charla de Frank que se adaptaba a las necesidades del país específico de los participantes y nunca tenía una mera repetición de algo ya dicho.

Los años pasaban y Frank empezó a sentir el peso de su vejez. Sus catarros frecuentes le causaban muchas molestias; a menudo no podía librarse de ellos durante meses. En una ocasión, un catarro se convirtió en neumonía y tuvo que ir al hospital, pero en cuanto se recuperaba, continuaba con sus paseos en bicicleta, que siempre los encontraba agradables y reconfortantes.

Entonces ocurrió algo que alarmó y preocupó a toda la Legión. Entraron ladrones en la casa de Frank. Una noche se despertó por un ruido poco corriente y sorprendió al ladrón, que huyó, Frank no conocía el miedo y pronto olvidó el accidente. Una semana más tarde ocurrió lo mismo. De nuevo Frank se levantó de la cama y bajó rápidamente las escaleras para ahuyentar al ladrón, teniendo éxito, pero no sin que antes el ladrón le diera en la cabeza con una barra de hierro. Afortunadamente no llegó a perder el conocimiento. Tambaleándose y sangrando se arrastró hasta la calle haciendo un esfuerzo supremo. Se encontró con un transeúnte que le llevó al hospital, el cual por suerte estaba sólo a unos pasos de la casa. Allí le dieron unos puntos de sutura y le trasladaron a otro hospital donde estuvo quince días. No tenía dolores, pero se mareaba, sufriendo náuseas con frecuencia. Su mayor preocupación era perder el sentido de equilibrio que le podía impedir montar en bicicleta; después de algún tiempo lo intentó y vio que todavía era capaz de practicar este deporte. Desde luego sus paseos en bicicleta no fueron ya tan largos. Las etapas eran más cortas y con más períodos de descanso, pero aún tenía la satisfacción de ser capaz de seguir con su esparcimiento favorito.

30

Roma una vez más

Comenzando con el Papa Pío XI, Frank había tenido el privilegio de una audiencia privada con todos los Papas reinantes, a excepción de Juan Pablo I, quien en los treinta y tres días de su pontificado no había encontrado tiempo de invitar a Frank para ir a Roma. Sin embargo, le había conocido de oídas hacía algún tiempo. Cuando era Patriarca de Venecia, había recibido a un grupo de peregrinos, y bromeando les comentó que entre Frank y él debía haber alguna afinidad mental, porque a él le agradaba mucho ir en bicicleta y su oído no era bueno.

Ahora el Papa Juan Pablo II estaba a la cabeza de la Iglesia. También él había tenido noticia de la Legión. Siendo arzobispo de Cracovia dio la bienvenida a un grupo de peregrinos irlandeses. Le había impresionado la espiritualidad mariana de la Legión, que coincidía tanto con sus propios ideales. Durante sus viajes se había encontrado con miembros de este movimiento. Pero fue probablemente en Roma donde pudo obtener una idea más completa de su extensión y de su beneficiosa actividad en el mundo.

En mayo de 1979, mientras Frank estaba con los preparativos de una de sus habituales excursiones en bicicleta, recibió un mensaje de Roma: el Papa Juan Pablo II deseaba verle. Junto con el entonces presidente del Concilium, Enda Dunleavy, joven padre de familia, el vicepresidente, viejo y leal amigo, Jimmy Cummins, y la secretaria, Lily Lynch, Frank salió para la Ciudad Eterna.

Había preocupación en Dublín por si una semana en Roma, con el cambio de clima y los muchos esfuerzos, sería arriesgado para Frank, que tenía entonces casi noventa años. Pero el viaje no afectó a su fortaleza, aunque, como siempre, tuvo numerosos compromisos y obligaciones, además de la audiencia con el Papa. Lo que él tenía especialmente en su corazón era el progreso de la causa de beatificación de Edel Quinn, acerca de la cual había recibido algunos informes muy halagüeños. Desde luego él no estaba destinado a ver este acontecimiento, como algunos de sus amigos esperaban secretamente.

El día de la audiencia los visitantes fueron recibidos a primera hora de la mañana por el secretario irlandés de Su Santidad, el P Magee; les acompañó a la capilla privada del Papa, donde pudieron asistir a la Sagrada Eucaristía y recibir la comunión de sus manos. Después de la acción de gracias, fueron invitados a desayunar. "Estáis ahora en la cocina del Papa", dijo el Santo Padre, y procedió a actuar como anfitrión. Durante el desayuno conversaron cerca de una hora sobre el desarrollo de la Legión por el mundo; también sobre las dificultades que

había encontrado en algunos sitios. "Aquello fue como si un informe militar detallado fuera dado al Jefe Supremo sobre el curso de las operaciones", relató Frank más tarde. El Papa le preguntó su edad, y cuando oyó que sólo le faltaba un mes para cumplir los noventa, dijo bromeando: "Hasta entonces todavía debes considerarte joven".

Antes de despedir a sus invitados, el Papa acentuó la necesidad de que cada pensamiento, cada palabra y cada acto del legionario debía estar inspirado por la idea: "La victoria viene a través de María". Y comentó que estas palabras eran del cardenal Hlond, que las pronunció en su lecho de muerte.

En la despedida el Papa abrazó a los tres hombres y dio a Lily Lynch un precioso rosario. Los legionarios estaban tan emocionados por esta recepción que dejaron literalmente el Vaticano como si estuvieran flotando en el aire. El encantamiento sólo se fue esfumando poco a poco.

"Verdaderamente nunca hubiera soñado lo que hemos encontrado aquí, dijo Frank. Normalmente no doy excesiva importancia a estas cosas, pero nunca había estado tan emocionado e impresionado como por los honores que fueron concedidos a la Legión en esta ocasión". Frank recibió estos honores de todos los dignatarios a quienes visitó en el curso de esta semana memorable.

En la TV italiana dio, con Enda Dunleavy, una entrevista de unos veinte minutos de duración, detallando el origen y crecimiento de la Legión de María. Con ocasión de una visita turística al Vaticano, los legionarios entraron en la sala desde la que el Papa acostumbra a enviar sus mensajes a todo el mundo. El guía invitó a Frank a sentarse en el sillón del Papa y a dirigirse a los legionarios de todas partes. Frank se sentó sin vacilar y pronunció sólo una palabra: "CONVERTIR". Fue el gran testamento que deseó dejar a sus hijos e hijas en todo el mundo.

31

Para la posteridad

Frank había sido capaz de soportar el trajín y los esfuerzos de su viaje a Roma, pero después de su vuelta se sintió completamente agotado. Tardó bastante tiempo en recuperarse. Aun antes del viaje, era obvio que la impresión y la herida que sufrió al ser atacado por el ladrón habían dejado en él sus secuelas, aunque con su indomable fuerza de voluntad logró la recuperación suficiente para atender a sus numerosos deberes.

Un sacerdote americano, legionario entusiasta y amigo de Frank, había visitado Dublín en 1979; le había llamado mucho la atención el empeoramiento del aspecto de Frank, que ya estaba en sus noventa años. Era inevitable que su larga vida debía terminar en un futuro cercano. Entonces Monseñor Moss tuvo una idea feliz. Durante los últimos años se había efectuado un significativo desarrollo en la producción de cintas de vídeo, que podían ser grabadas y reproducidas en televisores. Monseñor Moss no conocía nada sobre la tecnología de televisión y vídeo, ni poseía los medios para realizar el proyecto que tenía en su mente, pero tenía la fe legionaria y estaba convencido de que podía confiar en la ayuda de Nuestra Señora. Primero se informó de si Frank estaría de acuerdo en hacer algunas entrevistas y charlas grabadas, lo cual duraría aproximadamente más de un mes.

Frank había demostrado siempre un gran interés por los inventos y aparatos técnicos; así que el sacerdote tuvo una gran alegría al saber que le pareció bien la idea y que daba su consentimiento.

Se hicieron las gestiones técnicas necesarias y se pusieron los medios, que se lograron por donación del Senatus de Filadelfia. Monseñor Moss tenía que asegurarse de la ayuda de algunos legionarios, porque él no hubiera sido capaz de abarcar sólo la tarea. Tres hombres y una mujer se comprometieron a dedicar sus vacaciones al proyecto.

Uno de éstos era Al Norrell, profesor y en aquel tiempo presidente del Senatus de la Legión en Filadelfia. Otro era Bill Peffley, un hombre de negocios de Norristown. En su juventud se había unido a las filas de la Legión, donde había conocido a su esposa. Habían pasado su luna de miel en Dublín, y sus dos hijos se llamaban Edel y Frank. Primero tuvieron que aprender las técnicas necesarias para realizar el proyecto.

En el verano de 1979 el grupo viajó a Dublín. El transporte del material pasó algunas veces por dificultades que parecían poner en peligro el proyecto, pero al fin el trabajo pudo ser

comenzado.

Frank, obediente, hizo lo que le indicaban. A través de pruebas de iluminación y sonido mostró gran interés en toda la producción. Frank refería los comienzos de la Legión, contestaba a las preguntas de los entrevistadores y repetía alguna de las charlas. Cuando al cabo de un mes terminaron las sesiones, el trabajo obtenido era enorme. Había material suficiente para treinta y cinco horas de emisión que los legionarios llevaron consigo de regreso a los Estados Unidos.

Los cortes y preparación de las cintas constituían todavía una formidable y larga tarea, porque aquí también las cosas tenían que ser primero aprendidas y luego practicadas. Frank había contribuido con ocho entrevistas y catorce charlas. Alguno de sus ayudantes también fue entrevistado.

Un año después el grupo viajó de nuevo a Dublín con el objeto de ofrecer el regalo de las cintas al Concilium de la Legión de María. Frank estaba entusiasmado con las grabaciones y sintió gran alegría viéndolas.

Aunque al principio las cintas solamente podían ser proyectadas de acuerdo al sistema SNCF americano, el progreso en la tecnología pronto hizo posible proyectarlas en todo el sistema PAL y SECAM europeo. Más tarde, Monseñor Moss adquirió la técnica de doblaje y sincronización. Con Edel y Frank Peffley, quienes ayudaron a llevar los accesorios y el pesado material, viajó primero a Europa, donde fue hecha la traducción en varios idiomas, y después a los países del lejano Oriente. Monseñor Moss justamente había escogido el momento oportuno para sus grabaciones pues un año más tarde Frank estaba evidentemente tan cansado que apenas podía aguantar el esfuerzo de las sesiones diarias.

Al fin los hijos espirituales de Frank van a tener en el futuro la oportunidad de ver y oír a su fundador, escuchar su risa contagiosa y asimilar su enseñanza.

32

Los últimos días

En el último fin de semana de octubre se celebraba cada año la gran reunión de los "peregrini" (legionarios que durante las vacaciones de verano habían realizado un trabajo apostólico en países extranjeros). Si la reunión mensual del Concilium es una gran experiencia, ésta, llamada la Conferencia "Hallowe'en", es aún más impresionante. Desde Europa, y a menudo desde lugares más lejanos, los legionarios se reúnen para informar sobre sus experiencias y proyectar los planes para el siguiente año. En este acontecimiento esperan unas palabras que les sirvan de orientación y que les den entusiasmo para sus futuras empresas.

Desde que estas conferencias empezaron, hace más de veinte años, Frank les había dado siempre la inspiración necesaria. Muchas de sus más encendidas y originales charlas habían sido dadas en estas ocasiones. Así, las del 25 y 26 de octubre de 1980 no fueron una excepción. Habían llegado más de 400 legionarios y, como siempre, todos esperaban unas palabras del fundador.

Frank rechazaba el micrófono, cosa extraña en él pues le gustaba aprovechar cualquier avance técnico. Por ello forzó sus cuerdas vocales al máximo. En la reunión de 1980 Frank habló durante casi una hora. Explicó las razones por las que se hacía necesario incluir a María en el esfuerzo apostólico. Su deseo de llegar en el mundo a cada alma y conducirla a su divino Hijo debe ser nuestro objetivo, debe llegar a ser la aspiración principal de nuestra actividad legionaria.

La reunión duró desde las primeras horas de la tarde hasta pasadas las diez de la noche, sólo con un breve descanso para el té, y continuó a la mañana siguiente después de la misa hasta alrededor de las dos de la tarde. Frank tomó parte activa en todos los informes y debates. Muchos legionarios más jóvenes mostraron signos de cansancio; Frank confesó sólo a unos pocos amigos lo cansado que se sentía. En los últimos años su oído había ido empeorando progresivamente; cuando hablaba a una sola persona no necesitaba hacer un gran esfuerzo para oírlo, pero en una reunión con varias personas hablando, era casi imposible para él seguir una conversación aun haciendo uso del audífono. Este continuo esfuerzo le resultaba muy pesado. A esto había que añadir su completo agotamiento. "Hubo un tiempo en que tuve la fuerza de un gigante, pero la he perdido. Estoy muy cansado", confió a un visitante. La gente no estaba acostumbrada a oír de Frank estas palabras; de alguna forma había llegado a ser una especie de institución. Estaba allí, y este hecho era aceptado como si fuera algo natural que debía permanecer siempre.

Exteriormente parecía no haber gran cambio en la vida y trabajo de Frank. Dedicó toda una tarde a dos visitantes de la República Federal Alemana con el fin de aconsejarles en sus dificultades y ofrecerles soluciones para sus problemas. En esta ocasión habría que destacar como sorprendente su memoria fenomenal. Sus recuerdos, por así decirlo, los tenía en la punta de los dedos; incluso recordaba los nombres.

Una de sus hijas espirituales más queridas era Joan Cronin, una irlandesa que había pasado muchos años como enviada de la Legión en Brasil, Portugal, Angola, Mozambique, Indonesia y en el Líbano. Ahora ya descansa en Irlanda para siempre. Vivió como hermana interna en el hostel "Regina Coeli" y destacó en el reclutamiento de miembros para los "Pioneros". Cuando cierta alteración en su salud la obligó a ir al médico, le fue encontrado un tumor maligno. Le dijeron que a lo más tenía sólo un año de vida. Pero Joan no se desalentó. Continuó viviendo y trabajando como si nada ocurriera. Cuando Monseñor Moss estuvo con su equipo en Dublín en 1979, grabó una entrevista con Joan Cronin, en la que contó sus experiencias en varios países. Su bondad y encanto personal pueden apreciarse en esta cinta. La predicción del doctor resultó ser exacta casi al día. Frank siguió con gran interés el desenlace de su querida hija espiritual. Cuando en el hospital no se admitía a ningún visitante, él continuó visitándola con regularidad. Al morir, Joan sólo tenía cincuenta y dos años. Fue enterrada el 7 de noviembre y ese mismo día se celebró la Misa de Réquiem. Frank no se sintió capaz de asistir al entierro, pero no quiso perderse la Misa, aunque ya había estado en otra por la mañana. Un amigo le llevó al funeral en su coche y después le volvió a dejar en casa.

"Diga a la Sra. Jessop que suba", dijo a la hermana interna de guardia. Nellie Jessop, legionaria desde 1932 y hermana interna desde la muerte de su esposo en 1962, había sido para Frank como una madre durante sus últimos años; tenía una confianza total en ella. A veces, incluso, fue su única confidente cuando se sentía preocupado o disgustado por alguna circunstancia adversa. Con su manera de ser tranquila y animosa, siempre supo animarle y tranquilizarle. "No me siento bien, Nellie, le dijo; no bajaré a almorzar". Nellie mostró inquietud. "Por favor, Nellie, no avises al médico, le suplicó como un niño; sé que me llevarán al hospital. ¿Me lo prometes?". "Sí, lo prometo. No le avisaré. Le dejaré en paz". A las cuatro de la tarde Nellie preparó una bandeja con té, tostadas y mantequilla, y la subió a su cuarto. Llamó a la puerta, pero no recibió ninguna respuesta. Cuidadosamente abrió la puerta. Evidentemente no dormía; sus ojos estaban abiertos; descansaba acostado, sus manos juntas como en oración, su mirada fija en un cuadro de la Santísima Virgen colocado justo frente a su cama. Al acercarse, Nellie comprobó que Frank había fallecido.

Le rindió su último servicio de amor y cerró sus ojos antes de correr hacia el despacho de la Legión en busca de ayuda. El coadjutor, Padre Fulligan, jesuita, le administró los santos óleos. La primera Misa de Réquiem se dijo en el hostel "Regina Coeli" por el Padre Ahenne, CSSp (director espiritual del Praesidium "Regina « Coeli"), inmediatamente después de la junta del Praesidium que se celebró, como de costumbre, esa tarde. Pero la misa de su vida había terminado. El Señor había dicho el último "ite, missa est".

33

¿Duelo o triunfo?

Un visitante europeo, que el 12 de noviembre de 1980 tomó un taxi desde el aeropuerto de Dublín a la Central de la Legión de María, se sorprendió cuando el conductor puso la radio. El locutor advertía a los usuarios de la carretera, especialmente a los abonados a los medios de transporte público, que a la mañana siguiente no fueran con los coches a la ciudad. "Mañana es el funeral de Frank Duff, anunció. Todas las carreteras por donde pasará el cortejo fúnebre serán cerradas al tráfico ordinario. Puede ocurrir que usted no pueda cruzar la ciudad. Será mejor que deje su coche en casa".

En la esquina donde se desvía la calle North Brunswick estaba estacionado un policía. El acceso estaba cerrado. Sólo cuando otro coche dejaba el área, era posible conducir hasta el hostel "Regina Coeli", donde yacía Frank en la capilla. La noticia de su fallecimiento se había extendido como un fuego arrollador.

Durante su vida ya había sido considerado y venerado por muchos como un santo. Pero en esta ocasión se formó allí un desfile sin precedentes. Todavía no se había organizado nada y la noticia iba de boca en boca. Frank estuvo de cuerpo presente cuatro días. Durante dos se dijeron misas en el oratorio donde estaba. El tercer día, las misas comenzaron a media noche y en el cuarto se dijeron hasta últimas horas de la tarde, cuando se cerró la caja y fue llevada a la iglesia de San Andrés, en Westland Row. Durante todo este tiempo riadas de gente pasaron sin interrupción ante el féretro. Algunas veces la multitud era tan grande que la policía tenía que cortar la calle. Había gente que rogaba a los legionarios pasar sus rosarios o diferentes objetos de devoción por las manos del fallecido.

Cuando llegó el momento de cerrar la caja, aún había unas 150 personas frente a la casa que no habían podido entrar. Con paciencia rezaban el Rosario y se contentaron al final con poder tocar la madera de la caja, si tenían la suerte de estar lo bastante cerca del ataúd.

Todo el tráfico de la ciudad fue detenido cuando pasó el cortejo. A lo largo del trayecto la gente se agolpaba a los lados de las calles, muchos con velas encendidas en la mano, y aún más gente con rosarios, santiguándose cuando pasaba el féretro.

En la iglesia de San Andrés el obispo auxiliar Kavanagh, de Dublín, concelebró la primera Misa oficial de Réquiem con cerca de veinte sacerdotes. El orador sagrado fue el canónigo Ripley, director espiritual del Senatus de Liverpool, quien dijo que consideraba la

larga amistad que había tenido con Frank como la mayor gracia de su vida sacerdotal.

A la mañana siguiente, el 13 de noviembre, dijo la Misa de Réquiem el cardenal O'Fiaich. El acceso a la iglesia sólo era posible por invitación, y aunque la misa no debía comenzar hasta las 10 de la mañana, la iglesia estaba abarrotada desde horas antes. Normalmente, caben en la iglesia unas 1.500 personas, pero en esta ocasión 4.000 invadían las naves laterales y se extendían por las calles adyacentes, por lo que la misa tuvo que ser retransmitida por altavoces. Algunos sacerdotes distribuyeron la sagrada comunión en las calles que rodean la iglesia a los que no habían podido entrar. El cardenal concelebró la misa con tres arzobispos y 35 sacerdotes. Diez obispos más y más de un centenar de sacerdotes se encontraban también entre la multitud.

Llamó la atención el hecho de que, al igual que en los días anteriores, no había ornamentos de color morado ni negro. Todos los celebrantes vistieron casullas blancas con una ancha franja roja en el medio.

Apoyada contra el féretro había una corona en forma de bicicleta. Era de los "sprokets", los compañeros de Frank en sus excursiones en bicicleta. En el duelo estaba el Presidente de Irlanda, De Taoiseach, el Alcalde Mayor de Dublín, numerosos políticos y casi todo el Cuerpo Diplomático.

El canónigo Ripley dijo: "Sabemos que el hombre, cuya alma ha dejado su frágil cuerpo con tanta paz el pasado viernes por la tarde, destacó de forma notable por divulgar en la Iglesia el aprecio del lugar que en ella ocupa la Madre de Dios... Todos los que le conocieron bien le consideraban un santo. Antes de que la Iglesia oficialmente le conceda ese título deben ser aprobados milagros realizados por su intercesión. Ya hay algunos que dicen cosas maravillosas atribuidas a él, pero seguramente el mayor milagro de todos es la misma Legión de María".

"Frank Duff nunca esperó que ocurrieran milagros, dijo el cardenal en su homilía. Él hizo que los milagros se realizaran. Fue un hombre de gran bondad y encanto personal, de una auténtica modestia, de absoluta integridad, de un coraje a toda prueba, de cuerpo frágil pero con un espíritu insaciable de piedad y oración. Este hombre humilde, sincero dublinés, ha sido descrito como la persona que hizo la mayor aportación a la vida de la Iglesia en este siglo". Entonces el cardenal recordó que Frank Duff debería haber sido nombrado "el irlandés del año" en 1976, pero que cor-tésmente renunció a este título. Y concluyó: "Quizá venga pronto el día en que la Iglesia le declare el irlandés del siglo".

Después de la misa, el cortejo fúnebre salió hacia el cementerio de Glasnevin, donde Frank fue enterrado en el panteón familiar. Una vez más el tráfico de toda la ciudad fue interrumpido. Un coche con un reflector de luz azul y una escolta de policía motorizada precedían al cortejo. Había gran cantidad de coches atascados en las calles laterales mientras el cortejo atravesaba la ciudad y se veía de nuevo multitud de gente rezando a lo largo de todo el recorrido. La impresión no era de cortejo fúnebre; allí había algo de radiante y festivo. Un desfile triunfal o manifestación imponente hubiera sido la descripción adecuada mientras Frank era conducido a su último lugar de descanso.

El arzobispo de Dublín dirigió las oraciones en el cementerio. Después siguieron las oraciones legionarias con el Rosario y el Magníficat, la oración que había sido tan importante para él durante su vida.

Al día siguiente de la muerte de Frank, se recibió un telegrama de la Santa Sede que

decía lo siguiente: "La Legión de María a través del mundo llora la muerte de su Fundador Frank Duff. Me uno a sus miembros en oración pidiendo el descanso de su alma. La Asociación que él fundó ha hecho conocer a incontables seculares católicos su indispensable papel de evangelización y santificación, y les ha capacitado para cumplir este papel con celo y efectividad. Imparto a todos los legionarios mi bendición apostólica como un consuelo en su pérdida y como un estímulo para sus futuras tareas. JUAN PABLO II, Papa".

34

La herencia

Muchos miembros de la Legión de María, especialmente de los países europeos, aunque también de Estados Unidos y de Canadá, tenían la costumbre de visitar Dublín cada año o al menos cada pocos años, bien con el motivo de tomar parte en la reunión del Concilium, que se celebra todos los terceros domingos de mes, o bien en la llamada Conferencia "Hallowe'en", cuando se dan los informes sobre la "Peregrinatio pro Christo", y se proyectan y planifican sus trabajos para el año siguiente. Lo más importante de esta visita había sido siempre el encuentro personal con Frank Duff. A los grupos más numerosos Frank les daba una charla especial, teniendo en consideración las condiciones particulares de sus países.

Los visitantes que iban solos solían tener una charla personal con Frank, y los amigos más íntimos eran invitados a una comida con él, que desde la muerte de su madre se realizaba por lo regular en el hostel "Regina Coeli". Algunas veces los visitantes eran invitados a conversar en el estudio de su propia casa.

Esta experiencia primordial para el legionario que visitaba Dublín ahora se echa en falta. Resulta inevitable que los visitantes hayan tenido, por ello, un cierto temor de desilusión. ¿Qué es la Sede Central de la Legión sin Frank Duff?

Pero los visitantes no se han desilusionado, ni tampoco lo estarán en el futuro, porque Frank Duff es aún parte del lugar; se tiene la sensación de que está presente en persona. Su espíritu se siente a cada paso. Nadie piensa ya en los tiempos en que se decía que sólo se esperaba el fallecimiento de Frank para poder "reformular" cosas a su gusto. Por el contrario, todo el mundo está decidido a dejar las cosas exactamente como estaban en vida de Frank. Eso no significa que después de su muerte la Legión vaya a estancarse o fosilizarse. La Legión de María ha crecido siempre y continuará haciéndolo, y crecerá de acuerdo con la voluntad de sus miembros y con el espíritu de Frank Duff.

En una de sus entrevistas grabadas había declarado: "La Legión desde el primer momento estuvo en las manos de la Santísima Virgen María. Mi desaparición de la escena no la quitará de sus manos".

35

En vez de un epílogo

Joaquina Lucas describió en un libro voluminoso las experiencias de sus veinte años como enviada de la Legión en numerosos países. Había tenido también la buena suerte de tener como corresponsal a Frank Duff. Ella dijo que en sus cartas es donde mejor y más profundamente se revela su carácter.

Otros tuvieron la misma experiencia. Por tanto, queremos terminar este libro con las citas de dos cartas que escribió a la autora. "Veo que te han pedido que escribas el relato de tu misión de enviada, y que estás dispuesta a aceptar, creyendo que será beneficioso para la Legión. No tenemos ninguna objeción a que hagas este trabajo, pero me pregunto cómo podrás eliminar los innumerables asuntos difíciles que contiene la narración. Aún estás demasiado cerca de los acontecimientos como para poder hablar con total franqueza sobre lo que ocurrió. Por ejemplo, ¿cómo podrás referirte a...? y por escrito, que cuando se intente hacer una revisión del conjunto de los nueve años, se verán los innumerables asuntos de los cuales no se puede referir casi nada. Y por otro lado, si suprimes todos estos episodios espinosos y bajas el tono en otros, el resultado podría ser un documento sin ningún interés. ¿Cuáles son tus reacciones a estos comentarios míos?".

Pocas semanas más tarde: "Explicas ese asunto de la narración de tu gestión de enviada y veo que tienes una apreciación exacta de lo que está en juego. Por tanto, no existe ningún obstáculo para poder escribirla. Pero te advierto que mientras avances en ella estarás asediada por la tentación de escribir ciertas cosas que aunque serían de mucho efecto, al mismo tiempo traerían consecuencias. Yo te sugiero especialmente resistir esa tentación, a pesar de lo efectivo que podría resultar el tema. Nada realmente merece la pena si produce una consecuencia desagradable para la Legión".

Estas advertencias se referían a otro libro, pero tienen incluso más validez para este trabajo. Espero que los lectores lo comprenderán.

índice

Prefacio.....	5
Introducción	7
1. Una familia irlandesa.....	17
2. Ascenso interior y exterior.....	21
3. Un apostolado muy especial	24
4. El loco del barrio	28
5. Actividad de grupo	31
6. La chispa que prendió.....	34
7. Siete de septiembre de 1921	38
8. Y de repente ocurrió.....	41
9. Una aventura increíble	44
10. Asalto a la fortaleza del diablo	48
11. Un movimiento que se organiza.....	53
12. La carga va aumentando	57
13. El signo de la cruz.....	61
14. Con el Papa Pío XI.....	64
15. Los primeros enviados	66
16. Por sus frutos.....	69
17. Lejos y cerca.....	73
18. En todo el mundo.....	77
19. Grandes cruces, pequeñas cruces.....	82
20. Bautismo de fuego en China	88
21. Y Roma habló una vez más	92
22. Penas y alegrías	95
23. Alfonso Lambe	98
24. Lo milagroso estaba allí	100
25. Nuevas flores, nuevos frutos.....	104
26. La muerte llama a la puerta.....	108
27. Auditor en el Concilio	111
28. El espíritu del Concilio.....	116
29. La vida continúa.....	120
30. Roma una vez más	123
31. Para la posteridad.....	126
32. Los últimos días	129
33. ¿Duelo o triunfo?	132
34. La herencia	136
35. En vez de un epílogo	138